

José Manuel Mójica Legarre

FRASCUELO

Se lo juro, padre; ¡Volveré a las Cinco Villas!

editorial aqua
GRUPO ZARAGUA

El individuo ha luchado siempre para no ser absorbido por la tribu. Si lo intentas, a menudo estarás solo, y a veces asustado. Pero ningún precio es demasiado alto por el privilegio de ser uno mismo.

Friedrich Nietzsche.

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra, sin contar con la autorización escrita de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal)

© Del texto, José Manuel Mójica Legarre
© De esta edición, Editorial Aqua
ISBN: 978-84-96081-93-2
Depósito Legal: Z-1056-2009
Impreso en España por Gráficas Vela.

HAN COLABORADO CON ESTE LIBRO

Ayuntamiento de Churriana de la Vega
Excelentísimo Ayuntamiento de Sádaba
Revista Bous al Carrer
Hospedería de Sádaba
Ganadería Hermanos Mainz Navarro

UNAS PALABRAS DE DON VICENTE VALERO, ALCALDE DE CHURRIANA DE LA VEGA

“Frascuelo”, con Churriana de la Vega en la sangre



La Vega de Granada vio nacer a Salvador Sánchez Povedano en 1842, en las fértiles tierras, regadas por las límpidas aguas del Genil que bajan desde la cercana Sierra Nevada.

La situación económica familiar de aquel momento obligó a Salvador y a su hermano Francisco, el *Frascuelo* original, a marcharse lejos de Churriana de la Vega, el pueblo que nunca olvidó y que siempre le recordará.

Nuestro paisano Salvador encontró un segundo hogar en tierras de Sádaba, donde junto a su hermano Francisco inició sus primeras correrías en el mundo taurino.

El carácter churrianero nunca abandonó a Salvador Sánchez *Frascuelo*. El arrojo, la perseverancia y el trabajo duro propios de las gentes de Churriana de la Vega le acompañaron toda su vida. Si le unimos a esto el amor por las ganaderías del que se impregnó en Sádaba, su pueblo adoptivo, el resultado fue el brillantísimo torero en el que se convirtió.

Su hermano Francisco también hizo gala de churrianero y demostró en plazas de todo el mundo que la constancia, el tesón y el trabajo duro también tienen recompensa.

El orgullo de que *Frascuelo* haya llevado el nombre de Churriana tan lejos es común en todos los ciudadanos de nuestro pueblo.

El año pasado nos alegramos de que nos brindasen la posibilidad de participar en las Primeras Jornadas gastronómico-taurinas en honor a Salvador Sánchez *Frascuelo* organizadas en Sádaba, gracias a los grandes hitos que consiguió en el toreo nuestro paisano.

Este año, además de las Segundas Jornadas, nos congratulamos con la publicación de una biografía tan completa como ésta sobre nuestro célebre churrianero.

Al autor, don José Manuel Mójica Legarre, sólo nos queda ofrecerle nuestra más sincera enhorabuena, por haber conseguido en su completísima obra, no sólo recrear la figura de un gran torero, sino que ha conseguido pintar un retrato bien definido de lo que fue su vida, su familia, su época y su entorno.

Muchas gracias por contar con nosotros una vez más.

Enhorabuena y mucha suerte.

Vicente Valero.

Alcalde-Presidente Ayuntamiento de Churriana de la Vega (Granada).

PRÓLOGO DEL AUTOR

Antes de que comiencen a leer la biografía de este hombre singular que fue Salvador Sánchez, quiero dejar sentado que soy perfectamente consciente de la controversia que puede causar el hecho de publicar la biografía de un torero, en estos tiempos que corren, en los que lo “políticamente correcto” es manifestarse en oposición a las corridas de toros y, sobre todo, en contra de los matadores.

Honestamente les diré que no suelo tragar con las posturas radicalizadas y, como persona respetuosa ante las opiniones ajenas, para mí, la misma consideración merece la manifestación a favor de la llamada fiesta brava como la de sus más acérrimos detractores... siempre y cuando sean razonadas y no quieran imponérmelas por decreto.

Lo que realmente me ha movido a investigar la vida de este torero que marcó época en el siglo XIX, ha sido una concatenación de hechos que, unidos por el azar, avivaron mi curiosidad. Lo primero que constaté al principio de la averiguación fue que no había casi libros publicados a propósito de Salvador Sánchez, ya que sólo pude encontrar un par de biografías de este matador de toros. Pero, para explicar el por qué del libro, mejor será que comience por el principio.

En Febrero de 2008, José Ángel Soto, Presidente de la Asociación Gastronómico-Taurina Salvador Sánchez Frascuelo, con sede en Sádaba, me llamó por teléfono para proponerme la organización de los actos culturales en las “Primeras Jornadas Gastronómico-Taurinas” dedicadas a dicho torero. La primera sorpresa que recibí hablando con José Ángel fue la de saber que “Frascuelo”, a

pesar de haber nacido en Churriana de la Vega, había vivido algún tiempo en Sádaba con su familia y que fue, justo en esta localidad aragonesa, en donde Salvador Sánchez Povedano, estimulado por la enorme afición de su hermano Francisco a las capeas, veló sus primeras armas en el difícil camino de la tauromaquia.

Aguijoneada mi curiosidad por semejante noticia, acepté gustoso el encargo que me hacían, dando inicio inmediatamente a la tarea de investigar a fondo el personaje con el único objeto, en principio, de pronunciar una conferencia, a propósito de “Frascuelo”, en el marco de las Jornadas.

El primer paso que di, fue ponerme en contacto con el Ayuntamiento de Churriana de la Vega, teniendo un primer cambio de impresiones con Manuel Rodríguez, hoy amigo mío, que no dudó en poner a mi disposición cuantos datos tenían. Después de comunicarme con el alcalde, Don Vicente Valero, que también cuento hoy entre mis amigos, encontré una colaboración por su parte, que no es habitual en los consistorios de este país.

Fruto de esta cooperación, fue el tener acceso al número telefónico de un biznieto de “Frascuelo” que vive en Yecla, Don Manuel Grau Porras, quien se mostró entusiasmado con la idea de las Jornadas. Poco a poco, reuniendo detalles, me vi en posesión de muchos datos, relativos al torero, que no estaban publicados. En resumen, más que reseñas para una conferencia, vi que tenía material suficiente para escribir un libro que, tras muchos esfuerzos, es el que tienen entre sus manos; pero una de las cosas que más me llamó la atención, fue la cantidad de anécdotas que la memoria popular había guardado del tiempo que había vivido en Sádaba la familia Sánchez Povedano. Si tenemos en cuenta el hecho de que muy pocos estudiosos del tema taurino tienen constancia del paso de “Frascuelo” por las Cinco Villas, aún es menos conocido el hecho de que la enorme afición del que llegaría a ser

uno de los mejores lidiadores de la historia, nació en Sádaba a la sombra de la torre del campanario de la Iglesia de Santa María, en la que ya se encontraba la imagen del “Cristo Marinero”, que fue encontrado por el capitán Tiburcio Jinto, flotando dentro de una caja, en aguas cercanas a las Islas Canarias, el día tres de mayo del año 1503.

Las Jornadas se realizaron en Sádaba, del 29 de Febrero al 2 de Marzo de 2008, contando con la presencia del alcalde de Churriana de la Vega que vino acompañado por algunos miembros del Ayuntamiento para descubrir una placa en honor al torero, y, además de las conferencias, se pudo realizar un festejo taurino gracias a la desinteresada colaboración de la Ganadería Hermanos Mainz Navarro, una de las pocas que aún cuida con esmero las vacas de raza autóctona aragonesa, hijas de aquellas que hicieron correr a iberos y romanos.

Por si todo aquello fuera poco, después de la celebración de las Jornadas en honor a Salvador Sánchez Povedano, fui invitado a pronunciar una conferencia en Churriana de la Vega, cuna del matador de toros, y, el acogimiento que nos dieron a mi pareja y a mí, el calor humano que recibimos y las amistades que encontramos, me reafirmaron en la idea de publicar este libro sin importar el esfuerzo que costase hacerlo; pero, a la hora de concebir el enfoque del texto, no quise remitirme simplemente a una acumulación de datos biográficos sobre “Frascuero” porque el personaje, y sobre todo la época que le tocó en suerte vivir, daban para mucho más que una biografía: El breve reinado de Amadeo de Saboya, la Primera República española y la Restauración borbónica, conformaron el escenario maravillosos en el que transcurrió parte de la vida de Salvador Sánchez.

Tampoco puedo echar en saco roto el hecho de que Salvador tuviera un hermano mayor, también torero, el que fuera conocido en

los ambientes con el sobrenombre de “Paco Frascuelo” quien, como veremos en el texto del libro, tuvo mucho que ver en los principios de la carrera taurina de Salvador.

Este “Paco Frascuelo” es por sí mismo un curioso personaje cuya vida merece un poco de atención por lo que, sin desentonar con el tono general del libro, hemos decidido dedicarle un capítulo aparte; al fin y al cabo ambos, Salvador y Paco, fueron toreros de cartel.

Si además de todo lo dicho hasta el momento tenemos en cuenta que una corrida de toros de la época duraba unas cuatro horas y el día tiene veinticuatro, si las matemáticas no engañan, el torero está ante el público, cosa que no sucede todos los días, sólo una sexta parte del total de la jornada por lo que, en realidad, un matador de toros pasa mucho más tiempo siendo ciudadano que el que ocupa en ejercer su profesión; pero en los años en los que vivió “Frascuelo”, ni las cosas eran como lo son hoy en día, ni tampoco Salvador Sánchez Povedano era un torero cualquiera.

“Frascuelo”, aparte de las virtudes personales y los defectos que le hacían ser una persona especial, y por encima de la fama alcanzada como torero de postín, fue un hombre que estaba muy comprometido con la situación política por la que pasaba la España de su tiempo; desde su llegada a Madrid, se mostró ante todos como un borbónico furibundo que, años más tarde, no dudó en formar parte activa en las escuadras represivas tan numerosas por aquel entonces.

El hecho de que su vida transcurriese en un momento histórico de especial trascendencia para España, la llamada “Restauración Borbónica”, sumada al dato, desconocido hasta entonces, de que “Frascuelo” había dado sus primeros pasos taurinos en Sádaba, aún hacía más interesante la investigación por lo que, de común acuerdo con Pepe Vela, mi amigo y editor, decidimos que, como

el trabajo estaría incompleto haciendo hincapié sólo en la biografía profesional, también deberíamos insertar en el texto detalles la intensa vida social en la España de entonces.

Para una mejor comprensión del libro, hemos dividido este libro en cuatro partes bien diferenciadas. La primera de ellas dedicada a la vida profesional de Salvador Sánchez “Frascuero”, la segunda que contiene una serie de artículos publicados por la prensa de la época sobre Francisco Sánchez “Paco Frascuelo”, una tercera parte en la que se repasa la vida social y los agitados movimientos políticos que sucedieron mientras “Frascuero” era un famoso matador de toros, en realidad un anecdotario de aquellos años que permitirá al lector acercarse a la vida diaria del Madrid de la segunda mitad del siglo XIX y, la cuarta y última, que contiene una serie de reseñas biográficas de personajes que vivieron la misma época que el torero de Churriana.

Además hemos añadido un pequeño reportaje gráfico correspondiente a la celebración de las “Primeras Jornadas Gastronómico-Taurinas en honor al matador Salvador Sánchez “Frascuero”, celebradas en Sádaba del 29 de Febrero al 2 de Marzo de 2008 y una bibliografía de libros consultados.

El resultado de todo ese trabajo, lo tienen ante sus ojos: La biografía de un torero que tuvo la suerte de vivir en una de las épocas más interesantes de la Historia de España, la biografía de un hombre que, pasó por méritos propios de su humilde cuna en Churriana de la Vega a la Sacramental de San Isidro, donde reposan sus restos mortales, después de traer de cabeza a más de una aristócrata hermosa y pasearse a caballo por París.

José Manuel Mójica Legarre

PARTE PRIMERA

"FRASCUELO"
UNA VIDA DE NOVELA



Churriana de la Vega es un hermoso pueblo que parece dormir al lado de Granada. De esta población pacífica de tabaqueros, agricultores y pequeños ganaderos, no se tuvieron noticias escritas hasta bien entrado el siglo XIV, en el que el cronista Ibn al-Jatib la cita en sus manuscritos por primera vez en la historia.

En la Edad Media, Churriana de la Vega era poco más que una alquería, lo que no fue óbice para que obrara de escenario para algunos enfrentamientos armados durante el Reino Nazarí. Entre los siglos XIII y XIV, experimentó un período de franca expansión y desarrollo económico, basado en la producción agrícola y en algunas industrias. En Churriana de la Vega se desarrolló un importante episodio de la historia del Reino Nazarí; la entrevista entre las delegaciones de Boabdil y Gonzalo Fernández de Córdoba representante de los Reyes Católicos para pactar las condiciones de la rendición de Granada. Ya en 1510 aparece el nombre de Jurliana y Jurriana en los libros parroquiales, de donde podría derivarse la denominación actual, citada por primera vez en 1520. La invasión de las tropas francesas en el siglo XIX frenó el crecimiento de la localidad, si bien, una vez sus ocupantes abandonan la Vega, comienza su recuperación.

En ese momento de la recuperación económica de la población, el día 23 de diciembre de 1842, justamente en el año que Don Juan Miura fundó la famosa ganadería que lleva su nombre, nació un niño, segundo hijo de José Sánchez, militar retirado que había participado activamente en la Guerra de la Independencia en contra del ejército francés, y de Sebastiana Povedano, honrada mujer,

dedicada a sus labores. La criatura, que fue bautizada con los nombres de Salvador y Victoria, pasaría a los anales de la historia de la Tauromaquia como uno de los más importantes lidiadores de todos los tiempos y, sin ninguna duda, como el mejor estoqueador que haya pisado jamás una plaza de toros.

F. Nota. Sta. de la Visitación de Churriana. C/Real nº 85 - C.P. 1834 - Tlf 95870007

CERTIFICADO DE BAUTISMO

El encargado del Archivo Parroquial de la Visitación de Sta. Sta. de Churriana de la Vega, diócesis de Granada, provincia de Granada.

CERTIFICO:

Que, según consta en el libro de Bautismo de esta Parroquia, reseñado al margen,

D. Salvador Victoria Sánchez Povedano fue BAUTIZADO el día 25 de diciembre de 1842 Nació el día 23 de diciembre de 1842

PADRES:
D. José Sánchez
D^a. Sebastiana Povedano

ABUELOS PATERNOS:
D. Luis Sánchez
D^a. Juana Melgarejo

ABUELOS MATERNOS:
D. Pablo Povedano
D^a. Juana Avilés

PADRINOS:
D. Francisco de Torres
D^a.
D. José María Ramos

Churriana de la Vega, a 7 de Julio de 1908

LEJALDACION
El Vicario General

El Párroco
Manuel Calvo
1908

Certificado de bautismo de Salvador Sánchez Povedano

Don José Sánchez, antiguo soldado en la Guerra de la Independencia que posteriormente ascendió a capitán, después de pedir su retiro, había llegado a Churriana de la Vega en el año 1839 como encargado del Resguardo y, muy pronto, trabó relaciones con Sebastiana Povedano, una joven viuda natural de Gabia la Grande. Fruto de aquellas relaciones el día 24 de mayo de 1841 nació un niño, que fue bautizado con el nombre de Francisco, e inscrito como hijo ilegítimo. Presionados por los comentarios, José y Sebastiana, contrajeron matrimonio el día 2 de agosto de 1841 para regularizar su situación y, accediendo a los ruegos del matrimonio Sánchez Povedano, el párroco de la Visitación, Manuel Calvo, anuló la partida de nacimiento anterior para inscribir a Francisco como hijo legítimo.

Después nació Salvador, como ya hemos dicho. Al bautizo acudieron sus abuelos maternos, Pablo Povedano y Juana Avilés, sus abuelos paternos, Luis Sánchez y Juana Melgarejo, siendo padrino Francisco de Torres y, oficiaron como testigos, Miguel Mejías y Agustín Álvarez.

Ya en el año 1845, nació el tercero de los hijos, de José y Sebastiana, esta vez una niña a la que impusieron el nombre de Francisca quien, debido a las penurias por las que pasaba la familia, quedó a cargo de su tía Quica que se encargó de su manutención, ocupándose también, a menudo, de la alimentación de Francisco y Salvador quienes, los días festivos, iban a comer a casa de Quica. La precaria situación de la familia era debida a que, Don José Sánchez, tenía fama de ser un gran aficionado a los juegos de azar por lo que, el poco dinero que entraba en casa para cubrir las necesidades de la familia, era constantemente mermado por las frecuentes pérdidas que sufría el ex-militar en las partidas que se celebraban durante la noche en cualquiera de los tugurios en los que se reunían los jugadores de la zona.

Francisco y Salvador acudieron durante algún tiempo a la escuela y, bajo la férrea disciplina impuesta por el maestro, Don Crescencio, intentaron aprender letras y números; pero mientras Francisco se mostraba distraído, Salvador parecía predispuesto a seguir las lecciones con atención por lo que, muy pronto, el párroco Don José María, le hizo monaguillo y, durante cinco años, Francisco y Salvador se vieron en la obligación de seguir las enseñanzas del sacerdote.

Para paliar en lo posible la situación económica de la familia, Don José encontró trabajo para Francisco, como ayudante de una caballeriza y a Salvador como ayudante del conductor en la línea de diligencias que unía Granada con Mengíbar.

Como las deudas acumuladas por el padre de Salvador habían llegado a sumar una cantidad de dinero más que respetable para aquella época, en una de estas partidas celebradas durante la noche, la casa ocupada por la familia quedó sobre el tapete en un envite desafortunado; la verdad es que, según cuentan los más imparciales, Don José se vio obligado a vender la casa que ocu-

paba con su familia para pagar las deudas contraídas a causa del juego y, ayudado por las gestiones que hizo a su favor un militar amigo suyo, encontró trabajo como administrador de Consumos en Toledo. Con el poco dinero que le sobró después de haber puesto al día sus cuentas, se mudó a la ciudad castellana en donde se instaló la familia Sánchez Povedano tratando de encontrar una estabilidad económica que no había podido tener hasta ese momento.

Las dos últimas frases del libro “El Buscón”, de Francisco de Quevedo dicen textualmente:

“Yo que vi que duraba mucho este negocio y más la fortuna en perseguirme, no de escarmentado, que no soy tan cuerdo, sino de cansado, como obstinado pecador, determiné, consultándolo primero con la Grajal, de pasarme a Indias con ella y ver si mudando mundo y tierra mejoraría mi suerte. Y fueme peor, como V. Md. verá en la segunda parte, pues nunca mejora su estado quien muda solamente de lugar y no de vida y costumbres”.

Si cito este texto clásico es debido a que Don José Sánchez no abandonó su afición a los naipes, sólo diez meses duró la estancia de la familia en esta hermosa capital castellana porque, de nuevo acuciado por las deudas de juego que había adquirido en Toledo, solicitó a sus conocidos, que le buscasen una ocupación remunerada para salir del atolladero y, poco más tarde, consiguió por medio de un amigo, antiguo compañero de armas, un empleo como cabo de carabineros en la zona de Aragón por lo que, con los pocos enseres que tenían se pusieron de nuevo en camino, tras una breve enfermedad que sufrió Don José Sánchez a la hora de partir rumbo a su nuevo empleo, esta vez con destino a Sádaba, una de las Cinco Villas, poseedora de una historia tan venerable como las piedras que conformaban sus muros.



Calle de Sádaba

En tiempos de los romanos, una vez que se hubo establecido el Imperio de Augusto, la Villa de Sádaba, fue incluida en la España Tarraconense y, posteriormente quedó sometida de manera sucesiva a la dominación visigoda y musulmana siendo en este último periodo la población situada más al norte del territorio dominado por los moros; como lugar fronterizo, se dotó a la villa de diversas construcciones amuralladas y de un castillo.

A finales del siglo XI, posiblemente en el año 1091, Sádaba fue reconquistada. Al parecer, la caída de Biota fue el detonante para que pasase a poder de los cristianos casi toda la comarca de las Cinco Villas. En el año 1215, Sancho VII, conocido como Sancho “El Fuerte” tomó la villa y pasó a formar parte de Navarra hasta el año 1261, Jaime I “El Conquistador”, la recuperó para el Reino de Aragón.

En la Guerra Civil por la sucesión de la corona, a comienzos del siglo XVIII, Sádaba siguió fiel a la dinastía de los Borbones, defendiéndose de manera heroica ante las tropas del Archiduque Carlos de Austria. Durante la guerra de la Independencia contra los franceses, los vecinos de Sádaba, se organizaron en partidas



Castillo de Sádaba

que no cesaban de hostigar a las tropas francesas que intentaban invadir la zona.

El hecho de que en casi todas las reseñas biográficas que he encontrado pasen por alto esta estancia de la familia en tierras aragonesas, no puede ser sino por falta de profundidad en alguna de las investigaciones, o porque es mucho más cómodo resumir el trabajo de otros que investigar por cuenta propia; el caso es que, en casi todos los artículos hallados, hacen pasar a la familia Sánchez Povedano de Churriana de la Vega a Madrid, obviando el tiempo que estuvieron en tierras aragonesas, lo que es un error de bulto como se verá a continuación.

La familia de Salvador ocupó una antigua casa propiedad del Conde de la Rosa y, por lo que tengo entendido, debido a los es-

carmientos recibidos a lo largo de muchos años de timbas nocturnas y al grave deterioro físico que cada vez era más patente, Don José Sánchez abandonó en Sádaba los juegos de azar para dedicarse a efectuar el trabajo que le habían encomendado como cabo de carabineros, mientras que Francisco y Salvador, ya casi adolescentes, empezaron a trabajar en calidad de repatanes, aprendices de pastor, cuidando un rebaño de ovejas en las cercanas Bardenas Reales. La vivienda ocupada por la familia, en la que actualmente funciona un negocio dedicado a la venta de carne y embutidos, era una de las muchas casas de piedra que conformaban la Villa de Sádaba, una población cuyos habitantes se dedicaban a la agricultura y a la ganadería a pequeña escala, cuyos alrededores y parte del subsuelo, eran ricos en huellas del paso de los romanos y construcciones cuyos cimientos databan de la época medieval.



Calle típica de Sádaba

No es muy difícil imaginarnos a estos dos muchachos, Paco y Salvador, unos fornidos mocetones acostumbrados a sufrir penurias con resignación, cargando a sus espaldas el típico zurrón de los pastores de la zona, lastrado tan sólo con algo de pan, queso y aceitunas, salir de su casa con la manta terciada al hombro y el cayado en la mano, dando la espalda a la enorme mole del castillo de Sádaba, para pastorear durante días un rebaño de ovejas, por supuesto ajeno, para recibir a cambio de tanto esfuerzo algunas monedas que mejorasen los menguados ingresos familiares. La bucólica vida de los pastores que tanto cantaron los poetas románticos, era para Francisco y Salvador, un interminable rosario de días a la intemperie soportando las nieblas, las escarchas y el dorondón en invierno mientras que en verano el calor hacía difícil la respiración en un territorio seco y despiadado; en ese ambiente adverso, que sólo es soportable por temperamentos agrestes y voluntariosos, fue donde Salvador empezó a incubar ese temple, esa voluntad de hierro que le permitió mantenerse a pie firme frente a los toros más violentos en su época de matador.

Tampoco hace falta un gran esfuerzo de la imaginación para intuir lo extraños que podían sentirse los dos hermanos Sánchez Povedano, acostumbrados desde su infancia a la proverbial locuacidad andaluza y al gracejo habitual en el sur de España, al chocar con la parquedad de los sadabenses, que a veces daba la impresión de ser demasiado brusca, y, sobre todo, al saberse una vez más emigrantes, desplazados, sin poder hallar su espacio en una sociedad rural empobrecida, como era la de la Villa de Sádaba en aquellos años, que subsistía a duras penas con los frutos de una magra agricultura en terrenos secos, y una escasa cabaña de ganado lanar; pero no podemos olvidar que la zona de las Cinco Villas era entonces, y lo es en la actualidad según rezan las estadísticas, una de las que más gustan de los espectáculos taurinos populares y la suelta de vaquillas, por calles y plazas, para que los jóvenes más arriesgados muestren su habilidad entre los

cuernos del ganado bravo, lo que sin duda acercó a los hermanos a la única diversión que habían conocido en Churriana de la Vega, su pueblo natal, durante su infancia: los toros.

Por otra parte, la cercanía de Sádaba con lugares de la geografía Navarra que tienen gran tradición en la celebración de festejos populares como es el caso de Carcastillo, de Santacara, de Mélida o de Tafalla, sugiere que, los vecinos de cualquiera de ellos, fueron testigos del nacimiento de la afición taurina de Francisco, el hermano mayor de Salvador, que según cuentan todos los cronistas taurinos, fue el primero de los hermanos Sánchez Povedano que sintió la irrefrenable llamada de la fiesta taurina y del toreo.

Francisco, como todos los jóvenes de su edad, aprovechó las fiestas de los pueblos, como era la costumbre de la zona, para correr delante de las vaquillas bravas o los toros que, con los bailes y las tabernas eran las únicas distracciones al alcance de los lugareños en aquellos años de grandes escaseces y penurias económicas.

Cada vez que paso por la calle Mayor de Sádaba, no puedo evitar la visión de un Francisco casi adolescente, ansioso, con los ojos brillantes de excitación, mirar de reojo al ganado bravo que golpea el adoquinado con sus pezuñas, mientras corre cerca de los cuernos de los animales, mientras Salvador, subido a un vallado hecho con troncos de madera, ve cómo su hermano esquiva por poco las acometidas de las reses entre el griterío de los campesinos en fiestas; pero si esta visión casi onírica es recurrente cada vez que paso por la calle Mayor, no lo es menos la de un Francisco sudoroso, con una fina capa de polvo cubriendo su piel curtida, peleando por un sitio frente a las reses bravas en la plaza delimitada por carros y galeras, intentando dar tres pases seguidos con una vieja pieza de tela convertida durante unos días en capote de brega.

Cuentan algunos habitantes, los más viejos de Sádaba, aquellos que aún conservan la tradición transmitida por vía oral, que los hermanos Sánchez Povedano, en los atardeceres, se entretenían como muchos chicos de su edad, jugando al toro; por aquellos años Francisco ya debía empezar a gallear con el capote, en lo que luego fue un maestro consumado, mientras Salvador, que por el hecho de ser el menor de los hermanos siempre tenía que hacer el papel de toro, terminaba llorando porque Paco no quería oficiar de burel, colocando sus puños en la frente, con los dedos índices estirados a guisa de cuernos, y no le dejaba dar unos pases con el trapo que les servía de muleta.



Niños jugando al toro

Parece mentira la enorme cantidad de recuerdos vívidos que conservan los habitantes de Sádaba del breve paso de la familia Sánchez Povedano por la población cincovillesa, y los muchos detalles que algunos conocen de aquellos gallardos mocetones, por haber oído contar esas historias a los padres que, a su vez, las habían escuchado de la boca de sus abuelos.

Aunque, pensándolo bien, no es extraño que así suceda puesto que, en primer lugar el empleo que ejercía Don José Sánchez como cabo de carabineros que le otorgaba el rango de autoridad, la condición de forastera que tenía la familia, el acento andaluz con el que hablaban los Sánchez Povedano, la gran afición que Francisco demostraba por el toreo en contra de la inclinación de los jóvenes sadabenses hacia el recorte y el roscadero, la fama alcanzada por Salvador como matador de toros, y las contadas veces que éste visitó la Villa de Sádaba, fueron referencias suficientes para que, los más mayores, recuerden haber oído hablar del paso de “Frascuelo” por la Villa de Sádaba y de los capotazos que daba su hermano Paco en las fiestas del pueblo.

No es que desde estas páginas, quiera dejar sentada, con carácter de axioma, la afirmación de que Francisco sintiese la primera llamada de su vocación taurina en tierras aragonesas, no. Seguramente, desde su infancia en Churriana de la Vega, y luego a lo largo de los desplazamientos que llevó a cabo la familia Sánchez Povedano, cruzando España de Sur a Norte, la inclinación del hermano mayor de Salvador por la tauromaquia ya se habría definido para cuando llegó a las Cinco Villas, aunque fuese en esta zona donde se desarrolló. Lo que sí sostengo, sin temor a errar en el juicio, que la afición taurina de Salvador, al principio de su adolescencia, se abrió a la sombra de su hermano durante su estancia en la zona de Sádaba porque, siguiendo el camino iniciado por Paco, con el afán de imitación del hermano mayor común en esas edades, no le faltaron a Salvador oportunidades para enfrentarse al ganado bravo, como explicaremos a continuación.

Si tenemos en cuenta la gran tradición taurina en esas tierras y la proliferación de festejos populares con suelta de reses bravas por las calles que todavía persiste en los pueblos, aún en los más pequeños, obtenemos el escenario justo, el caldo de cultivo necesario para que Salvador, comenzara a sentir en sus venas el

gusanillo de la afición taurina que su hermano ya demostraba en aquel entonces. El impulso de imitar a Francisco en sus correrías taurinas, la esperanza de conseguir una vida mejor para su familia y la voluntad para lograr que sus sueños se hicieran realidad, sólo podían ser posibles si se apoyaban en un carácter como el de “Frascuelo”, forjado entre soles de asfixia y hielos de espanto.

Los primeros capotazos serios del que sería conocido en el mundo taurino como “Paco Frascuelo” dados a una res en puntas, fueron seguramente en Sádaba después de que los mozos de la localidad terminasen de ejecutar la tradicional suerte del roscadero que consiste en frenar a las vaquillas con una especie de cuévano tejido con mimbres o cañas.



Suerte del roscadero en Sádaba (Foto: Joseba Carnicer)

La época en la que los hermanos Salvador y Francisco Sánchez Povedano vivieron en la Villa de Sádaba, era aquella en que la gente trataba de sobrevivir, casi al día, con muy pocas comodi-

dades y quien tuviese algo de tierra que cultivar y pudiese contar además con algunas ovejas de su propiedad, podía considerarse como una persona afortunada; pero si el panorama social era oscuro para casi todo el mundo en una época convulsa en la que la incertidumbre política acaparaba toda la atención de las fuerzas vivas en general, para la familia Sánchez Povedano en particular se ensombrecía todavía más porque, a pesar de los devotos cuidados de la templada doña Sebastiana, el jefe de la familia se iba apagando poco a poco consumido por la enfermedad crónica que le iba destruyendo a ojos vista.

Mientras tanto, Francisco y Salvador seguían repartiendo su tiempo entre su trabajo como repatanes, las tareas que debían realizar en casa, ir a buscar leña para el fogón o coger agua de la fuente cercana y el veneno de la afición taurina, que ya corría libre por sus venas, que les impulsaba a dejar solas durante la noche las ovejas que estaban a su cuidado para enfrentarse, utilizando las mantas como capotes, a las vacas bravas de casta navarra o a las vacas royas de casta brava aragonesa, que pastaban en libertad por los montes de Navarra desde Ujué a los Pirineos, pasando por Lumbier.

Muchas personas desconocen la existencia de estos rebaños de vacas bravas que vivían en libertad por toda la zona del pre-pirineo navarro-aragonés. En su libro “Historia de una ganadería de toros bravos en el siglo XIX”, Felipe Pérez de Laborda Villanueva, cuando se refiere a la fundación de la ganadería de su antecesor Pérez de Laborda Irurtia, puntualiza textualmente en su obra.

“Que éste se asoció con Martín Azcárate y Ladrén el Rojo, que eran suministradores de ganado a la tropa y también carniceros, con la idea de formar su ganadería y que fue retirando 36 vacas, todas jóvenes. Las

vacas las adquirirían en el Pirineo y en los sotos del río Ebro. Felipe también solía acudir a la feria de Lumbier, donde encontraba vacas muy bravas procedentes del Pirineo navarro. Ya en Tudela, solía comprar vacas de la Cofradía de los Ballesteros, reses que traían de los valles del Roncal y Salazar. De las adquiridas en el mercado de Lumbier es probable que muchas vinieran del cercano pueblo de Ujué, en donde se conservaron “vacas royas” en el extenso y abrupto término de dicho pueblo hasta los años sesenta del siglo XX y que fueron famosas por su temperamento arisco y sus capas rojizas”.

En la actualidad, aparte de unas pocas manadas que quedan en libertad en los montes, supervisadas por el Gobierno de Navarra, tienen este encaste algunos hierros como los de Miguel Reta, Benjamín Bentura, Juan José y Ángel Laparte, los hermanos Ganuza, Jesús Macua, “Pagola”, Nicolás Aranda y, la ya citada anteriormente en el prólogo de este libro, de los Hermanos Mainz Navarro que, como una extraña broma del destino, tiene sus instalaciones en el término municipal de la Villa de Sádaba.

Queda comprobado, pues, con la lectura del texto anterior, que en los años en que Francisco y Salvador vivieron en la Villa de Sádaba, algunas manadas de vacas bravas pastaban sin ningún tipo de control por los montes del prepirineo aragonés y navarro, la población de Ujué está a muy pocos kilómetros de Sádaba, y teniendo en cuenta la enorme inclinación que Francisco tenía al toreo, amén de las muchas oportunidades que les daba su oficio de repatanes, no serían pocas las noches que ambos se enfrentarían a las vacas para calmar el fuego que la afición ponía en sus venas.

Si Saliendo de Sádaba en dirección a Carcastillo, tomamos el desvío de Ujué, podemos imaginarnos a los dos hermanos caminar

furtivamente bajo la luz de la luna tras las huellas de la manada, o buscando las talanqueras que delimitaban los pastos de una ganadería, para que, mientras Salvador miraba embobado el aleteo de la manta, Francisco se entregara a la afición que le roía las entrañas; pero la disposición de esta escena, no tardaría en cambiar porque Salvador, gran admirador de su hermano “Frasco”, pronto empezó a dejar la protección de la talanquera, o la de los matorrales, para acercarse a las reses y, en caso necesario, sacar a su hermano de un apuro y evitar el posible percance que pudiera producirse. De ahí, a tomar otro trozo de tela para encarar a los animales bravos, no había tanto trecho como para que Salvador no pudiese andarlo.



Maletillas (Ilustración de López Canito)

Es muy posible que alguien niegue estos hechos diciendo que, los aficionados de la zona, no acostumbraban a torear vacas durante la noche, que era algo impensable en aquellas tierras; a quienes así se expresen habrá que recordarles que los hermanos Sánchez Povedano habían pasado su infancia en Andalucía, tierra de toreros donde las haya y en donde lo más normal es que los aficionados sal-

ten la talanquera para enfrentarse a los animales bravos en campo abierto y que, por si esto fuera poco, habían pasado un tiempo en Castilla en donde también se estila esta costumbre.

Tampoco podemos dejar a un lado el hecho probado de que, al poco tiempo de llegar a Madrid, salvador ya estaba iniciando su andadura por las capeas de los pueblos, primero con su hermano y, muy poco tiempo después, en solitario; cualquiera que conozca un poco el mundo de los toros sabe que la afición no aparece de la noche a la mañana, sino que es el resultado de un proceso, más o menos largo, que pasa por haber visto torear muchas veces.



Vaca de casta navarra en libertad

Hecha esta puntualización, seguiremos con nuestra historia.

La salud de Don José Sánchez iba empeorando con el paso del tiempo, aunque el ex militar sólo salía de casa para ir a su oficina. Francisco comenzaba a tontear con las muchachas de Sádaba y Salvador, siendo más joven, tenía ya cierto éxito con las mujeres. La figura de Salvador, espigada, con la musculatura definida por el trabajo y el tono cetrino de su piel, debieron causar más de un suspiro en las muchachas casaderas; el intenso roce que el “Frascuelo” tuvo con el sexo femenino, cuando ya era fa-

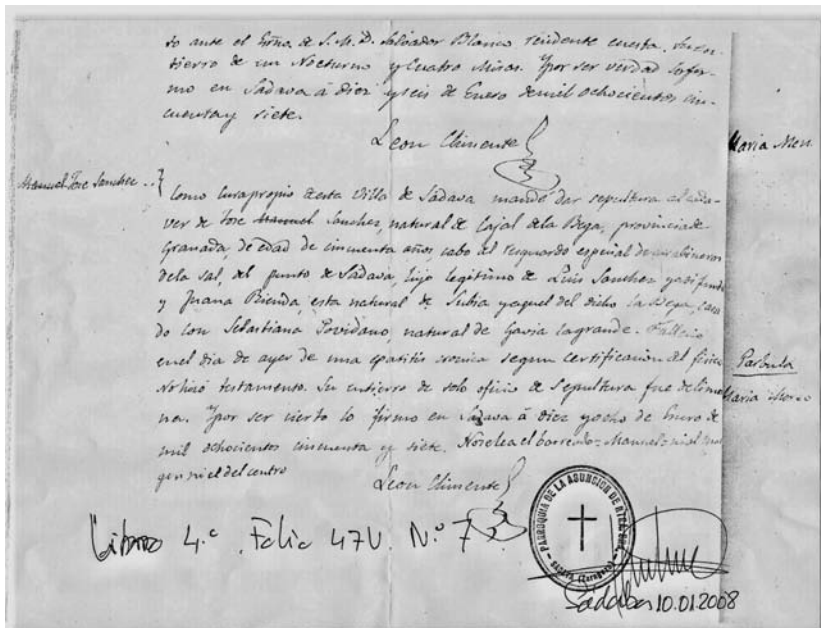
moso matador de toros, y el magnetismo que ejerció sobre las mujeres a lo largo de su vida, nos indican que, al principio de su adolescencia, estaba ya en posesión del carisma que tuvo algunos años después.

Recordemos que, a mediados del siglo XIX, época en la que discurre esta parte de la biografía, con quince años, ya se había adquirido la condición de hombre que, en aquel tiempo, con la esperanza de vida que había, la adolescencia terminaba casi a la vez que la niñez, sin que se disfrutara de los años de feliz inconsciencia que pasa nuestra afortunada juventud; no era raro en la zona, por no decir en toda España, que los niños comenzaran a ganarse el sustento a los ocho o nueve años de edad y, por ello, empezaban a ser considerados hombres, con lo que eso significaba en derechos y obligaciones, a los trece o catorce.

A pesar de los desvelos de Sebastiana Povedano, que pasaba las noches en la cabecera de la cama en la que yacía doliente su esposo, Don José Sánchez, padre de Francisco, Salvador y Paquita, murió en Sádaba el día 17 de Enero de 1857, a la edad de cincuenta años como puede leerse en el certificado de defunción que lleva fecha del 18 de Enero, extendido en la Villa de Sádaba, lugar en donde está enterrado, a causa de una hepatitis crónica que arrastraba desde hacía mucho tiempo.

De la situación económica de la familia, nos dice mucho el hecho de que en dicho certificado, el párroco de la Villa de Sádaba, que en aquellos años era el sacerdote León Clemente, hace la acotación expresa de que por carecer de medios económicos la sepultura hubo de ser “de limosna” y el oficio religioso se remitió a una oración en el cementerio sin las ceremonias a las que tenían derecho quienes podía pagar los sepelios. El texto íntegro del certificado de defunción asentado en el Libro 4, folio 47V, número 7, dice textualmente:

“Como cura propio en esta Villa de Sádava mandé dar sepultura al cadáver de José Sánchez, natural de Cajal de la Bega, provincia de Granada de edad de cincuenta años cabo del resguardo especial de carabineros de la sal, del puesto de Sádava, hijo legítimo de Luis Sánchez ya difunto y de Juana Brienda, esta natural de Subia y aquel de La Bega, casado con Sebastiana Povedano natural de Gavia la Grande. Falleció en el día de ayer de una epatitis crónica según certificación del físico. No hizo testamento. Su entierro de solo oficio de sepultura fue de limosna. Por ser cierto lo firmo en Sádava a diez y ocho de enero de mil ochocientos cincuenta y siete. Firmado León Clemente”.



Certificado de defunción de Don José Sánchez

El entierro, celebrado una fría mañana del mes de Enero, con el cierzo pasando su filo helado por los campos, llevó la tristeza a la familia Sánchez Povedano por diferentes motivos. Para Doña Sebastiana, porque se quedaba sin su esposo y, para sus hijos, porque, a partir de ese momento caía sobre sus hombros la responsabilidad de sacar adelante la casa.

Para todos, el hecho innegable de tener que dejar enterrado al que hasta ese momento había sido cabeza de familia, en una tierra a la que, si las cosas no cambiaban, nunca más podría volver puesto que, entre todos, ya habían decidido ir a la capital de España en la que estaban seguros de encontrar trabajo; pero, según dice Florentino Hernández Girbal en su biografía de “Frascuero”, el que más lo sintió, fue Salvador que lloró amargamente la muerte de su padre.

Doña Sebastiana tuvo que vender una vez más las pocas posesiones que tenía y, gracias a un socorro de viaje que le otorgó el Ayuntamiento de Sádaba pudo poner rumbo a Madrid, en compañía de sus hijos, para tratar de mejorar un poco las condiciones de vida que hasta ese momento habían llevado; a partir de ese momento le ayudarían en la tarea, Paco, que iba a cumplir los diecisiete años, Salvador que acababa de cumplir los quince y, en lo que estuviese al alcance de sus manos, Paquita que estaba a punto de cumplir los doce por lo que, en muy poco tiempo, podrían entrar en la casa cuatro jornales.

Después de recibir las condolencias de casi todo el pueblo y preparar el magro equipaje que les quedaba, los hermanos Sánchez Povedano se despidieron de sus amigos y conocidos con el amargo presentimiento de que nunca volverían a verlos. Una mañana gris de enero en que la niebla difuminaba el paisaje, la familia dejó la Villa de Sádaba a sus espaldas en un carro tirado por mulas; pero también dejaron los recuerdos amasados durante más

de cinco años de estancia en tierras aragonesas y los amigos que hicieron en ese tiempo.

También es muy posible, dada la edad que tenían los dos hermanos, y la inclinación que Salvador tenía hacia las mujeres, como demostraría después a lo largo de su vida, que más de un corazón femenino se quedara triste con la partida del mocetón; pero, independientemente de lo que él pensara al dejar Sádaba, lo único cierto es que Salvador prometió solemnemente ante el cadáver de Don José Sánchez, volver algún día a visitar la tumba de su padre y, según la tradición oral que se guarda en Sádaba, cumplió su palabra.

A su llegada a la Villa y Corte, tras unos días de estancia en la posada del Dragón, que los más jóvenes aprovecharon para conocer las calles aledañas, encontraron una buhardilla en la calle del Almendro que fue su primer domicilio en Madrid. Mientras doña Sebastiana, convertida de la noche a la mañana en una madre coraje, ejerciendo como cabeza visible de una familia, se dedicó a multitud de pequeñas tareas hasta que encontró trabajo como costurera, oficio que ya había ejercido en Sádaba para ayudar a que la economía familiar no fuese tan estrecha.

Paco, que ya empezaba a salir en serio por las capeas a escondidas de su madre, se empleó como recadero a tiempo parcial y Salvador, por su parte, empezó a trabajar como peón en el tendido de ferrocarril entre Torrejón y San Fernando; pero a despecho de que todos tuvieran una ocupación y de que el dinero comenzara a llegar, despacio pero regularmente, a las menguadas arcas de la familia, la matriarca tampoco pudo descansar tranquila ya que uno de sus hijos, Paco, no era capaz de conservar el mismo empleo durante mucho tiempo.

Porque las desgracias nunca vienen solas, las obras del tendido de ferrocarril se dieron por concluidas, así que Salvador se quedó



Imágenes del ferrocarril donde trabajó "Frascuero".

temporalmente sin trabajo fijo; aunque enseguida pudo encontrar trabajo en una línea de diligencias como ayudante del conductor y más tarde, con el señor Manuel, un vecino que vivía en la misma corrala, se empleó como aprendiz de papelista es decir, como colocador de papel pintado, empapelador diríamos hoy en día, que era una técnica decorativa llegada desde Francia hacía muy poco tiempo, muy de moda en aquellos años, al mismo tiempo empezaba una relación con una joven llamada Mercedes que era hija de una comerciante de velas.

Paco, al que todos empezaban a llamar Frascuelo, pasaba lo más claro de su tiempo capoteando reses bravas por las fiestas de los pueblos cercanos a Madrid, en los que soltaban toros para el disfrute de los aficionados y, el poco dinero que Francisco aportaba al estrecho patrimonio familiar provenía, además del trabajo esporádico de mecánico en el que se ocupaba muy de vez en cuando, de lo que le arrojaban al capote los espectadores que asistían a las capeas. Aquel panorama de aparente tranquilidad familiar, iba a cambiar un día de Abril de 1860 en que Paco invitó a su hermano Salvador para que le acompañase el domingo siguiente a Móstoles, uno de los pueblos en los que se celebraban festejos para los aficionados.

Al principio, según relataría el mismo Salvador años más tarde en la tertulia del Café que frecuentaba todos los días parece ser que se quedó mirando cómo su hermano se fajaba con uno de aquellos toros resabiados que solían soltar por aquel entonces en las plazas de los pueblos, y que luego, ya un poco más animado, le acompañó a pasar el capote para que los campesinos les arrojaran algunas monedas roñosas para llevar a casa; desde luego, una cosa eran las vacas que habían toreado durante su estancia en las Cinco Villas y otra aquellos torazos de enorme cornamenta tan largos que parecían no terminar nunca.

En realidad no sabremos nunca si fue en aquella primera vez que acompañó a su hermano Paco cuando Salvador empuñó el capote para enfrentarse a un toro, o si sucedió poco tiempo después; el caso probado es que desde el primer momento en que se puso frente a los pitones de un verdadero toro de lidia, Salvador Sánchez Povedano, decidió que quería ser matador por encima de todo.

Podemos imaginar a un Salvador adolescente, de buena musculatura, conseguida durante el tiempo que trabajó en el tendido de

la línea de ferrocarril, con la piel cetrina, resultado de sus jornadas al aire libre bajo los implacables soles de las Cinco Villas (tan oscura era su piel que luego le valdría el apodo de “El Negro”) darle cara a una de aquellas fieras que rondaban los trescientos kilos en canal, sujetando el capote con la misma decisión escalofriante con la que años más tarde empuñaría el estoque entrando a matar; de cualquier manera, si había podido con las vacas salvajes de Ujué, de Carcastillo y de las Bardenas Reales, ¿no iba a poder con un animal más grande? Al fin y al cabo no debía ser muy distinto el torear una vaca, ágil de patas, que hacerlo con un toro más pesado. Pero Salvador se equivocaba por completo.

Si cerramos los ojos podemos sospechar en nuestra piel el escalofrío salvaje de un Salvador joven, acostumbrado hasta entonces a ver pasar junto a su cintura animales de algo menos de trescientos kilos, al notar cómo la adrenalina comenzaba a fluir libre por sus venas, salvaje como un torrente de montaña, y la descabellada alegría de ver correr a un toro de más de media tonelada por el camino que le marcaba el percal remendado de su hermano suavemente dirigido por sus muñecas aún inexpertas; si esta íntima comunión con el toro no hubiera sido suficiente para reavivar en Salvador la afición que había acunado en las Cinco Villas, los gritos del público excitado por la fiesta y el vino recio, el polvo de la plaza reseca matizando la efímera escultura formada por el toro y el novel lidiador, la luz inclemente del estío poniendo tonos dorados a la escena y las monedas que a buen seguro cayeron abundantes en el capote compartido con su hermano, hicieron que el incipiente “Frascuero”, el torero, acabara, con la cordura de Salvador el colocador de papel pintado.

Es muy difícil hacer entender a quienes no gustan del mundo de los toros la afición que se reavivó en las venas de “Frascuero” aquella tarde. Por una parte hay que tener en cuenta las ventajas económicas que podía brindar el ejercicio de la profesión taurina

ya que, mientras un maestro de escuela ganaba 2000 reales al año, “Frascuelo” llegó a ganar 36000 en una sola tarde sin contar con los regalos que le arrojaban al ruedo; pero no sería justo afirmar que el motivo que movía a Salvador era meramente económico porque la emoción que siente un torero al ver deslizarse el pitón de un toro lanzado a la carrera, a escasos centímetros de su pecho, sólo puede ser entendida por quienes practican esta profesión. En resumen podríamos decir que, sólo un torero puede saber lo que siente un torero.



El aficionado Sebastián Legarre en la plaza de Castiliscar

Contaba años más tarde Juan Mota, muy buen banderillero y primer valedor de “Frascuelo” en todos los círculos taurinos de Madrid, que cuando Salvador se puso por primera vez delante de un toro de verdad en la plaza de un pueblo cercano a la capital de España, pasó el día entero sin comer ni beber, enfrentándose a un

animal tras otro y abriéndose paso a codazos por entre los otros maletillas para lograr el mejor sitio frente a la cara del toro, lo que dice mucho del ansia por torear que tenía Salvador guardada en el pecho.

Como es natural, no se libró en aquellos días de abundantes revolcones, además de ver morir a uno de sus compañeros de capea en la plaza junto a él, pero lejos de acobardarse por los golpes y la posibilidad de la muerte, en cuanto tenía la menor oportunidad, Salvador se escapaba a torear por los pueblos que estaban en fiestas.

Poco a poco, el empeño que había puesto en aprender el oficio de papelista, los domingos tranquilos en la taberna y los flirteos con Mercedes, la hija de la cerera, pasaron a un segundo plano ante la fascinación que los toros ejercían sobre el joven maletilla; también la taberna del barrio fue quedando en el olvido, siendo sustituida por otras frecuentadas por aspirantes a toreros; del mismo modo, su gorra negra de trabajador, se fue ladeando majamente al estilo de los chisperos madrileños y su pelo empezó a olvidar las tijeras del barbero para dejar que empezase a crecer el embrón de lo que en el futuro sería la coleta trenzada del mejor espada de la historia.

Llegados a este punto hay que hacer un alto para explicar, aunque sea con cierta brevedad, cómo se vivía el mundo de la tauromaquia en aquella época que en nada se parecía a lo que hoy conocemos; nada más lejos de los trajeados toreros de hoy, que aquellos que tenían a gala ir vestidos de traje corto por las calles de Madrid y Sevilla, aunque no fuera día de corrida.

Los matadores de toros de entonces sin duda tenían que conformar una clase aparte de personas, fuertes, valientes y, sobre todo, con una gran capacidad de resistencia al dolor, en el tiempo aquel en que todas las cornadas, y digo absolutamente todas por leves

que fueran, podían representar la muerte de quien las recibía puesto que, sin penicilina ni antibióticos, el peligro de infección y, por ende de la tan temida gangrena era máximo. Por otra parte, debemos recordar que las curas de las heridas sufridas por los toreros, se hacían en las enfermerías, sin ningún tipo de anestesia prácticamente y, el uso del láudano, no evitaba completamente el dolor producido por la manipulación de los médicos hurgando en las heridas abiertas para no dejar ningún rastro de suciedad que pudiera complicar la cicatrización.

Como se puede entender por lo que acabo de exponer, los toreros de entonces debían estar en posesión de una gran dosis de valor sereno, de inconsciencia dirían algunos, para enfrentar estos riesgos de manera voluntaria; para quienes piensan que ese valor era sólo una irresponsabilidad, creo que será suficiente con citar la frase con la que responden, aún en la actualidad, muchos de los toreros a los que se les hace la misma pregunta: “Más cornadas da el hambre”.

La manera de vestir de los matadores de toros fuera de los ruedos, era también especial ya que se exhibían ataviados de traje corto, orgullosamente todo hay que decirlo, por calles y tabernas, adornándose con fajas de seda llenas de colorido y botos camperos de complicada confección y enrevesada costura; los toreros más pudientes de la época, aquellos que más fama tenían, se cargaban de joyas, cadenas, relojes; para aportar un dato a tan recargada forma de vestir diré que los botones de sus camisas no eran otra cosa que diamantes tallados.

Esta ostentación, este lujo de los toreros en su atavío no debería extrañarnos en absoluto puesto que viviendo, como ellos lo hacían, en la proximidad de una muerte violenta y dolorosa, lo más normal era que tratasen de disfrutar mientras pudieran mantenerse activos en las plazas de toros puesto que, el día menos pensado,



podían verse apartados de los ruedos por una mala cornada que posiblemente los llevaría a la incapacidad, cuando no a la tumba, o al hospital en el mejor de los casos. Por otra parte, los banderilleros y los aspirantes a matadores de toros, llevaban muy a gala la utilización de esta especie de uniforme gremial que los distinguía de cualquiera en plena calle. Como hay gente para todo, no faltará quien tache de excéntricos a los que así pensaban y actuaban, llegando a decir que esa forma de pensar está pasada de moda. A éstos que así opinan habrá que recordarles el hecho evidente de que los jóvenes de hoy también tienden a vestirse de manera que, a simple vista, sepamos cuáles son sus aficiones o quiénes son sus ídolos; podemos afirmar entonces que la juventud, desde siempre, tiende a imitar las poses y vestimentas de los modelos que elige como iconos.

En esta fotografía, podemos ver a Frascuelo, en sus primeros tiempos de matador, adornado con una faja de seda

multicolor, traje corto, bastón de marfil con empuñadura de plata, sombrero de los llamados “medio queso” y reloj de oro con una gruesa cadena, que eran muy del gusto de la época y de quienes podían permitírselo. Junto a él, la reproducción de un vestido de torero de la época cuya chaquetilla, como podrá observarse, está mucho más recargada de recamados y bordados que las chupas actuales a pesar de pertenecer a un subalterno puesto que, ya en aquella época, los matadores de toros solían ostentar los adornos de sus vestidos, que no trajes, bordados en hilo de oro.

“Frascuelo” no era ajeno a las costumbres de los toreros de la época. Hasta tal punto le gustaba llevar joyas que una vez, al entrar en Lhardy, restaurante madrileño en el que todos los días Salvador tomaba el aperitivo con sus amigos y compañeros, uno de sus banderilleros, al verlo entrar dijo:

—Ese es el escaparate; la joyería la tiene en su casa.

Tampoco es de extrañar que, una vez alcanzado un cierto grado de riqueza, “Frascuelo”, quisiese exhibirla; si además tenemos en cuenta las penurias y privaciones que había pasado en compañía de su familia, desde la niñez a la adolescencia, no nos debería sorprender que, en el momento que los reales o las onzas de oro, cantasen con alegre tintineo en su bolsa y pudiera permitírselo, quisiera pagarse objetos de valor para demostrar que, los malos tiempos, aquellos del hambre y la miseria, eran cosa del pasado.

Salvador todavía era joven y, a esa edad, en que suele ser rebelde y caprichoso, el deseo de ser diferente a los demás y la ostentación del poder económico recién adquirido, no puede, de ningún modo, ser objeto de censura.

De lo que nunca pecó Salvador Sánchez “Frascuelo” fue de tacaño o avaro, como podremos ver más adelante con detalle; siempre dispuesto a echar una mano a los más desfavorecidos, no

dejaba que nadie pasara penurias ni que pagaran el aperitivo en Lhardy. Para ilustrar esta manera ser, esta prodigalidad de la que hacía gala siempre que tenía ocasión, contaremos una anécdota que refleja su forma de entender la riqueza y la solidaridad que mostraba con los demás.

Cada vez que Salvador llegaba a Chinchón, lugar en el que sufrió una grave cornada en sus inicios como aprendiz de torero, para visitar al Tío Tamayo, del que hablaremos en breve, se iba por la mañana muy temprano, a la panadería, en donde solía comprar una carretada de pan tierno recién salido del horno y lo llevaba a la plaza para repartirlo gratis entre los vecinos de la población, en agradecimiento a la acogida que le brindó aquel pueblo con ocasión de la primera cornada grave que recibió en su carrera. También regaló 30000 reales para reparar la ermita de Churriana de la Vega y un reloj para la torre del pueblo madrileño de Moralzarzal así como la tablazón de la plaza de toros de Chinchón.

Su generosidad, y el ritmo de vida que llevaba su esposa, cuando “Frascuero” ya era un matador de toros reconocido en España, llegaron a ser legendarios en todos los lugares a los que iba a torear, en general, y en Madrid en particular. Pero ¿quién no sería al menos un poquito vanidoso cuando se ha llegado a la cima de la profesión por méritos propios y el público te jalea por las calles tanto como en los ruedos?

Así pues, como queda dicho, los toreros eran una clase aparte en los tiempos en que Salvador decidió ser matador de toros. Los más conocidos se codeaban con la alta sociedad, eran frecuentemente invitados a las fiestas y saraos de la nobleza, y los menos populares se debían remitir a contar hazañas taurinas, algunas de ellas totalmente inventadas, en las tabernas en las que se solían congregarse los aficionados a la tauromaquia, frente a vasos de ese vino peleón del que deja una marca indeleble en los manteles.

Hechas estas salvedades sobre la vida y la forma de vestir que adoptaban los toreros contemporáneos de Salvador Sánchez, aclaraciones que me parecían necesarias para entender a “Frascuelo”, el matador de toros, volveremos a centrarnos en su historia.

Salvador, para estar cerca de las reses bravas y aprender el oficio de matador de toros, aceptaba por entonces casi cualquier faena en los ruedos y, por ello, se sometió a más de una humillación, como la de aparecer en el ruedo vestido de cualquier cosa que le mandaran, cuando fue contratado por el grupo bufo que capitaneaban “El Maca” y “El Antoñete”.

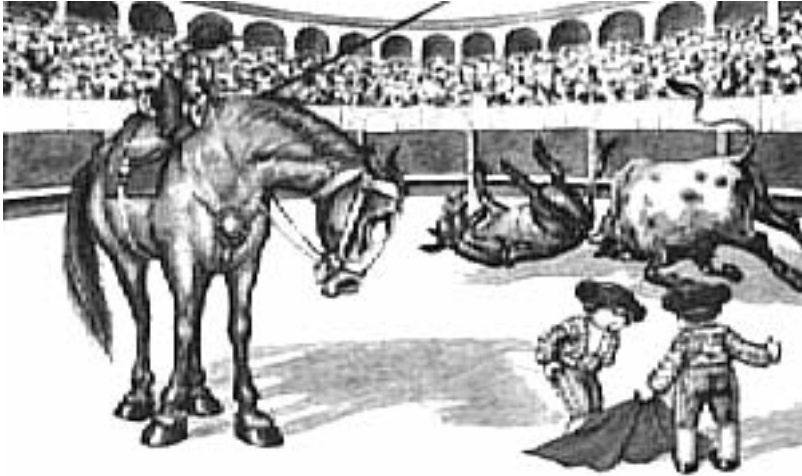
Estos dos toreros eran los jefes de una cuadrilla de toreo bufo, toreo cómico diríamos hoy, y Salvador, más preocupado por aprender los secretos de la profesión que le fascinaba que del “qué dirán”, sin sentir vergüenza alguna por pisar la arena de las plazas de toros vestido de payaso o de sultán oriental en mojigangas como la que llamaban “Las Odaliscas” o de cirujano en una especie de obra teatral con toro vivo en la plaza, que dieron en llamar “El médico y el enfermo”, mataba toros de desecho, hacía el salto del contracuerno o el de la garrocha y de ese modo iba adquiriendo la experiencia necesaria para crecer como torero.

Una de estas mojigangas que tuvo un éxito destacable entre la gente humilde, era la llamada “Los toneleros”. La historia que se representaba era que la hija del tonelero escondía a sus pretendientes en toneles y el espectáculo consistía en colocar algunos toneles por todo el ruedo, en cuyo interior se escondían los toreros cómicos y entonces soltaban a la res que, aprovechando el paso del burel por entre los toneles, le colocaban banderillas o le quitaban la divisa; después, para finalizar, el espada “serio” daba muerte al toro.

Salvador estuvo trabajando con la cuadrilla de “El Maca” y el “El Antoñete” hasta que, consiguió una oportunidad que le permitió

vestirse de luces por primera vez, su hermano Paco ya lo había hecho en varias ocasiones con la cuadrilla de Curro Cúchares, como banderillero en la cuadrilla de un matador de toros. Era el año 1862.

En abril de aquel año, Salvador fue llamado a filas y, en el sorteo,



Postal representando una mojiganga con gente pequeña

le correspondió el número 86, según cuenta Hernández Girbal en su biografía de “Frascuero”. Para evitar que pasase tanto tiempo en el ejército, lo que hubiese dado al traste con su recién iniciada carrera, Francisco y Salvador se reunieron fuera de casa y, tras vaciar las respectivas bolsas de todos sus ahorros, pagaron un sustituto para que fuera en su lugar, cosa perfectamente legal en la época que nos ocupa. El sustituto se llamaba Claudio Urrutia.

Durante todo el año 1862, Salvador Sánchez Povedano, una vez que se había librado de su servicio militar, se desempeñó como banderillero, lo que no era impedimento para acudir a las capeas

y seguir preparándose, siempre que tenía una oportunidad; pero la manera de enfrentarse a los toros había cambiado mucho desde que se disputaba a codazos un lugar frente a la cara de la res porque, a esas alturas, sabía medir, conocía los terrenos, las querencias y, su aplomo frente a los animales, su valor sereno ante las violentas arrancadas de los bureles, obligaban a la gente a guardar un silencio respetuoso cuando aquel novillero pisaba la arena del ruedo.

La primera vez que Salvador se vistió de luces, con el apodo de “El Papelista” fue en Robledo de Chavela, actuando como banderillero en la cuadrilla de Manuel Cano, llamado “El Hurón”; la primera vez que banderilleó junto a su hermano Paco fue el 23 de enero de 1863.

El día 25 de julio de aquel año, sucedió algo que cambiaría por completo la vida de Frascuelo, quien ya empezaba a ser algo conocido en los ambientes taurinos con el apodo de “El Papelista”, debido al oficio que desempeñó en su adolescencia. Este hecho acaeció en la localidad madrileña de Chinchón a la que había acudido para torear unos novillos con ocasión de las fiestas del lugar.

En las capeas, “El Papelista”, quería hacerlo todo, al igual que le sucedía en las plazas de toros. En los ruedos era un banderillero que estaba atento a los quites, a las banderillas y a la brega normal de la lidia. En las capeas quería la cara del toro, capotear, muletear y gallear siempre que podía. Lo hacía todo, sí, llegaba a todo, pero todo lo hacía apresurado y mal; le faltaba el asiento que debe tener un torero, la quietud de los pies en la arena, y esa tranquilidad que demuestran quienes saben mantener el tipo ante la cara de un toro de lidia.

Salvador había visto banderillar en Madrid a un torero llamado Antonio Carmona, conocido en el ambiente taurino como “El Gordito”, que ponía unos excelentes pares de banderillas al quie-

bro y, Salvador, quiso hacer lo mismo en la plaza de Chinchón para conseguir el favor de los espectadores y lograr sus aplausos; pero, en su apresuramiento, midió mal las distancias con el animal resabiado que tenía delante, seguramente por su falta de experiencia en aquella suerte, y, cuando quiso corregir la postura para recuperar el terreno, el toro le había arrollado y empitonado propinándole una grave cornada a la altura de la cara interna del muslo derecho, por la que empezó a perder mucha sangre.



“Frascuero” en su época de novillero.

Después de ser operado por el médico, un personaje del pueblo, un rico labrador llamado Florentino Catalán, más conocido como el tío Tamayo, que era a la sazón propietario de una pequeña fonda, les arrebató el corpachón inerte de Frascuelo y se lo llevó a una habitación en el negocio de su propiedad, en donde permaneció durante más de tres meses, atendido por la familia de este hombre, hasta que logró sanar por completo de sus heridas. Durante todo aquel tiempo, Salvador fue visitado por su madre y sus hermanos que iban a verle a Chinchón, siempre que podían. Cuando estuvo curado, el Tío Tamayo, encargó a uno de sus peones que preparase una carreta para que llevase a Salvador hasta Madrid, cargado de regalos. Aquel detalle, como veremos, Salvador no lo olvidaría nunca.



Placa de cerámica que recuerda la cornada en Chinchón

En los ambientes taurinos, aún en los actuales, se suele decir de los novilleros prometedores que, hasta que no reciben una cornada, no se puede asegurar que lleguen a ser toreros porque, el dolor que produce el pitón del burel moviéndose dentro del cuerpo, quita el valor, de un solo golpe, a muchos aspirantes a torero. En el caso particular de Salvador Sánchez, aquella cornada incrementó su afición, potenciando sus ganas de torear y, si antes del percance de Chinchón se mostraba atrevido, después, manifestaba un valor escalofriante que lograba poner los pelos de punta a quienes lo veían lidiar.

A pesar de que su nombre comenzaba a sonar con cierta insistencia en todos los ambientes taurinos, Salvador seguía acudiendo a las mojigangas y esperpentos taurinos con objeto de ir aprendiendo la profesión.

Se tiene noticia de que el día 20 de Noviembre de 1864, se presentó con la mojiganga “La tía Marizápalos”, el 27 del mismo mes con “La cueva de Fierabrás” y el 4 de Diciembre con “El robo de la diligencia”; pero el día 26 de Febrero de 1865, se presenta en Madrid como banderillero, con un terno salmón y plata que le había prestado Juan Mota. Por aquel entonces la gente empezaba a conocerle como “El Frascuelo”, en detrimento de su hermano Paco. La crónica de aquella tarde que se publicó en el periódico Boletín de Loterías y Toros, firmada por José Carmona, decía lo siguiente:

“El segundo novillo tenía por nombre Lobito. Cárdeno bragado, buen mozo y de buenas púas, salió ligero y bravo. Salvador Sánchez, chico aficionado, de los que salen en los primeros novillos embolados, y que manifiesta no poca disposición, le dio dos quiebros, mucho mejor el segundo que el primero. Le aplaudieron y le echaron bastantes cigarros. El joven Salvador nos agradó por su bravura y buen deseo”.

El 2 de Abril de 1865, última corrida de la temporada, Salvador figuró en el cartel, por vez primera, como único espada para matar dos toros en puntas; desde entonces empezó a tener más cerca el sueño de ser matador.

De entre las muchas anécdotas que retratan el valor sereno y frío del matador churrianero, haré mención a dos de ellas que sucedieron en los tiempos en los que aún velaba armas como novillero y que, sin duda, harán más comprensible el concepto de valor que “Frascuero” demostraba en todas las plazas a las que acudía.

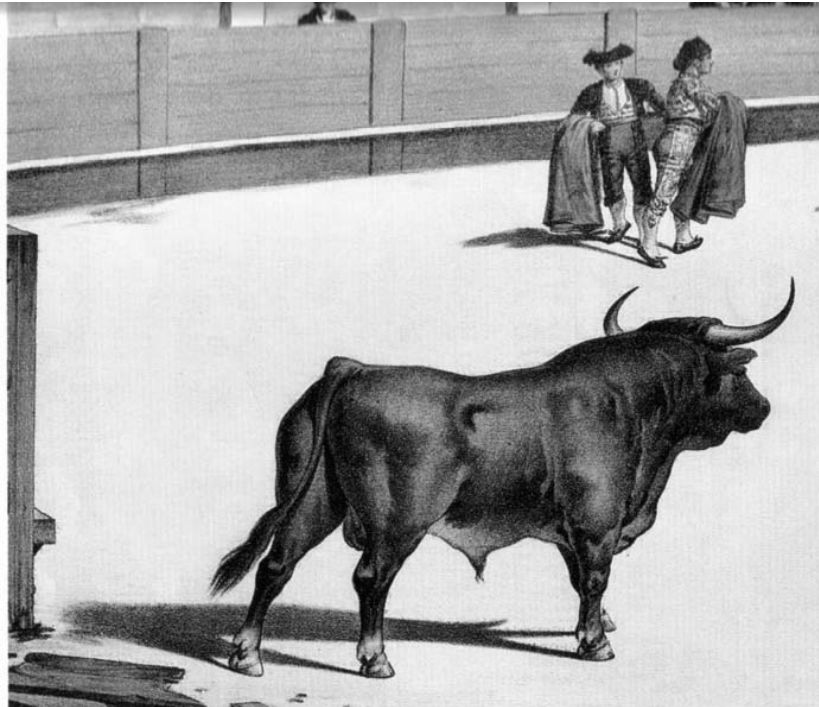
En el ruedo del Puerto de Santa María, Cádiz, siendo todavía Salvador un aspirante a matador de toros, estaban las cuadrillas reunidas en el albero de la plaza preparando la lidia, ya que apenas acababan de terminar la ceremonia del paseíllo, cuando un novillo de impresionante estampa y mucho genio, rompió de una embestida las tablas del toril y salió a la plaza cuando aún nadie estaba preparado para recibirlo, sembrando el pánico entre toreros y picadores que aún estaban en la arena.

Sólo uno de los toreros que componían las cuadrillas que alternaban aquella tarde soleada, supo conservar la compostura ante la aparición imprevista del toro en el ruedo.

Salvador Sánchez Povedano, al que ya se conocía como “Frascuero” en menoscabo de su hermano Paco que fue el primero en llevar a las tertulias con un cierto nivel de prestigio el apodo que se escribiría con letras de oro en las páginas más destacadas de la historia del toreo, empuñó con garbo la pañosa y, asiendo el estoque con una soltura que presagiaba la gran habilidad que adquiriría más tarde como matador de toros, se acercó desafiante al burel que campaba por sus respetos y, tras fijarlo en el lugar que creyó necesario, le dio unos cuantos pases de aliño para prepararlo y después de perfilarse ante la cara del toro, que no había pa-

sado por la suerte de varas como es natural, tumbó al animal de un certero estoconazo en todo lo alto.

Hecho todo ésto, como si fuese lo más normal del mundo, recogió sus arreos y, entre una ovación ensordecedora, se dirigió a las tablas para que diera comienzo, de manera oficial, la corrida de aquella tarde. Este hecho fue recogido por el artista José de Chaves, en un número del periódico taurino “La Lidia”, como podemos ver reflejado en la lámina que encabeza la página siguiente.



La otra anécdota, de desarrollo parecido, es la que le sucedió en Tolosa el 25 de Junio de 1866, siendo ya por entonces algo conocido de los aficionados; aunque esta vez, cuando el toro rompió los tablones del toril, “Frascuelo”, se encontraba en plena faena intentando matar a uno de los toros de su lote.

Alertado por el enorme griterío del respetable, Salvador volvió la cabeza y se dio cuenta de lo que sucedía por lo que, sin pensárselo, se dirigió al astado que había irrumpido en la plaza y, tras darle unos pases de aliño, lo citó, hizo un quiebro y lo mató de un metisaca atravesado que dio con el animal en tierra para, seguidamente, ir a por el suyo y despacharlo con el descabello. La noticia le dio la vuelta a España y el mismo Chaves, por encargo del periódico taurino que ya hemos citado, dibujó una lámina a todo color para que, quienes no tuvieron oportunidad de verlo en directo, se hicieran una idea del peligro corrido por el torero y la manera en que lo había solventado, como podemos ver a continuación.



El enorme derroche de sangre fría, los nervios de acero y el desplafarro de valor demostrados por Salvador Sánchez en Tolosa, fueron comentadas en todos los mentideros de la época hasta adornarlas con una aureola de heroicidad que sin quitar en abso-

luto el mérito que tuvo, en algunos casos, fue dramatizada en exceso por el efecto “bola de nieve”.

En toda España se hablaba de aquel “Frascuero” que había matado dos toros al tiempo, lo que no tardó en convertirse en los mentideros taurinos, en el relato de cómo el novillero mataba los toros a pares. Paralelamente a estas exageraciones, que a veces desafiaban a la inteligencia menos desarrollada, surgió una corriente que negaba la hazaña del joven torero por lo que, en una época en la que se dependía de los periódicos para estar al tanto de las noticias, mientras unos decían que los “gacetilleros” y críticos taurinos cobraban para escribir exageraciones, porque ningún ser humano podía acabar con la vida de dos toros bravos con tanta rapidez y frialdad, otros defendían a capa y espada, nunca mejor empleada la expresión, que la noticia transmitida por los periodistas era totalmente cierta y que “Frascuero” la había llevado a cabo, no una, sino dos veces: Primero en el Puerto de Santa María y luego en Tolosa.

España, una vez más, estaba dividida por una noticia que no había sido presenciada ni por la mayoría de sus acérrimos defensores, ni por la mayor parte de aquellos que negaban los hechos que se le atribuían a “Frascuero; pero en un país en el que el rumor y la mentira tienen ventaja sobre la verdad, porque nunca es necesario demostrar lo que se dice sino defenderse de las acusaciones, el terreno estaba abonado para que se produjera la primera controversia pública que tuvo como protagonista involuntario a Salvador Sánchez Povedano.

Después, en sus múltiples enfrentamientos, profesionales que no personales, con el cordobés Rafael Molina “Lagartijo”, esta perpetua disparidad de opiniones entre grupos opuestos, serían el pan de cada día y la comidilla de aficionados y desocupados en todas las tabernas y mentideros del país. De cualquier modo,

cuando llegó a Madrid después de la corrida de Tolosa, la gente comenzó a cuchichear su nombre con respeto.

En realidad, aunque aquella exageración con la que se relataba la noticia era buena para la fama de un torero, sobre todo si estaba al principio de su carrera, también colocaba el listón muy alto para cuando torease las corridas de Madrid ya que el público estaba deseoso siempre de ver los derroches de valor de los matadores y banderilleros.

Salvador paseaba orgulloso por Madrid después de lo acaecido en la plaza de Tolosa, que por entonces disputaba la capitalidad de Guipúzcoa a San Sebastián, estrechando manos y recibiendo parabienes; pero una de las cosas que más le había agradado de aquella corrida en Tolosa, la segunda de las dos que había contratado, era sin duda los 3000 reales que había ganado en aquellas dos tardes.

A pesar de que “Frascuelo” negaba la exageraciones de los taurófilos cuando relataban a su manera lo que había dado en llamarse “La hazaña de Tolosa”, esa misma negativa parecía dar más fuerza a lo que se relataba por lo que, poco a poco, la bola fue aumentando hasta tomar proporciones de una magnitud que rayaba en lo increíble.

Para poner las cosas en su sitio, tratando de zanjar el asunto de una vez por todas, el periódico taurino “La Lidia”, publicó al año siguiente una ilustración a todo color, con florituras muy al gusto de la época, enmarcando el texto de lo que en realidad sucedió aquella tarde en Tolosa cuya reproducción podemos ver en la página siguiente.

A su vuelta a Madrid, empezó a trabajar en la cuadrilla de Cayetano Sanz y el día 31 de Octubre de 1866, toreó Salvador, compartiendo cartel con “Curro Cúchares”, en la corrida que este último había



NÚMERO ORDINARIO, 30 CENTS

La LIDIA

NÚMERO ATRASADO, 50 CENTS

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN: Madrid semestral 3.50, Previa y semestral 3.50

PRECIO PARA LA VENTA: 50 céntimos por ejemplar, 50 céntimos por ejemplar

REVISTA TAURINA

Toda la correspondencia se dirige al Administrador de LA LIDIA, calle del Arenal, núm. 27, Madrid.

UNA HAZAÑA DE «FRASCUELO» EN TOLOSA

Ilustración de José de Chaves
22 de agosto de 1887

Nuestro dibujo representa la famosa hazaña que, el 25 de junio de 1866; y en la plaza de Tolosa, llevó a efecto el entonces matador de novillos, Salvador Sánchez (*Frascuelo*), con los toros quinto y sexto de la corrida, pertenecientes a la ganadería navarra de don Raimundo Díaz.

Llegó a la muerte el bicho quinto muy descompuesto. Salvador le pinchó varias veces y el animal se refugió en la presencia de un caballo frente al chiquero, y al lado opuesto de éste, dando mucho que hacer al novel espada, quien pronto oyó una exclamación que le hizo volverse rápidamente. El toro encerrado en sexto lugar había hecho saltar la puerta del chiquero y, una vez en el redondel, se engalló parándose y buscando pelea; pero el mocete de veintiún años no se acobardó; antes al contrario, dejó al toro querenciado, se fue temerariamente a los medios, flameó la muleta y el toro sexto partió a él como un rayo. Le esperó a pie firme, le dejó llegar a jurisdicción, le marcó la salida como en banderillas al quiebro, enmendó rápidamente el terreno y, al cargar la suerte, le dio un soberbio menisaca; en el momento rodó la fiera a los pies del atrevido matador, que entre los aplausos y vitores de los concurrentes, concluyó en seguida con el quinto toro, siendo conducido después a hombres a la fonda por la muchedumbre.

(Comentario explicativo aparecido en la revista La Lidia, referido al grabado que publicamos en la cuarta página de cubiertas.)

organizado en beneficio de la viuda de Manuel Ledesma “El Coriano”, un picador de su cuadrilla, que había muerto a consecuencia de las heridas que había recibido toreando en Zaragoza.

En esta corrida, Curro Cúchares pidió permiso a la presidencia para que Salvador matara dos toros. Una vez que le fue otorgada la venia, Cúchares entregó a “Frascuelo” los trastos de matar y Salvador, que vestía un terno de carmesí y plata, se dirigió con paso firme hacia Barquero, un toro de la ganadería de Ventura Díaz al que liquidó de dos pinchazos y una estocada desprendida. Al siguiente de su lote, de nombre Comino, lo pasaportó de un volapié y dos pinchazos, recibiendo palmas en ambas faenas.

En el mes de Abril de 1867, contrajo matrimonio Paquita, la hermana pequeña de Paco y Salvador y, a partir de los últimos días de ese mes, “Frascuelo” mató más toros de los que llegó a banderillar y toreó en diversas plazas como la de Santa Ana en Lisboa y muchas otras de las provincias españolas.

Frascuelo se doctoró como matador de toros el día 27 de Octubre de 1867 en la plaza de toros de la Puerta de Alcalá, ya desaparecida, recibiendo el toricantano los trastos de matar de manos del maestro Francisco Arjona, “Curro Cúchares”, en la corrida a beneficio del Real Hospital de Nuestra Señora de Atocha.

Salvador vistió un terno grosella y oro; el toro que le tocó en suerte para iniciar su carrera como matador de toros tenía por nombre “Señorito” y pertenecía a la ganadería de Bañuelos. En el tendido, además de familiares y conocidos, estaba Florentino Catalán, “El tío Tamayo”, que había llegado desde Chinchón para ver cómo aquel mocetón que permaneciera tres meses en su casa, tomaba la alternativa. Al hacer el paseillo, con Juan Mota y Paco Frascuelo como banderilleros, y Juan Antonio Mendoza “Juaneca” y Domingo Grande “El Francés” como picadores, comenzó su andadura por los ruedos para llegar a la cima del toreo, empezó

un recorrido profesional que quizás no hubiese llegado a tanto si no se hubiese visto de cara ante Rafael Molina “Lagartijo”, con el que mantuvo una rivalidad ya legendaria en el mundo taurino.

El día 7 de Junio de aquel año, “Lagartijo” y “Frascuero” coincidieron por primera vez en la plaza de toros de Granada y debían repetir el día 11 del mismo mes. Los cronistas nos cuentan que la corrida que se celebró el día 7, no fue gran cosa aunque, siendo “Frascuero” de la tierra, sus seguidores magnificaron sus faenas por lo que, “Lagartijo”, que era cordobés, se picó y, en la corrida del día 11, festividad del Corpus, según “el Mengue”, cronista taurino de la época, “se armó la gorda”.

Estos dos monstruos de la tauromaquia que hicieron historia dentro y fuera del mundo taurino, compartieron cartel, el día 11 de Junio de 1868 como ya hemos dicho, en la Plaza Anfiteatro de la Maestranza de Caballería de Granada con ocasión de la Feria del Corpus Cristi y, desde el primer momento en que pisaron la arena, mostraron dos maneras diferentes de entender el toreo, a cuál mejor, y, donde Rafael Molina “Lagartijo” ponía un arte y un saber hacer tan torero, que muchos decían que, con sólo verle hacer el paseillo, ya estaba bien gastado el dinero de la entrada, el matador de Churriana de la Vega ponía un valor sin dudas ni fisuras y una decisión a la hora suprema, la de matar, que encandilaba a sus seguidores y a quienes no lo eran. Don Víctor Pérez López, meteorólogo, miembro de la Unión de Bibliófilos Taurinos, cuando analizó la competencia entre Lagartijo y Frascuelo en el marco de la tercera sesión del Aula de Tauromaquia de la Universidad San Pablo-CEU, hizo una comparación entre los diferentes estilos de torear exhibidos por “Frascuero” y “Lagartijo” que, por su gran interés, y por lo acertado de su juicio, merece la pena citar textualmente en estas páginas dedicadas a la gran rivalidad existente entre ambos matadores de toros. Don Víctor dijo lo siguiente:

“Aunque en apariencia, es la diferencia que existe en la actualidad entre el toreo de arte, “Lagartijo”, y el toreo de valor, “Frascuelo”. Decían muchos aficionados que “Lagartijo” siempre daba la sensación de facilidad y que parecía imposible que pudiera sufrir ningún tipo de percance delante de un toro. En cambio, “Frascuelo”, mantenía al espectador en permanente sobresalto, daba siempre sensación de peligro constante”.



Rafael Molina “Lagartijo”

Pero no vayan a creer que el toreo artístico de “Lagartijo”, carecía de arrojo. Los alardes de valor de ambos toreros se sucedieron cada vez que los carteles los unían en una plaza, llegando “Frascuelo”, para demostrar sus redaños, a tumbarse frente al toro después de colocar un soberbio par de banderillas, para ser acompañado inmediatamente por Rafael que adoptó la misma postura para demostrar a su compañero y rival que él tampoco tenía miedo; como era de esperar, esta actitud desafiante les valió una severa reprimenda por parte de la Presidencia de la corrida.

Sin embargo, a pesar de la rivalidad que en los ruedos demostraban ambos matadores, que se haya sabido, ni el granadino ni el cordobés hablaban mal uno del otro y siempre mostraron un gran respeto mutuo; aunque estuvieron algún tiempo distanciados por mor de chismosos y correveidiles que nunca faltan en ningún sitio para llevar cizaña, ambos toreros siempre se admiraron; aquel alejamiento no duró demasiado puesto que, mediando amigos comunes, se citaron en el Café Imperial y, tras aclarar el malentendido, se estrecharon las manos y dieron por zanjado el asunto.

Aclaremos que, a pesar del desencuentro que mantenían en los momentos más álgidos de su enfado, a la hora de torear en la plaza, se protegían más que nunca y, del mismo modo que “Frascuero” sacaba a “Lagartijo” de apuros, Rafael no evitaba jugarse la vida por Salvador para hacerle quites o evitarle alguna situación comprometida.

Hasta tal punto llegaba este respeto mutuo que el crítico “Sobaquillo”, seudónimo utilizado por Don Mariano de Cavia a la hora de escribir artículos de toros, cuenta que en una tertulia a la que acudía “Frascuero”, uno de los advenedizos, seguramente buscando el favor del churriero, hizo un comentario malicioso sobre su rival, el torero de Córdoba, censurándole su forma de torear diciendo que no era tan bueno como decían sus seguidores. La respuesta de Salvador no se hizo esperar:

“Eso lo dirá usted en la calle porque se va ahora mismo de aquí con viento fresco. Pa’ mí, “Lagartijo” es el mejor torero que ha parí’o madre”.

También cuentan que Rafael era un gran admirador de su rival y que en el transcurso de una comida ofrecida a “Lagartijo”, uno de los convidados se levantó para brindar por Rafael y seguidamente, pidió permiso a los presentes para brindar por “Frascuero” comentando que aunque nadie quisiera beber a la salud del chu-

rriadero, él lo haría por ser el único frascuelista presente en el convite. Para sorpresa de todos, Rafael, que por ser natural de Córdoba algunos lo nombraban con el apelativo de “El Califa”, se puso en pie, levantó su copa y aclaró que él si bebería porque se consideraba un frascuelista, es decir, un admirador del toreo de su rival.

Estas hermosas demostraciones de reconocimiento de los valores ajenos y nobleza, dan idea de cuánto se apreciaban ambos rivales.

El día 1 de Agosto de 1868, Salvador Sánchez Povedano contrajo matrimonio en la iglesia parroquial de San Luis con Manolita Álvarez. Vistió el matador una chaquetilla de terciopelo negro con alamares de seda, camisa con chorreras, pantalón de satén y sombrero calañés. El convite se celebró en el Café Suizo donde el picador conocido como “El Francés”, y el banderillero “Cuco”, se apostaron unos reales a ver quién se tomaba antes doce jicaras de chocolate con doce mojicones y una libra de bizcochos; parece ser que la apuesta la ganó “El Francés. Después de cambiarse de ropa, los invitados fueron a los Viveros de la Villa en medio de cuyas alamedas, estaban preparadas las mesas para la comida que fue servida por el señor Hermann, dueño de la Fonda Suiza.

La noticia luctuosa de aquel año fue la muerte de Curro Cúcharres víctima del vómito negro en La Habana, Cuba, lugar al que había llegado un buen contrato para torear en aquellas tierras de Ultramar; esto ocurrió el día 4 de Diciembre de 1868 y “Frascuero” que apreciaba sinceramente al matador que le había dado la alternativa, sintió profundamente su pérdida; pero la fiesta de los toros debía seguir y, tras terminar la rivalidad entre “El Gordito” y “El Tato”, por haberle sido amputada una pierna a este último a causa de la gangrena que se le declaró tras una cornada, el público volvió sus ojos a la rivalidad entre Rafael Molina “La-



Francisco Arjona "Curro Cúchares"



Hermosilla

gartijo" y Salvador Sánchez "Frascuero", quienes torearon ese año, además de las suyas, todas las corridas que tenía contratadas "El Tato" y, al finalizar la temporada le entregaron a éste lo que habían cobrado por los contratos.

El valor que derrochaba Salvador Sánchez por las plazas en las que era contratado, le hizo recibir varias cornadas. Más de veinte veces fue herido de gravedad, lo que le convierte en uno de los toreros más castigados por los toros. Posiblemente, las cornadas más graves, excepción hecha de la ya comentada de Chinchón, las recibió en Madrid.

Una de las más fuertes la encajó el día 15 de Abril de 1877 en la desaparecida Plaza de la Carretera de Aragón. Un toro que llevaba por nombre "Guindaletto", perteneciente a la ganadería de Adalid, le enganchó al hacerle un quite a su compañero "Hermosilla" quien, en su prisa por desaparecer del lugar de los hechos,

se enredó con “Frascuelo” dejándolo desarmado frente al toro y, aunque éste intentó defenderse de la embestida con la montera, fue prendido por el costado izquierdo y lanzado a gran distancia lo que le produjo heridas tan graves que no pudo torear hasta finales de Junio.

Con todo, la cornada más grave, la recibió “Frascuelo” en esa misma plaza, el día 13 de Noviembre de 1887, cuando un toro llamado “Peluquero” perteneciente a la ganadería de Don Antonio Hernández, lo voltea como a un pelele infligiéndole una cornada tan fuerte en el abdomen, que al levantarlo del suelo, lo hizo con una violencia tal, que le rompió tres costillas del golpe. Salvador, aún estando herido de muerte, se puso en pie, cogió la muleta y el estoque, se dirigió a “Peluquero” y lo despachó de una estocada atravesada que ejecutó en la suerte de recibir, cayendo toro y torero al mismo tiempo, en medio de un silencio estremecedor como cuentan las crónicas de la época.

Aquella cornada fue tan tremenda que se temió seriamente por la vida del torero nacido en Churriana de la Vega. Fue llevado en una camilla desde la plaza a su vivienda, que entonces estaba en la calle Jacometrezo en Madrid donde, a lo largo de los días siguientes, se produjeron arremolinamientos de personas que iban a firmar en los papeles dispuestos en el portal para tal motivo.

La gente adoraba de tal manera a Salvador Sánchez que “Hermosilla”, a quien hicieron culpable del percance sufrido por el churrianero, tuvo que marcharse a torear a las plazas de allende las fronteras españolas porque, en las de la península no era bien recibido y, de manera sistemática, se le abroncaba sin miramientos desde el momento que se iniciaba el paseíllo de las cuadrillas.

En la calle, según testigos presenciales, se mezclaba el pueblo llano con la gran nobleza y la aristocracia ya que la fama de este torero era, en aquellos momentos, inmensa; pero una vez recupe-

rado de las heridas que había recibido, volvió a las plazas con más ánimo, si es que era posible, para enfrentarse a los toros con la misma afición que lo llevaba por las plazas de los pueblos antes de vestirse de luces por primera vez. Su pasión por el toreo no conocía límites, ni su honestidad como matador le permitía falsear la suerte suprema hurtando su cuerpo a la trayectoria de los toros.



Estampa de la época representando a “Frascuero”

A principios de 1884, “Frascuero” es contratado para inaugurar una plaza de toros en el corazón de París en la que varios personajes españoles habían invertido una buena suma de dinero; pero la corrida que se había anunciado en la capital francesa, nunca llegó a celebrarse y, ésa, es una historia que merece la pena ser contada.

Estando un día varios contertulios en la dehesa de “La Muñoza”, lugar que hoy ocupa el aeropuerto de Barajas, entre los que se contaban el Duque de Veragua, el Conde de Villar, el Conde de Amanzana y el Conde de la Patilla, todos amigos de “Frascuelo”, al calor del vinillo creyeron que sería muy buena idea, y de paso rentable, el ofrecer espectáculos taurinos en París. Pensaban que la afición existente en el sur de Francia, podía ser “exportada” al norte del país, si se llevaba ganado bravo desde España y, por supuesto, con toreros españoles; como del dicho al hecho hay un trecho a veces insalvable, se encontraron con la primera dificultad de las muchas que irían hallando para llevar a buen término aquella idea: En París no había plaza de toros.

Como el dinero no era ningún problema para estos miembros de la nobleza, encargaron a un ingeniero que diseñara una plaza de toros desmontable. La plaza se construyó en la misma dehesa y después, pieza a pieza, se trasladó a París para montarla en los terrenos del hipódromo. La Duquesa de Mouchy fue la encargada de patrocinar el festejo en la capital de Francia y, tras arduas gestiones, se decidió que los beneficios de la primera corrida de toros se destinarían al Asile de la Maternité.

Una vez con seguidos todos los permisos necesarios, se mandó ganado de Veragua y, “Frascuelo” con su cuadrilla, se desplazó a París varios días antes del festejo para tener la oportunidad de conocer París; la llegada a la estación de ferrocarril, fue todo un acontecimiento y Salvador, fue instalado en una lujosa suite del “Grand Hotel”, mientras periodistas de la talla de Max y Grison, que trabajaban en “Le Figaro”, acompañados de otros que redactaban sus crónicas para periódicos como “L’Evenement”, “Le Petit Journal” o “La France”, les acompañaban en la tarea de conseguir el reportaje de la llegada del gran “Frascuelo” a París.

París se había llenado de carteles anunciando la “Course des taureaux à l’Hippodrome” que debería celebrarse el día 9 de Mayo. La expectación era tal que la noticia aparecida en “Le Figaro” anunciando que “Frascuero” pasearía a caballo a las cuatro de la tarde, por los Campos Elíseos hasta el “Bois de Boulogne” el día anterior a la corrida, llenó el recorrido de coches tirados por hermosos caballos y de curiosos que deseaban ver al matador de toros aunque fuese de lejos.

Salvador se dejó ver con una chaquetilla de terciopelo, a lomos de un hermoso potro y correspondió a los saludos de la multitud enfervorizada. Cuando llegó al “Bois de Boulogne”, desmontó, tomó una copa de champagne en uno de los restaurantes de la zona y, tras corresponder a los saludos, montó y se dirigió al galope hacia el “Grand Hotel”.

Aquella misma noche, cuando todo estaba dispuesto para el gran espectáculo taurino del día siguiente, la corrida de toros fue suspendida por la Prefectura del Sena, en cumplimiento del dictamen acordado en el Consejo de Ministros que se había convocado de manera urgente; la Sociedad Protectora de Animales de Francia, había ganado la partida.

Pero “Frascuero” no estaba conforme con aquella decisión y, acostumbrado al ejercicio político, como veremos en otro capítulo de este libro, envió una carta para ser publicada en el periódico taurino “La Lidia” que, para aquella magna ocasión, había preparado una edición bilingüe en español y francés. Reproducimos a continuación la carta de Salvador.

“Señor Director:

Su periódico me proporciona el placer de decir lo que en este momento pienso respecto a la corrida que ya no tendrá lugar en París.

Vivo sentimiento he experimentado por esta determinación del Gobierno de la República, pues yo me proponía usar puyas poco penetrantes y banderillas al estilo de las que se clavan en Portugal. En cuanto a la suprema suerte, yo creo que al ver el público de París caer un animal bravo en toda su pujanza a los pies de un hombre sin más defensa que su habilidad, hubiera entusiasmado a los espectadores.

Pensaba también que hubiese podido hacer alarde frente a la curiosidad de los parisienses de todo aquello fino, genial y gracioso que el arte taurino ha experimentado frente a la cara de los toros. Las largas a punta de capote, las palmadas en el testuz, las medias verónicas en firme, los quiebros a pie y en la silla; yo creo que todo esto hubiera sido de su mayor complacencia.

¿Qué podía temer, por tanto, de todo esto la humanidad, la caridad misma, la filantropía y muy especialmente la Sociedad Protectora de Animales?

Crea usted, señor director, que he sentido por los pobres que la corrida no se haya verificado y que siempre me hallo dispuesto a ir a París cuando a ello se me invite.

En cuanto a mis ideas políticas, de las cuales se han ocupado varios periódicos franceses, me atrevería a decir que sus apreciaciones son inexactas. No me ocupo jamás de política; soy exclusivamente un modesto artista que expone, es cierto, todos los días su vida para buscar un porvenir a sus hijos; pero bien entendido que de todos esos peligros me hallo con usura compensado por los aplausos con que el público premia mi trabajo.

Salude usted finalmente, en mi nombre, a ese público francés tan caritativo, tan generoso, tan noble y al cual yo estimo tanto”.

Así pues, nos cabe la duda de si la resolución del Consejo de Ministros fue para dar cumplimiento a la petición hecha al Gobierno francés por la Sociedad Protectora de Animales, o debido a las inclinaciones monárquicas de Salvador; es que, la mezcla de política y toros, no daban un buen resultado.

Para demostrar que política y toros no son compatibles, recordemos que Rafael Molina “Lagartijo”, aún siendo uno de los mejores matadores de toros que había en cartel, no toreó en la corrida celebrada en Madrid el día de la boda de Alfonso XII con María de las Mercedes, por su afiliación liberal y republicana; Luis Mazzantini, que se dedicó después de su retiro a la política, fue abucheado en muchas plazas por el hecho de haber publicitado sus inclinaciones.



Aprovechando que hemos citado a Luis Mazzantini, el gran torero vasco, hay que comentar obligatoriamente la diferencia de puntos de vista que “Frascuelo” y él, tenían sobre el mundo del toreo. Mientras Mazzantini, a quien vemos en la foto anterior junto a un naípe que representa a “Frascuelo”, defendía ante todo aquel que quisiera escucharle que los toreros fuera de la plaza debían ser ciudadanos corrientes, él lo demostraba vistiendo chaqué y chistera como un burgués acaudalado, el de Churriana ejercía de torero dentro y fuera de las plazas, con el orgullo que sentía por su profesión, algo que sólo los grandes pueden tener, y la aureola de héroe que está reservada a los toreros que llegan a ser cabezas de cartel.

Otra de las puntualizaciones necesarias es la de que el gran matador que fuera “Frascuelo” a lo largo de toda su trayectoria profesional, fue acusado a menudo por los cronistas de la época en el sentido que, contrariamente al uso de los toreros de entonces, abusaba de las faenas de muleta, alargando la corrida innecesariamente. Podemos decir que hubo un antes y un después de “Frascuelo”, como posteriormente hay un antes y un después de Belmonte. Me explicaré.

Hasta que Salvador Sánchez hiciera su aparición en los ruedos, las suertes de la lidia se organizaban empezando con la recepción del animal, que nunca iba más allá de unos pases de tanteo. Luego se ponía al toro en suerte para enfrentar a los varilargueros que era, con los quites obligados por la falta de peto en los caballos, una de las dos suertes principales. Más tarde se ponían los garapulos (banderillas) y, tras un breve trasteo con la muleta, se llegaba a la suerte suprema y colofón de la corrida, que era la de entrar a matar.

“Frascuelo”, después de superar el tercio de banderillas y pedir permiso a la presidencia, trataba de dar pases de muleta a los toros

antes de ponerlos en suerte y proceder a la muerte del animal, adornándose cuanto podía en esta suerte, lo que era verdaderamente difícil y arriesgado si tenemos en cuenta el tamaño de las muletas en aquel entonces. Podemos afirmar sin temor a error que Salvador Sánchez fue quien instauró el ritmo y la cadencia que pueden observarse en las lidias actuales. Fue, pues, también en eso, un precursor de la lidia moderna.

Después de torear varias corridas en provincias, volvió a Madrid, después de cuatro años de ausencia debido a un encontronazo que había tenido con el público en Diciembre de 1880, cuando pactó con el tenor Julián Gayarre, gran amigo suyo, que ninguno de los dos actuaría en la Capital de España durante cuatro años.

El origen de esta promesa cruzada fue que el público de Madrid en aquel tiempo se estaba decantando por Rafael Molina, debido a la inclinación que “Frascuero” tenía hacia la aristocracia. Salvador, orgulloso de cómo era tratado en los mejores salones de Madrid, no escondía sus preferencias hacia los componentes de la Alta Sociedad y, mientras él se acercaba más a la Nobleza, más lo hacía “Lagartijo” hacia los ambientes toreros; en muy poco tiempo comenzó a correrse el rumor de que “Frascuero” se alejaba de los de la coleta y por ello los partidarios de “Lagartijo” comenzaron a silbar y a protestar todos los momentos en que “Frascuero” era protagonista de la lidia, criticando cada uno de sus pases.

Harto de aquella situación, decidió no firmar con la empresa concesionaria de la Plaza de toros de Madrid y se dedicó a torear en provincias y en el Sur de Francia. Su reaparición en Madrid tuvo lugar el 30 de Octubre de 1884 con seis toros de Miura, compartiendo cartel con Rafael Molina. Los tendidos estaban abarrotados de público y, en uno de los palcos, se podía ver un cartel de grandes dimensiones que decía: “¡Que no se vayan nunca Lagar-

tijo y Frascuelo y sus cuadrillas!”. Mil veces durante la tarde escuchó “Frascuelo” gritos de “¡Salvador, no te vayas!” y otros de índole parecida. Por lo que cuentan los gacetilleros, si “Lagartijo” estuvo muy bien aquella tarde, “Frascuelo” estuvo soberbio en sus toros.

A los pocos días de esta corrida, “Frascuelo” caminaba por la calle del Carmen cunado al ver un incendio, no dudó en meterse dentro de la casa en llamas y, de este modo, pudo salvar a una mujer y a su niño de pocas semanas de vida. Cuando la multitud le reconoció, le vitorearon con entusiasmo; además de ser un torero reconocido por su valor ante los toros, lo había demostrado salvando dos vidas humanas.

Salvador toreó varias tardes en Zaragoza y en dos ocasiones, al menos, aprovechó para llegar hasta Sádaba para visitar la tumba de su padre. La primera de ellas sabemos que fue un mes de Octubre, aunque desconozco el año exacto y, la segunda fue en 1889, año anterior a su retirada en el que exigió despedirse en cinco plazas, entre ellas la de San Sebastián y Zaragoza en las que era incontable el número de sus admiradores.

Salvador, agotado por las muchas cornadas recibidas, muy cansado de su ajetreada vida, llegó a Zaragoza con tres días de antelación y siguió viaje hasta Sádaba para despedirse de su padre porque, una vez muerta Doña Sebastiana el mes de Junio de 1888, estaba seguro de que ya no volvería jamás al pueblo que vio nacer y crecer su afición por los toros de lidia.

Al abandonar la Villa de Sádaba, se agolparon en su memoria imágenes que nunca olvidaría; las calles de Sádaba, los juegos al toro con su hermano, las eternas noches de costura de su madre a la luz del candil, la excitación del toreo a campo abierto y el sabor de unos labios femeninos sentido por primera vez. Salvador dejaba atrás a su padre enterrado en una fosa común, y una

parte de su vida entre los muros de piedra de las calles de Sádaba. Salvador Sánchez Povedano, dejaba atrás su infancia para no re-encontrarla jamás.

Tras haber toreado todo el año 1888 fuera de Madrid, por no haber llegado a un acuerdo con el empresario de la plaza Romero Flores, volvió a Madrid para torear una corrida mano a mano con “Lagartijo” el 28 de Abril de 1889; la actuación de Salvador fue tan pobre que, según sus propios comentarios, fue gracias a Juan Molina, peón de brega hermano de “Lagartijo”, que no se fue viva la mitad de la corrida al corral.



Si allí se dio cuenta “Frascuero” de que ya no podía con una corrida, fue en San Sebastián el día 15 de Agosto cuando supo que aquel año era el último de su carrera. En el mes de Octubre de ese mismo año, el día 6, toreó “Frascuero” en Madrid la última corrida en la que compartió cartel con Rafael Molina “Lagartijo”, dando fin de esta manera a una de las rivalidades más enconadas que recuerdan los aficionados a la fiesta de los toros.

El caso era que Salvador empezó a ser consciente de que su cuerpo ya no era capaz de soportar el trajín de una corrida de toros completa. Sus piernas ya no eran las que le permitieron matar 24 toros en sólo tres días en la plaza de Valencia. Esta hazaña de “Frascuelo”, muy poco conocida, merece la pena ser relatada por lo curioso de las circunstancias que la provocaron.

“Frascuelo” concertó tres corridas en Valencia para alternar con Antonio Carmona “El Gordito”, los días 24, 25 y 26 de Julio de 1876. Las corridas serían mano a mano y se lidiarían ocho toros en cada una. El día 23, es decir, la víspera de la primera corrida, cuando se estaban desencajonando los toros de don Antonio Hernández, uno de ellos, tras romper el cajón, se escapó dando lugar a escenas de pánico. Por lo que cuentan los periódicos de la época, el toro, marcado con el número 9, se presentó en la estación de ferrocarril y, tras herir a un caballo de tiro y matar a otro, dio unos cuantos revolcones a quienes tenía más cerca.

En el momento en que parecía que todo iba a terminar en tragedia, apareció “El Gordito” quien se quitó la chaqueta y, ayudándose de un palo, mantuvo al toro entretenido hasta que llegaron los cabestros y pudieron arropar al animal para llevárselo de vuelta a los corrales.

El caso fue que Antonio Carmona recibió una herida en el antebrazo y, a pesar de ello, hizo el paseíllo con “Frascuelo” el día 24; pero la herida se había infectado y, debido a la fiebre que presentaba, debió abandonar la lidia en el primer toro. Los organizadores de la corrida, que eran los miembros de la Junta del Hospital, nerviosos ante la posibilidad de que “El Gordito” no pudiese torear las dos corridas restantes, bajaron durante la lidia, al callejón, para pedirle a “Frascuelo” que les aconsejara un torero para sustituir a Carmona. Salvador, tras meditar un poco su respuesta, les dijo que, si no lo tenían a mal, y si el público de Va-

lencia no se molestaba, él se bastaba para acabar con las dos corridas restantes, cosa que hizo logrando la hazaña de matar a estoque 24 toros en 3 días.

Siempre habrá quien diga que ahora los matadores lidian más corridas que antes. Aún siendo cierto, no lo es menos el hecho de la diferencia del ganado bravo que se torea. No es que el de hoy sea más pequeño, como quieren hacernos creer ciertas personas empeñadas en defender que todo lo pasado fue mejor; pero sí eran más fuertes, más ágiles y, además, tenían mucha más resistencia.

Como ejemplo de lo que digo, citaré al toro Almendrito, perteneciente a la ganadería de Don Joaquín Pérez de la Concha que fue lidiado en la plaza de toros de Antequera. El “animalito” en cuestión tomó 43 varas y desventró a ocho caballos, lo que puede darnos una idea aproximada de la combatividad de algunos de aquellos toros.

Para cerrar los comentarios a propósito del temperamento torero de “Frascuero”, haré mención a un hecho que sucedió en Valladolid en Septiembre de 1895, cinco años después de su retirada.

Salvador fue invitado a presenciar una serie de corridas en las que alternarían Luis Mazzantini, Lagartijillo y Guerrita entre otros. Como el primer festejo hubo de suspenderse por causa de la lluvia, al día siguiente, en el sorteo, se produjeron diferencias de opinión entre la empresa y los matadores, a propósito de qué toros debían lidiarse. “Frascuero”, enfadado al ver la cantidad de pegas que estaban poniendo los toreros, llamó al mayoral y le ordenó con voz seca que encerrara los seis toros y que él los mataría; pero no pudo hacerlo porque los toreros le convencieron de que aquello no era posible dada la falta de entrenamiento.

Pero Salvador se quedó con el carácter agriado por la actitud de los toreros y al final de la tercera corrida se celebró una cena du-

rante la cual uno de los asistentes, amigo personal de “Frascuelo”, les pidió el favor de que, en un lindo cuadernillo de tafilete que le había entregado una señorita extranjera, pusieran sus autógrafos con una dedicatoria especial.

Luis Mazzantini escribió una dedicatoria en la que expresaba sus deseos de que, en breve, pudieran lidiarse toros en el país de origen de la bella, Italia por más señas, para ir a torearlos allí y pasó el cuadernillo para que todos leyeran lo escrito. Cuando llegó a manos de Pepe Estreñí, al ver éste que Mazzantini había escrito que Italia era un país triste y nebuloso, escribió un verso satírico en el que afirmaba que el torero había metido la “patti” al tiempo que defendía que el cielo de Italia era hermoso como debían serlo los ojos de la italiana.

Cuando le tocó el turno a Salvador, no lo pensó y escribió con pulso firme: “La sangre torera, ni se compra ni se hereda. Valladolid a 25 de Septiembre de 1895. Salvador Sánchez”.

“Frascuelo” se cortó la coleta, lo que entonces no era un eufemismo puesto que no eran postizas como en la actualidad, en Madrid, el día 12 de Mayo de 1890 dándole la alternativa a su paisano Antonio Moreno “Lagartijillo” al quien cedió el toro “Romero” de Veragua.

“Frascuelo” cobró aquella tarde 120000 reales y en su cuadrilla formaron casi todos los mejores toreros, desde José Bayard “Badila”, el gran picador francés que trabajaba para Mazzantini, hasta Juan Mota, su antiguo protector. La corrida estaba programada para el día 11 de Mayo; pero veinte minutos antes de que empezara, la arena estaba encharcada de tal manera que hubo de suspenderse la corrida ante la bronca del respetable.

Al día siguiente, amaneció soleado. Embutido en un terno negro y oro, Salvador, en compañía de “Lagartijillo” y Rafael Guerra

PLAZA DE TOROS DE MADRID

GRAN CORRIDA EXTRAORDINARIA

(O EL TIEMPO NO LO PERDE)

EL DOMINGO 11 DE MAYO DE 1890.

DESPEDIDA DEL VALIENTE ESPADA

SALVADOR CANONES, PRACQUELO

Con esta corrida, última que torerá, se despide del arte este afamado matador, que se ha brindado a torrear en esta Plaza, con su justa correspondencia y los favores que el público madrileño le ha dispensado durante su larga profesión. En dicha corrida, y deseando recibir un respetuoso saludo, acompañado y rodeado a las caballerías, se ha ofrecido gustoso a acompañarle en la lidia al joven matador.

Rafael Guerra, Guerrita

PREMIER LA PLAZA LA AUTORIDAD COMPETENTE

SEÑOR TORON, con diez toreros y bandes, de la muy acreditada ganadería del Excmo. Sr. Duque de Veragua, vacante de Madrid.

LIDIADORES

PREMIEROS.—Francisco Esteban (Castaño), Manolo Utrera (Castaño), José Bayarri (Sañudo), Francisco Pacheco y Antonio Rodríguez (Castaño); en el caso de inutilizarse los otros no podrá exigirse otros.

ESPADAS

Salvador Canones, Pracacelo, y Antonio Barrera Sagartijilla.

QUE TOMARÁ LA ALTERNATIVA

PREMIEROS.—Manolo López (Palencia), Miguel Aldeanosa, Rafael Rodríguez (Málaga), Ricardo Barba (Pinar), Antonio Guerra, Joaquín Mazañón (El Serranillo), y Francisco Utrera (El Médico).

PREMIEROS.—Ingeniero del I. de C. Utrera y Manolo Utrera (El Médico).
SEÑOR BARRERA, antiguo torero, y primero que perteneció a la ganadería de Pracacelo, acompañará también a este apañado torero en su corrida, como prueba del gran cariño que le profesan.

Se lidiará todo de afiles sencillos al español.

La corrida empezará a las Cuatro y media en punto.

Las puertas se abren a las tres y media.

El apertado se verificará a las doce y media, vendiéndose los billetes al precio de una peseta en la Administración de la Plaza, calle de Caballeros.

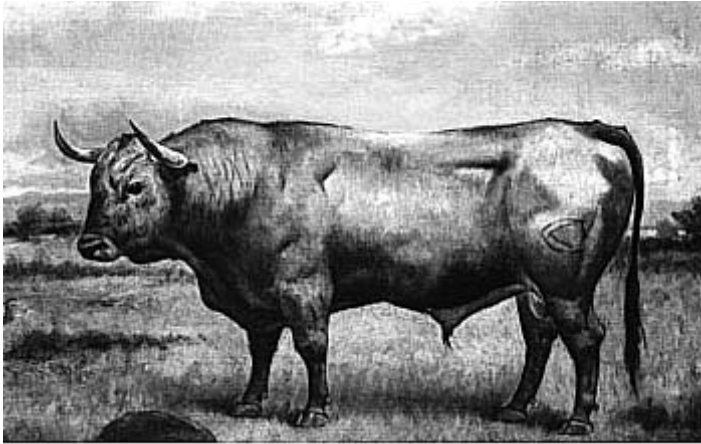
Se observarán las disposiciones que el Excmo. Sr. Gobernador tiene dadas para el régimen de las corridas de toros.

PRECIOS DE LAS LOCALIDADES

LOCALIDADES	PRECIO			LOCALIDADES	PRECIO		
	1.ª	2.ª	3.ª		1.ª	2.ª	3.ª
Tribuna	Anteplaza	1.00	0.50	Espadas	Anteplaza	1.00	0.50
	Gradas	0.50	0.25		Plaza de 1.ª y 2.ª	0.50	0.25
	Fila 1.ª y 2.ª	0.25	0.10		Fila 3.ª y 4.ª	0.25	0.10
	Fila 5.ª y 6.ª	0.10	0.05		Fila 7.ª y 8.ª	0.10	0.05
	Fila 9.ª y 10.ª	0.05	0.02		Fila 11.ª y 12.ª	0.05	0.02
	Fila 13.ª y 14.ª	0.02	0.01		Fila 15.ª y 16.ª	0.02	0.01
	Fila 17.ª y 18.ª	0.01	0.00		Fila 19.ª y 20.ª	0.01	0.00
	Fila 21.ª y 22.ª	0.00	0.00		Fila 23.ª y 24.ª	0.00	0.00
	Fila 25.ª y 26.ª	0.00	0.00		Fila 27.ª y 28.ª	0.00	0.00
	Fila 29.ª y 30.ª	0.00	0.00		Fila 31.ª y 32.ª	0.00	0.00
Gradas	Anteplaza	0.50	0.25	Espadas	Anteplaza	0.50	0.25
	Gradas	0.25	0.10		Plaza de 1.ª y 2.ª	0.25	0.10
	Fila 1.ª y 2.ª	0.10	0.05		Fila 3.ª y 4.ª	0.10	0.05
	Fila 5.ª y 6.ª	0.05	0.02		Fila 7.ª y 8.ª	0.05	0.02
	Fila 9.ª y 10.ª	0.02	0.01		Fila 11.ª y 12.ª	0.02	0.01
	Fila 13.ª y 14.ª	0.01	0.00		Fila 15.ª y 16.ª	0.01	0.00
	Fila 17.ª y 18.ª	0.00	0.00		Fila 19.ª y 20.ª	0.00	0.00
	Fila 21.ª y 22.ª	0.00	0.00		Fila 23.ª y 24.ª	0.00	0.00
	Fila 25.ª y 26.ª	0.00	0.00		Fila 27.ª y 28.ª	0.00	0.00
	Fila 29.ª y 30.ª	0.00	0.00		Fila 31.ª y 32.ª	0.00	0.00

“Guerrita”, estoqueó su última corrida de toros. Al matar el último de su lote, un anciano se acercó hasta él y le abrazó llorando. Florentino Catalán, “El Tío Tamayo”, había llegado desde Chinchón para ver cómo aquel mozalbete que él cuidara con mimo en su casa, se cortaba la coleta después de llegar a lo más alto del mundo del toreo.

El último toro que mató “Frascuelo” en su vida profesional, se llamaba “Regalón”, de la ganadería de Veragua y lo vemos en la siguiente imagen obra de José de Chaves.



Tras su retirada de los ruedos, y después de una corta estancia en Chinchón, se marcha con su familia a Torrelodones donde inaugura un local dedicado a la hostelería, al que bautiza como “La Verdad” y se dedica a regentarlo en compañía de su esposa Manuela Álvarez y sus hijos Manolita, Elisa y Antonio.

Un cronista de la época, Manuel Martínez Remis, dice en su romance titulado “Romance viejo del señor Salvador”, que a él, personalmente, le daba mucha pena ver a Salvador Sánchez, el famoso “Frascuelo”, pasar su tiempo sirviendo vasos de vino y co-

midas a los gañanes que se acercaban hasta su local, habiendo sido el mejor matador de toros de la historia de la tauromaquia.

A este “plumífero” habría que hacerle notar dos cosas. Primero que Salvador nunca hizo nada que no le gustara y se sentía muy a gusto atendiendo a quienes, algunos años antes, habían sido sus compañeros en la línea de diligencias. En segundo lugar, pero no por eso menos importante, que el señor “Frascuero” era un hombre visceral, vital, que se entregaba con el alma entera en cualquier tarea que se propusiese. Hay dos tipos de persona en este mundo, el que hace lo justo para cumplir su labor, y el que se entrega en cuerpo y alma a su tarea dando lo mejor de sí mismo. Afortunadamente, Salvador, era de estos últimos, de lo contrario, jamás hubiera podido alcanzar la excelencia que tuvo en el mundo del toro.

Después de una vida tan ajetreada como la suya, con el cuerpo mil veces recosido y atravesado por las cicatrices de las muchas cornadas que había recibido, en una de las capeas a las que asistió en la finca del ganadero Hernández Plá, contrajo una pulmonía doble por beber agua demasiado fría tras la tiente por lo que, vista la gravedad de su estado de salud fue trasladado al domicilio que su hija tenía en Madrid donde murió a los 58 años de edad el día 9 de Marzo de 1898.

La preocupación del pueblo madrileño al conocer el estado de salud de Frascuelo fue tal que incluso Alfonso XII, gran admirador del torero, ordenó que llenaran de arena la calle en la que vivía la hija de “Frascuero”, que según reza la leyenda hoy es conocida como la calle del Arenal, para que el ruido que pudieran hacer las ruedas de los carruajes al pasar por el adoquinado, no molestara al torero moribundo.

En la siguiente página podemos ver una fotografía de la época, en la que puede verse la capilla ardiente en la que fue velado el cuerpo del que en vida se llamó Salvador Victoria Sánchez Povedano.



El entierro del maestro, del matador de toros más grande que se ha conocido, congregó a tal multitud de dolientes en el cortejo fúnebre que los periodistas de la época, haciéndose eco de la luctuosa noticia, dijeron no haber visto jamás tantos asistentes a un entierro. El sepelio finalizó en el patio de la Concepción, en la Sacramental de San Isidro en donde fueron depositados sus restos mortales y descansan todavía hoy.

La poetisa María Victoria Atencia, escribió este poema dedicado a Frascuelo, que fue incluido en su libro “La Intrusa” en el año 1992.

Retrato de Frascuelo

Para Felipe Benítez Reyes

Montera sobre el muslo, pie pequeño, entrecejo
poblado, el fogonazo del magnesio detiene
en tu recuerdo al toro y en el sepia tu imagen,
como tuvo la tarde tu capote en suspenso.
Yo te quito las medias de seda rosa, el luto
rural de tu corbata, que en la cómoda cubren
mi peina de carey, mi mantilla de blonda.

La muerte de Salvador Sánchez, fue llorada por toda España; la cercanía que el matador de toros había conseguido con su público, tanto seguidores como detractores, hizo de su defunción un desastre nacional. Los cantaores de los tablaos flamencos entonces tonaban con tristeza:

Por la calle de Alcalá,
Todo el mundo está de duelo,
Porque se ha mellao el filo
A la espada de Frascuelo

Para ilustrar este dolor, este sentimiento del pueblo, creo que será suficiente con transcribir dos comentarios aparecidos en la prensa de la época en referencia a la muerte de Salvador:

“Frascuelo ha muerto. Reciba usted, Lagartijo, el pésame más sentido”. Ángel Caamaño, “El Barquero”, Sol y Sombra, 17/03/1898.

“Desde la muerte de Julián Gayarre, acaecida en Madrid el 2 de enero de 1890, no recuerdo otra que haya despertado tan general y verdadero sentimiento como la de Salvador Sánchez “Frascuelo””. Luis Carmena y Millán, Sol y Sombra 17/03/1898.

No podemos terminar esta parte sin hacer alusión al titular que encabezaba un periódico madrileño el día que se conoció el fallecimiento del matador. Con España a punto de perder la colonia de Cuba por la presión de los Estados Unidos de América, llegaban noticias de los fuertes combates que tenían lugar en la isla caribeña. Las informaciones de Ultramar eran tan alarmantes que la gente andaba triste por la guerra que sin duda se avecinaba contra los USA. La preocupación era patente en todos los estratos sociales y, por supuesto, era el principal tema de conversación en todas las tertulias y reuniones que se celebraban en Madrid; pero

cuando se supo de la muerte de “Frascuelo”, el dolor del pueblo por su fallecimiento pareció eclipsar cualquier otro hecho.

En los titulares de prensa pudo leerse al día siguiente, debajo de las noticias llegadas de Cuba:

¡Y además, se nos muere Frascuelo!



MONUMENTO
de
CHIRQUI
DE LA VEGA
ESTE MONUMENTO
FUE ERIGIDO EN
HONOR A CHIRQUI DE LA VEGA
EL CUYO NOMBRE
SOMOS EL PRIMER
FRASCULLO
DE LA
REPUBLICA DE VENEZUELA
EN
SU
HONOR
ERIGIDA EN LA CIUDAD DE LA VEGA

PARTE SEGUNDA

“PACO FRASCUELO”
EL VERDADERO “FRASCUELO”



Nació en Churriana de la Vega, Granada, el 24 de mayo de 1841 y, pese a sus esfuerzos, nunca pudo hacer méritos suficientes para salir de la mediocridad, en lo que a la torería se refiere, agravando todavía más su situación profesional en el escalafón taurino el tamaño colosal que habría de adquirir su hermano Salvador.

P. Ntra. Sra. de la Visitación de Churriana - C/Real - nº 25 - C.P. 18194 - T.F. 904570409

CERTIFICADO DE BAUTISMO

Libro 118
 Folio 1
 Núm. —

NOTAS

CONFIRMACION
 en /
 de /
 el / de /
 de 19

MATRIMONIO
 con /
 en /
 de /
 el / de /
 de /

OTRAS /

El encargo del Archivo Parroquial de La Visitación de Ntra. Sra., de Churriana de la Vega, diócesis de Granada, provincia de Granada.

CERTIFICO:

Que, según consta en el libro de Bautismo de esta Parroquia, reseñado al margen,

D. Francisco María Sánchez Povedano
 fue BAUTIZADO el día 25 de mayo de 1841
 Nació el día 24 de mayo de 1841

FADRES: D. José Antonio Sánchez
 D^a. Bartolomé Povedano

ABUELOS
 PATERNOS: D. José Sánchez
 D^a. Isabel Melgarejo

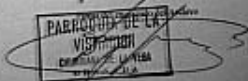
ABUELOS
 MATERNOS: D. Pablo Povedano
 D^a. Isabel Rillo

PADRINOS: D. Francisco de Torres
 D^a. /

MINISTRO: D. José María Benito

Churriana de la Vega, a 9 de Julio de 2008

LEGALIZACION
 El Vicario General



Certificado de bautismo de Francisco Sánchez Povedano



De camino a la plaza de toros

Francisco Sánchez Povedano merecería, por sí mismo, ser el protagonista de una biografía ya que su vida fue agitada y, a pesar de estar eclipsada por la sombra de su hermano Salvador, en su tiempo alcanzó cierta fama, si bien como torero nunca pudo despuntar.

El que fuera bautizado como Francisco María Sánchez Povedano fue, como ya hemos leído, el primero de los hermanos que sintió la llamada de los toros y, afortunadamente para la tauromaquia, quien aficionó a Salvador llevándolo por las noches a torear vacas bravas en la Villa de Sádaba y, una vez en Madrid, el que le inició en las capeas de los pueblos.

De carácter jovial, Francisco nunca pudo mantener durante mucho tiempo un trabajo fijo ya que, su afición y su forma de ser,

le impedían acatar la disciplina de los maestros artesanos y de los horarios; desde el principio había preferido las capeas y la vida, en cierto modo era un bohemio, de la torería.

De haber vivido sus circunstancias personales, muchos toreros hubieran aprovechado el hecho de ser hermanos del gran “Frascuelo”; sin embargo Francisco, a pesar de llevar con orgullo este parentesco, nunca trató de sacar ventajas de aquella circunstancia especial sino que decidió, desde el primer momento, que debía labrarse el porvenir en la profesión taurina por sus propios méritos, sin esperar que nadie le regalase nada por ser hermano de quien era.

En el mundo de la tauromaquia, Francisco ofició como subalterno en algunas cuadrillas de matadores que tenían cierto renombre, banderilleando con acierto los toros que otros mataban, y tomó por vez primera la alternativa en el año de 1877 para, posteriormente, volver a ser peón de brega y banderillero con su hermano Salvador, aunque el 11 de octubre de 1883 volvió al escalafón de matadores porque tomó de nuevo la alternativa al cederle el gran rival de su hermano, Rafael Molina “Lagartijo”, un toro, Judío de nombre, perteneciente a la reconocida ganadería de Laffitte, al que según las crónicas hizo una faena de aliño para salir del paso.

Francisco estuvo bastante tiempo toreando por varios países de América del Centro y del Sur, incluido Brasil que contó temporalmente con un coso taurino, en plazas de diferentes categorías y, cuando ya llevaba algunos años alejado de los ruedos, se despidió oficialmente en la plaza de Madrid el día 21 de junio del año 1900, dos años después de la muerte de su hermano. En aquella corrida de su despedida, Luis Mazzantini, el famoso torero vasco que terminó sus días como gobernador civil de Valencia, “Lagartijillo”, el torero granadino a quien Salvador había dado la alternativa el día de su despedida y “Villita” estoquearon seis enormes toros pertenecientes a la ganadería de Bañuelos.

“Paco Frascuelo”, siempre según los cronistas de la época, se conformó con gallear algo con el capote, que siempre había manejado bien; desde la muerte de su hermano Salvador se dedicaba a enseñar el arte del toreo en una escuela taurina de su propiedad que había fundado a las afueras de Madrid y murió el 15 de diciembre de 1924.

Una de las curiosidades de este hombre que, para su desgracia, había nacido hermano del gran “Frascuelo”, fue que a lo largo de su vida profesional anduvo mucho camino para poder torear en diferentes plazas del mundo; de cualquier modo, no debía ser desconocido, por sí mismo, para los buenos aficionados de la época ya que de entre los muchos documentos que hablan de él, entresacaré los que me parecen más interesantes para aportar datos a su biografía profesional. Empezaremos por decir que, en lo más alto de su carrera como torero, este “Paco Frascuelo” fue uno de los contratados para inaugurar el ruedo de la rue Pergolese de París. Pero veremos ahora, además de esa noticia, otras que citan a “Paco Frascuelo” y su trayectoria en el mundo de los toros.

PLAZA DE TOROS DE PARIS EN LA RUE PERGOLESE

Junto a las Arènes Parisiennes ubicada en el Quai de Nueva York y destinada a las corridas landesas, la capital francesa contó con dos plazas de toros con ocasión de la Exposición Universal de 1889. La “Plaza de la Exposición”, de madera, con palcos, levantada en el Campo de Marte, fue inaugurada por Antonio Carmona el Gordito, Fernando Gómez el Gallo y Juan Ruiz Lagartija. La plaza desapareció aquel mismo año y contó con la asistencia de la ex-reina de España, Isabel II.

Poco después fue anunciada la construcción de una gran plaza en la rue Pergolese, junto al Bosque de Bolonia. Ganaderos y em-



Corrida de toros de la época

presarios españoles financiaron los tres millones de francos que costó, con el apoyo también de la Embajada española. La plaza tenía 800 metros cuadrados, construida en ladrillo y viguería de hierro, sobre sólidos cimientos de piedra. Tenía 116 palcos. Y una capacidad para 22.000 personas. La corrida inaugural fue de Veragua y La Patilla, y fue lidiada por Currito, Felipe García, Angel Pastor y Paco Frascuelo. En esta plaza lidiaron también figuras como Lagartijo, Frascuelo, Mazzantini, Cara-Ancha, Guerrita... El 6 de noviembre de 1892, sin embargo, la plaza cierra sus puertas, la empresa se declaró en quiebra al año siguiente, y la plaza fue demolida.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

Número 30 Página 87

“La inauguración de la nueva plaza de toros se ha verificado el sábado, aún sin estar del todo concluido el

edificio. Los toros que se han corrido han sido de las ganaderías del Duque de Veragua y del Conde de Patailla, alternando: los dos ganaderos han procurado traer a París el ganado de mejor estampa y de mayor trapío. En los palcos medio Madrid: la Duquesa de la Torre, los condes de Muguero, la Marquesa de Manzanedo, la de Santurce, las señoritas de She Saavedra, y ¡qué sé yo cuántas más! La presidencia, como en la plaza de Madrid, un alcalde de París, el Conde de Villar y D. Antonio Hernández. En palcos, contrabarreras y demás localidades, mil caras conocidas que nos son familiares y no sabemos quiénes son, y de franceses, y, sobre todo, de francesas bonitas... todo un derroche.

El paseo con su guardia amarilla, sus coches a lo grande y sus caballeros en plaza; el lujo de las cuadrillas y toda esa palpitación que es peculiar de este género de espectáculos, no agradó, exaltó hasta el delirio.

Las suertes de capa entontecían, las de banderillas, los quiebros, las sillas, eran cosas de volver locas las imaginaciones de todas estas mujeres singulares. Hubo quién pidió la muerte de verdad. No se les complació. ¡Pero qué delirio para Ángel Pastor, el caballero Tinoco, Currito y *Paco Frascuolo*! El espectáculo va entrando poco a poco en París. Pero él entrará... con todas sus consecuencias”.

ANUARIO TAURINO 1880.

Página 157

Francisco Sánchez Povedano (Frascuolo), hermano del célebre Salvador, nacido como él en Churriana de la Vega (Granada) el 04-10-1843, falleció en Madrid el 15-12-1924, a los 81 años de

GRANDE PLAZA DE TOROS

DU BOIS DE BOULOGNE

BOUL. LANNES
RUE PERGOLESE



PROGRAMME OBLIGÉ

17^e COURSE — Jeudi 20 Septembre

DÉFILÉ ET PRÉSENTATION DES QUADRILLES

Toufflers et Trappette à cheval.
Quatre Algériens à cheval.
Deux Algériens à pied, en costume Philippe IV.

LES CAVALIERS EN PLACE

MM. ALFRED TISSOT et Louis de REGO

Toufflers dans un costume de gala orné de quatre croixes richement brodées
et tenu en main par un valet en livrée.
Fidélité en livrée, tenant les cravates des cavaliers en place.

LES CHEFS DES QUADRILLES

CARA-ANCHA, MANTINI, Valentin MARTIN

CARA-ANCHA, à gauche; MANTINI, à droite; Valentin MARTIN, au milieu.
Banderoliers — Châles.

Les Fiancés:
Fidélité recevra le cheval de échange pour les fiancés.
Les Caprices chargés de tenir les gants.
Valets à cheval et à pied.
Mélange de Mules magnifiquement harnachés.

Saluts et remise de la Clef du Toril.

Sur chaque Toril les écuries se succèdent dans l'ordre suivant:
1^o Toril de l'Espagne par deux ou trois Toriliers en pied, en à cheval
en livrée.
2^o Toril de l'Andalous et deux Toriliers en pied en livrée
3^o Toril de l'Italie et deux Toriliers en pied, en à cheval en livrée
4^o Toriliers en pied, en à cheval et les Toriliers Espagnols, combattant dans l'ordre ordonné.

PREMIÈRE PARRÉ

1^o Toril de l'Espagne — Les Fiancés et MANTINI
2^o Toril de l'Andalous — Les Fiancés et MANTINI
3^o Toril de l'Italie — Les Fiancés et MANTINI

DEUXIÈME PARRÉ

1^o Toril de l'Espagne — Les Fiancés et MANTINI
2^o Toril de l'Andalous — Les Fiancés et MANTINI
3^o Toril de l'Italie — Les Fiancés et MANTINI

Bientôt dirigés, le public sera admis à contempler
de près les combats de nos héros de la corrida
et assister à la N. par exemple.

Cortège de 70 Musiciens, sous la Direction de M. A. DAX

Cartel anunciador de una corrida en París

edad, tras casi cuarenta de profesión. De él tomó su apodo su hermano el coloso Salvador. Con la suerte de gallear, que practicaba como nadie de un modo perfecto e insuperable, cubrió cuanto pudo sus defectos, que según don José María de Cossío «fueron muchos.»

ANUARIO TAURINO 1880.

Página 203

Francisco Sánchez Povedano (Frascuelo), hermano del célebre Salvador, nacido como él en Churriana de la Vega (Granada) el (04-10-1843), falleció en Madrid el (15-12-1924), a los 81 años de edad, tras casi cuarenta de profesión. De él tomó su apodo su hermano el coloso Salvador. Con los años, él pudo disfrutar de una tarjeta de presentación excepcional, diciendo: «Soy hermano de Salvador», pero jamás la utilizó; fue un torero de buen capote y mala muleta, pero valiente y siempre torpe y genioso, que no pudo matar bien. Dejó pronto al descubierto su carácter, resistiéndose a trabajar en cualquier oficio corriente, abandonó el que tenía, rebelde y aventurero, y comenzó a merodear por los caminos y cañadas reales a la busca y captura de toros de capeas, o bien separándolos de los hatos y toreándolo a campo abierto. Fue un especialista en galleos y otros lucimientos con la capa. Al amparo del nombre de su hermano, y con la protección de éste, logró hacer que el suyo llamara la atención bastante, cosa que no hubiera sucedido seguramente no de haber existido Salvador. No tuvo muchas aspiraciones, se desenvolvió a gusto en una humilde atmósfera, y no se le exigía mucho porque daba de buena gana cuanto podía dar de sí.

Con la suerte de gallear, que practicaba como nadie de un modo perfecto e insuperable, cubrió cuanto pudo sus defectos, que según don José María de Cossío «fueron muchos.» Muy aplicado y voluntarioso, a los dieciocho años (1861) ya actuaba de banderillero en la plaza de Madrid en la cuadrilla de Francisco Arjona

Herrera, más conocido como Curro Cúchares”, y después, sustituto de Mateo López, en la cuadrilla de “Cayetano Sanz”.

PLAZA DEL ACHO, LIMA

En 1869 se presentaron en Lima los diestros españoles Vicente García “Villaverde” y Francisco Sánchez “Frascuelo”; en 1870, Manuel Hermosilla y Francisco Díaz “Paco de Oro”.



Plaza del Acho, Lima

Ese mismo año se hizo empresario de la Plaza de Acho el acaudalado limeño don Manuel Miranda. Llevando a cabo en ella una profunda reforma. Mientras las obras se efectuaban, viajó a España para contratar toreros y adquirir toros.

En efecto compró seis toros y doce vacas de Veragua, seis astados de Miura, seis de Colmenar, doce de Mazpule y seis de Navarra. Como tenía el propósito de fundar una ganadería brava, adquiere la finca de Cienaguilla, en el valle de Pachacámac. Traslada a ella un semental y más de cien vacas compradas a la acre-

ditada ganadería del país “Rinconada de Mala” y otras hembras de diferentes ganaderos peruanos. Este ganado desapareció años después en la guerra sostenida entre Perú y Chile.

PLAZA DE TOROS DE PLASENCIA

La construcción de la plaza de toros de Plasencia fue acordada en 1882, un año después de que fueran instauradas las ferias por el Ayuntamiento en el mes de mayo. Fue levantada en terrenos del Cotillo de San Antón por una sociedad de placentinos creada al efecto, que emitió acciones de 25 pesetas para su financiación. El proyecto fue encargado al arquitecto municipal Vicente Paredes Guillén y fue levantada en un tiempo récord: 56 días con 7.500 localidades, aunque tendidos y palcos eran de madera. La directiva de la sociedad constructora contrató para la inauguración a ‘Cara Ancha’ y a Francisco ‘Frascuelo’ y adquirió dos corridas a Trespalacios, de Trujillo. La apertura del coso no pudo hacerse, sin embargo, en el transcurso de los días de la feria, 25, 26 y 27 de mayo, a causa de las lluvias que desde el día 17 de afectaron a la ciudad tras ser bajada en rogativa la Virgen del Puerto. El temporal duró hasta el día 26, por lo que la arena quedó impracticable y hubieron de aplazarse las corridas. La sociedad constructora tuvo que devolver las entradas de los festejos y estos se aplazaron, celebrándose finalmente la inauguración el 18 de junio, con los espadas contratados con anterioridad, José Sánchez del Campo, ‘Cara Ancha’ y Francisco Sánchez, ‘Frascuelo’ con los toros de Jacinto ‘Trespalacios’. Presidió esta corrida el teniente de alcalde, Antonio Álvarez Elvira y hubo lleno hasta la bandera. ‘Bargueño’ fue el nombre del primer toro que pisó el ruedo local, recibiendo de Frascuelo, que lució vestido color grosella y oro, el primer capotazo. En el festejo resultaron muertos seis caballos y la Banda del Colegio San Calixto amenizó la tarde. La segunda corrida se celebró el 19 de junio con los mismos diestros y ganado, aunque solo hubo media entrada.



Derribo de un caballo

BENITO PEREZ GALDOS

“Cánovas”, Capítulo XV

Vi después lo que enumero con la prolijidad que me permite el continuo pasar de figuras tan pintorescas: otro coche de gala con ocho corceles empenachados, y lacayos ostentando las libreas de los grandes de España que apadrinaban a los caballeros en plaza; gran carroza sobresaliente con adornos y arabescos de plata en su caja, propiedad, según oí, del Duque de Santoña; tiraban de aquel armatoste dos troncos de poderosos potros morcillos, y en él iban dos caballeros, vestidos de azul y rojo y de morado y blanco; marchaban al vidrio los espadas Cayetano Sanz, Gonzalo Mora, Ángel Pastor y Francisco Sánchez; detrás, pajes con caballos y rejoncillos, coche de respeto, carruajes de los padrinos Condes de Balazote y Superunda, escoltados por lacayos, mancebos y palafreneros.

ADRIAN SCHUBERT

“Death & Money in the afternoon”, Página 74

Such celebrity tours were much less common than the presence of young bullfighters attempting to make a name for themselves and bullfighters who had taken their alternativa but who had been

unable to develop much of a career in Spain itself. An early example was **Francisco Sánchez Povedano**, the older brother of great Frascuelo. He had worked in America with Pedro Aixela, “Peroy”, but replaced him after he was gored, and this led to a contract for twelve fights in Lima. He returned to Spain for four years as a banderillero, and then spent the 1875 and 1876 seasons in Uruguay and Brazil. He took his alternative in Spain in 1877, but he worked in Montevideo between 1881 and 1884. He later fought in Peru, Panama and Paris before retiring in 1900 to run a bullfight school.

Traducción

Los viajes de las celebridades eran mucho menos comunes que la presencia de los toreros jóvenes, que procuraban hacerse un nombre para sí mismos y, la de los toreros que habían tomado su alternativa, pero no habían podido desarrollarla en España. Un buen ejemplo era **Francisco Sánchez Povedano**, el hermano mayor del gran “Frascuelo”. Él había trabajado en América con Pedro Aixela, “Peroy”, y le había substituido después de que lo cornearan, y consiguió un contrato para doce corridas en Lima. Volvió a España y trabajó por cuatro años como banderillero, y después pasó las temporadas de 1875 y 1876 en Uruguay y el Brasil. Tomó su alternativa en España en 1877, pero toreó en Montevideo entre 1881 y 1884. Toreó más adelante en Perú, Panamá y París antes de retirarse en 1900 para dirigir una escuela taurina que creó.

Hasta aquí, hemos dado un pequeño repaso a la vida profesional de “Paco Frascuelo”; pero, a partir de este momento veremos en qué sociedad se movieron los dos hermanos y, sobre todo, la importancia de Salvador en el devenir político de la época.

PARTE TERCERA

SALVADOR
SÁNCHEZ POVEDANO
LA VIDA SOCIAL MADRILEÑA EN SU ÉPOCA



Aunque Salvador viviera los toros con una afición y con una dedicación que muy pocos han tenido a lo largo de la Historia, debemos pensar que las corridas no iban casi nunca más allá de las cuatro horas lo que dejaba mucho tiempo libre a los toreros, como ya hemos apuntado al principio del libro. La primera pregunta que nos hacemos es ¿cómo era “Frascuero” cuando se convertía fuera de los ruedos en el ciudadano Salvador Sánchez? La respuesta no es que era un hombre normal ya que, como hemos dicho, los toreros llevaban una vida muy especial en aquellos azarosos años y Salvador, fuera del coso, seguía siendo “Frascuero”; pero también tenía una parte de activista político que ya hemos ido anunciando a lo largo de este libro.

Salvador Sánchez, recién llegado a Madrid, tonteaba a diario en la corrala en la que vivía con su madre y sus hermanos, con la hija de quien luego fuera su maestro en las artes del empapelado, ya que ambos vivían en la misma casa que, por lo que sabemos, tenía un patio común al que daban todas las puertas de las viviendas. Aquella “corrala” fue durante algún tiempo el escenario en el que Salvador cortejaba a la hija de su jefe, con intenciones de casarse con ella algún día, cuando el fuese un papelista profesional.

Aquel inicio de idilio, que podía haber llegado a más si Salvador, empujado por su enorme afición, no se hubiese dedicado en cuerpo y alma a los toros, se vio interrumpido por la aparición de Mercedes, hija de una cerera, con la que Salvador estuvo “saliendo” durante algún tiempo; pero el que sería “Frascuero”, no era un hombre que pudiera guardar fidelidad a una sola mujer. En primer lugar porque su buena planta impactaba a las mujeres

y después porque a los toreros les rodea, desde siempre, una aureola romántica que suele apabullar alas jovencitas, amén de laguna que otra señora, sin exceptuar como veremos, a las damas de la más rancia alcurnia.

El galanteo con Mercedes “la de la Cerería” duró hasta que, iniciándose en el mundo taurino, Salvador conoció a Manuela Álvarez, hija de un pescadero muy aficionado a los toros que tenía un puesto en el mercado. Salvador había podido conocer a este hombre por mediación del socio del pescadero, el gran banderillero Juan Mota, quien, a la postre, fue el causante de que “El Papelista”, ya convertido en “Frascuelo”, recibiera la alternativa de manos de “Curro Cúchares”.

Poco a poco las relaciones entre Salvador y Manuela fueron haciéndose más sólidas hasta que llegaron a formalizarse aunque, dados los usos de la época, no se veían a solas; pero la asistencia de Salvador a casa del padre de Manuela, hecho que se producía casi a diario, facilitó el roce y la familiaridad entre ambos jóvenes hasta que el día 1 de Agosto de 1868, contrajeron matrimonio en la madrileña parroquia de San Luis, cuando Salvador contaba 25 años y Manuela 19.

A pesar de que su amor era sincero, el matrimonio de aquel entonces se miraba desde una perspectiva francamente machista y no estaba mal visto que el hombre tuviese algunos deslices fuera de su casa, más aún si era torero de cartel. Muchos le imputan a Salvador, cuando estaba en la cima de su carrera profesional, romances con mujeres pertenecientes a la nobleza, entre las que se cuenta incluso una Infanta de España; pero es algo que no podemos afirmar de manera incontestable aunque, en realidad, hay muchísimas pruebas circunstanciales que lo sostienen. La verdad es que, a tenor de las imágenes que se conservan de Salvador, que nos informan de sus buenas hechuras, y de sus inclinaciones bor-

bónicas, que le abrieron de par en par las puertas de los salones más exclusivos de Madrid, no sería de extrañar que arrugara sábanas ajenas en más de una ocasión.



De hecho, la estrecha amistad de “Frascuero” con el Duque de Sesto, al que llamaban sencillamente “Alcañices” en los bajos fondos a los que el noble era muy aficionado, puso a Salvador en contacto con la nobleza española que le acogía con gran alegría en sus salones, ya que era de muy buen tono contar en las tertulias con algún torero de fama, máxime cuando éste era el gran “Frascuero”, hombre de muy buena planta que, de hacer caso a las coplas que cantaba el pueblo llano, volvía locas a las nobles cuando mostraba su valor a la hora de matar recibiendo. Las canciones populares de entonces no dejan lugar a dudas.

Las damas de la grandeza
se pirran por los toreros
y dieran hasta el curruco
por ver matar a “Frascuero”.

Ahora lean esta otra que tampoco tiene desperdicio.

A los toros con blanca mantilla
van en coche con aire triunfal;
no les cabe el curruco en la silla
cuando ven a “Frascuelo” matar.

Todos nos imaginamos qué es el famoso “curruco” que citaban los autores de estas coplas aunque, por simple educación dejamos la aclaración de esta definición a juicio de los lectores para que ellos mismos le pongan un nombre más actual y reconocible.

El ámbito en el que se desarrollaba la vida social aquellos convulsos años, es pródigo en fiestas, recepciones y cabildeos políticos; el escritor Ramón de Navarrete, en su obra titulada “El espíritu del siglo”, nos retrata de primera mano el ambiente de aquellos salones del segundo tercio del siglo XIX.

“Continúan los banquetes y recepciones de los viernes en Palacio, y los periódicos ministeriales tienen buen cuidado de enumerar a todas las personas más o menos notables que a ellos concurren. La nueva corte se forma lenta y difícilmente.

Por su parte, Hilda Cabrera, en su obra “Revolución liberal y Restauración borbónica, cuenta textualmente:

“La conspiración Alfonsina es liderada por el marqués de Alcañices, duque de Sesto, hombre de capa con vueltas rojas, patilla y verbo gitano, y por Sofía Trubezkoy, la marquesa aclamada por el bajo pueblo, que emplea su seducción para atraer partidarios. En los salones del palacio, restaurado a un costo de dos millones de reales, Antonio Cánovas es la figura dominante: gran empaque, bizquera y lacios bigotes a la moda militar. Otros ilustres concurrentes son los militares Morriones, Primo de Rivera y Vega Inclán, y los escritores Zorrilla, Campoamor y Manuel del Pala-

cio. También allí reaparece el tenor Tamberlick, el pintor Pradilla, Juan Valera, el actor Vico, el torero “Frascuero”, líder de los peinadores y símbolo de la verdad en el toreo, “la partida del aguardiente”, banda Alfonsina integrada por cantaores, banderilleros, matarifes, camorristas, castizos, gitanos y una larga lista de juerguistas que, como diríamos hoy, “se apuntaban a todas”.

Circulaban por entonces expresiones que designaban con el nombre de “aguardiente” al bajo pueblo, “aguarrás” a la gente vulgar y “agua de colonia” a la alta sociedad”, por ello, el batallón alfonsino creado por José Isidro Pérez Osorio de Silva, Zayas y Téllez de Girón, marqués de Alcañices y Duque de Sesto, entre otros títulos nobiliarios, estaba dividido entres bloques. La “Partida del aguarrás”, que estaba conformada por gente del hampa, torerillos de medio pelo y gente perteneciente a diferentes gremios artesanales; la “Partida del Agua de Colonia”, a la que pertenecían personajes de la alta sociedad madrileña, partida que también era conocida como la partida de los pollos o mucho más aún como “El batallón ligero de pies”, en alusión a la poca combatividad que demostraban en sus acciones y la propensión a evitar la pelea y, por último, “La partida del Aguardiente”, en la que Frascuelo ocupaba el puesto de sargento y, en calidad de tal, encabezó el desfile que se organizó en Madrid para recibir al rey Alfonso XII el día 14 de enero de 1875.

Una de las misiones encomendadas por Alcañices a la partida, o al batallón, del “aguardiente”, era la ir a visitar todas las tabernas en las que se reunían los opositores a la restauración de la monarquía borbónica, para delatarlos y/o hacerles la vida “dura”, por no decir insostenible, dentro de las posibilidades que tenían y el margen que les daba la ley; tampoco desdeñaban la administración de alguna que otra paliza, con fines “medicinales”, más que nada para quitarles el vicio de pensar de modo diferente, a quienes no estaban de acuerdo con que la dinastía de los borbones volviese a ocupar el trono de España.

Hay que tener en cuenta, antes de juzgar a las partidas de entonces, que la vida política de aquella España era muy agitada, con frecuentes levantamientos carlistas y no pocos enfrentamientos armados a lo largo y ancho del territorio nacional.

Para dar una pequeña prueba de la confusión política en la que vivían los españoles de entonces, creo que será suficiente con apuntar el levantamiento de algunas regiones o ciudades españolas, que buscaban la independencia como fue el caso de Andalucía, Alcoy y Cartagena durante la Primera República en Julio de 1873. Una de las más curiosas, por su virulencia fue el alzamiento de Cartagena, la famosa población murciana, que se declaró independiente de España, declarándole acto seguido la guerra y acuñando su propia moneda.

El hecho llegó a tener tal gravedad, y los representantes de la política de Cartagena se lo tomaron tan en serio que, a causa de la intervención de un barco de la marina alemana, que después de una larga indecisión tomó partido por mantenerse al margen de la contienda entre España y el recién

declarado independiente Cantón de Cartagena, los miembros del “gobierno” cartagenero estuvieron a punto de declarar formalmente la guerra a la nación germana. Cartagena acabó por rendirse en enero de 1874 después de un violento bombardeo que se ejecutó sobre el castillo de las Galeras; pero no hasta que, muertos casi todos los defensores, los responsables del alzamiento se pusiesen en fuga a bordo del Numancia.



Sublevados en Cartagena

Pero si hablamos del despelote político vivido en Cartagena, no podemos olvidar que el gobierno central, el que tenía sede en Madrid, tampoco andaba muy fino en sus decisiones. Y para muestra, un botón.

Como después de la salida de Isabel II, reina regente, España se había quedado sin rey, el gobierno de la época, trató de encontrar un pretendiente al trono. El general Prim, secundado por Ruiz Zorrilla, presidente de las Cortes, y Mateo Práxedes Sagasta, ofrece la corona de España a Fernando de Portugal, buscando el tan acariciado sueño de la reunificación de la Península Ibérica, quien la rechaza de plano aunque aconseja ofrecérselo a Hohenzollern; pero no eran éstos los únicos pretendientes al trono de España puesto que, al saber que se necesitaba urgentemente un rey, en aquellos momentos poco menos que se sorteaba el trono, se presentaron como aspirantes Felipe de Orleans, el duque de Montpensier, su hija María, Alfonso de Borbón y el General Espartero.

Por si no fuera bastante con esta función circense que formaron los aspirantes al trono, el Sultán de Marruecos, aduciendo lazos históricos, antiguas posesiones, y defendiendo además que, una vez que se había decretado la libertad de culto en España no había ninguna razón que impidiese a un musulmán ocupar el trono, reclamó para sí el derecho de ser coronado como rey de España.

Al final, el agraciado con el trono, escribo agraciado por decir algo que no sea demasiado contundente vista la situación polaca del país, es Amadeo de Saboya, Duque de Aosta, que llega a Madrid acompañado por su esposa María Victoria el día 2 de enero de 1871, tras haber desembarcado en Cartagena, donde recibieron muy pocas muestras de apoyo. Los rumores que habían corrido por la ciudad sobre la posibilidad de que se cometiera un atentado contra Amadeo eran tantos, que el rey se colocó a la cabeza del

cortejo, varios metros por delante, para evitar que nadie más que él fuese herido. Jacinto Benavente lo describe del siguiente modo:

“Iba solo, adelante, a gran distancia de la escolta militar. Vestía de Capitán General español, con el sombrero apuntado, como el de los mariscales de Francia. Ni vivas ni aplausos, algún saludo respetuoso al pasar. Saludaba con la rigidez característica de un soldado: el saludo a lo Amadeo que pronto remedarían los madrileños. Había poca gente en las calles. El asesinato del general Prim hacía temer un atentado. Temer no es desear, pero muchos lo deseaban. Por eso el rey adelantaba su caballo cuanto podía.”



Amadeo I de Saboya, Duque de Aosta

Amadeo, a la cabeza del cortejo, hace su primera visita oficial a la capilla ardiente del General Prim, su gran valedor, muerto tras el atentado sufrido en la madrileña calle del Turco el día 27 de diciembre de 1870; pero a pesar de los esfuerzos que hacen Amadeo y su esposa por calar en el corazón de los españoles, no consiguen vencer la resistencia de la misma aristocracia que, partidaria del regreso de los Borbones al trono, conspiran abiertamente y boicotean cualquier acto organizado por la casa real. En aquellos salones frecuentados por “Frascuero”, se gestó una manifestación de aristócratas que desembocó en la que fue llamada “Guerra de las Mantillas”.



Dama de la época con mantilla

Inducidas al parecer por el Duque de Sesto, algunas damas de la nobleza más rancia, todas partidarias de la vuelta de los Borbones, desempolvaban mantillas blancas, desde hacía años en desuso, y prendidas con joyas a la manera española, se pasearon en carruajes mirando hacia el Palacio de Oriente, para demostrar a los reyes que la aristocracia nunca aceptaría un rey que no fuera Borbón.

Cuando Alonso Martínez, a la sazón gobernador de Madrid y adepto a la causa de Amadeo de Saboya, se entera de lo que está ocurriendo en la calle de Bailén, ordena a la policía que contrate a las mujeres más llamativas de Madrid y reparte entre ellas peinetas y mantones para que contrarresten la manifestación de las aristócratas. Hilda Cabrera, en la obra anteriormente citada, nos informa que, entre otras mujeres de vida disipada, Alonso Martínez contrató, cito textualmente a:

“Paca “La Alicantina”, Eloísa, “La Clotildona”, Rosa Huerta, Pepa “La Sastra”, “La Napoleona”, “La condesa del Real Cuño”, “La Moño triste” y otras”.

No hace falta poner sobre aviso al avisado lector, porque de seguro ya lo habrá comprendido sin más explicaciones, que el famoso “Cuño” de la falsa marquesa del real, y el “Moño” de la que al parecer lo tenía triste, no son otra cosa que sustituciones de palabras, una especie de “gracias fonéticas” en resumen, debidas al tremendo ingenio del que siempre ha hecho gala el pueblo madrileño y que, en realidad, ni Cuño ni Moño se pronunciaban o escribían así.

Una de las anécdotas más comentadas en la época fue la de las visitas que hacía el rey Amadeo a la casa de Adela Larra, hija de Mariano José de Larra, de la que conseguía “favores” ya que era conocida por todos, la inclinación que tenía el Duque de Aosta por las mujeres ligeramente velludas.

Después del período violento y agitado que se vivió durante la regencia de Amadeo de Saboya, éste abandonó España el 11 de Febrero de 1873 y, simultáneamente se instaura la Primera República, que “Frascuelo” no aceptó por ser monárquico y borbónico; las razzias nocturnas de la partida del aguardiente, así como las de la partida del aguarrás, se multiplicaron en aquellos días para “convencer” a los partidarios de la República que la dinastía borbónica debía de volver para ocupar el trono de España, a



pesar de que muchas patrullas de ciudadanos seguidores de la República, capitaneadas por personajes como “El Tachuela”, “El Pasiego” y “El Cojo de Peñuelas”, recorren Madrid acompañados por las notas del “Himno de Riego” y “La Marsellesa”. Mientras tanto, Ducazcal, impresor, se pone al frente de la llamada “Partida de la Porra” que, como su nombre indica, iban dotados con “herramientas” que tenían un gran poder de convicción.

La Primera República se extendió a lo largo de ocho meses durante los que vio pasar cuatro presidentes, ocho gobiernos y, por si esto fuera poco, contempló tres guerras en tan exiguo periodo de tiempo: La guerra Carlista, la primera parte de la Guerra de Cuba y la Cantonalista a la que ya hemos hecho referencia. Uno de los gobiernos más “curiosos” de la época fue el formado por Sorní, Figueras, Chao, Tutáu y Pi y Margall al que los madrileños bautizaron, por la fonética que se formaba al nombrar a sus miembros sin separación de sonidos, como el “Gobierno de los Pájaros” o también “El Gobierno de los Chinos”.

Una vez derrotada la República y proclamada la regencia de Alfonso XII por el general Martínez Campos, sigue un tiempo en que la situación está muy cercana a la de guerra civil en la que Salvador Sánchez tiene un gran protagonismo y toma parte en ella, como sargento de la ya citada “partida del aguardiente”, llegando incluso a desfilarse a caballo por las calles de Madrid, a la cabeza de sus hombres. Esta toma de partido por parte de “Frascuelo” le supone la pérdida de algunos de sus seguidores, sobre todo los más inclinados al bando republicano al que, por cierto, era adepto “Lagartijo”.

Así pues, por si fuera poca la rivalidad que Rafael Molina y Salvador Sánchez mantenían en los ruedos, he aquí que ambos militaban en facciones políticas diferentes por lo que los espectadores, al tiempo que se declaraban seguidores de “Fras-

cuelo” o de “Lagartijo”, se estaban confesando como simpatizantes de la monarquía o de la República. Esta situación provocaba que en las corridas en las que alternaban ambos diestros, se produjeran enfrentamientos violentos, no tanto por la pasión de los seguidores de uno u otro diestro, sino por la diferencia radical de sus preferencias políticas.

El rey Alfonso, de vuelta en Madrid, gustaba de las ventas y los mesones de los extrarradios madrileños para divertirse. Entre las que más visita el recién llegado monarca se cuentan la del “Tiro de Pistola” y la del “Mosquito”. Poco después se reanudan los bailes en palacio y es cuando se le atribuye a “Frascuero” un romance con la Infanta Isabel, apodada cariñosamente “La Chata” a la que vemos abajo.



“La Chata”

José María Morejón la describe como noble chulapona que adopta para sus vestidos tonos vivos y encajes blancos, preside la recién creada Cruz Roja, es una apasionada de los toros, acude a las corridas engalanada con mantilla española prendida al pecho con rosas y claveles, ajustada a lo alto de la peineta y colgando sobre la espalda.

Cuando Alfonso de Borbón contrae matrimonio con María de las Mercedes en la Basílica de Atocha, se celebra un desfile militar, se inaugura la iluminación de las fuentes de Neptuno y Cibeles con luz eléctrica, y hay función de Gala en el Teatro Real en la que el tenor Julián Gayarre, íntimo amigo de “Frascuelo”, interpreta “Roger de Flor”. Por supuesto aquella tarde hubo una corrida de toros en la que alternaron “Frascuelo”, “Carancha”, “Currito”, “Arjona” y “El Panadero” entre otros toreros que vieron cómo el ganado desventraba una docena larga de caballos.

El gran ausente de aquella corrida fue, sin duda Rafael Molina “Lagartijo” que no fue contratado para aquella celebración por sus inclinaciones republicanas, tal y como “Frascuelo había sido apartado de algún cartel importante durante la Primera República.

Por cierto que la amistad entre “Frascuelo” y Julián Gayarre, el gran tenor de Roncal, Navarra, llegaba a tanto que, se solían cruzar telegramas contándose cómo les había ido en sus trabajos respectivos; pero tenían la curiosa costumbre de intercambiar los “papeles” a la hora de redactar los textos por lo que, cuando Salvador tenía una buena tarde, le escribía el telegrama a Gayarre en términos parecidos a éstos:

“La ópera muy bien. El aria, preciosa, Otelo rueda sin perdón y, el tenor, diez minutos de ovación. Algunos pidieron un “bis” que no se pudo conceder.

Por su parte Julián Gayarre, después de un éxito en Milán, mandó un telegrama increíble.

“Tarde irrepetible. El público en pie, estocada por derecho y la gente arrojando flores y puros a la plaza de la Scala.

Salvador Sánchez era, sin asomo de duda, el torero más mimado por la aristocracia Alfonsina, amigo de Alcañices como ya hemos dicho, y también del duque de Alba que le ofrecía un habano todas las tardes en que toreaba, amén de otros regalos que le lanzaban al ruedo cuando hacía faenas muy buenas con los toros que le tocaban en suerte.

Los regalos que lanzaba la aristocracia al ruedo, para mostrar su satisfacción por las faenas realizadas, eran de lo más variopinto. Algunos autores consultados y, sobre todo, los artículos que aparecen en “La Ilustración española y Americana, nos hablan de pitilleras de oro recamadas con piedras preciosas, tabaqueras, relojes de oro y algunas otras piezas de gran valor; los regalos eran tantos en las tardes de triunfo que, a veces, los cargaban en un capote convertido en atillo. No cabe duda que, de no haberse inclinado Salvador hacia la causa borbónica, sus regalos hubiesen sido de menor cuantía y valor.

Esta inclinación personal a la monarquía borbónica, la defendía con vehemencia en su tertulia. Las tertulias eran algo corriente en los modernos cafés de la época y “Frascuero” tenía la suya en el llamado Café Imperial. En este local aparecen, casi a diario, además del torero y algunos componentes de su cuadrilla como era el caso del francés Joseph Bayard, que era conocido en su oficio de picador como “Badila”, el duque de Tamames, el político Linares Rivas y Gayarre.

Una de las costumbres diarias de “Frascuero” cuando estaba en Madrid era la de tomar el aperitivo en Lhardy y salir después diciendo rumbosamente:

—Señores too está paga’o.

Aunque ahora parezca raro tanto desprendimiento, debemos pensar que Salvador solía cobrar veintiocho mil reales por una corrida, cuando el sueldo de un maestro llegaba apenas a los tres mil reales al año.



Sobre el ritmo de vida que llevaba la familia de “Frascuero”, sabemos que su esposa Manuela Álvarez estrenaba vestido cada semana, lo que era algo que no se veía ni en las familias de alta alcurnia y que, cuando salía a comprar lo hacía agarrando “solo” cien mil reales para gastarlos en su totalidad porque a ella “le ponía nerviosa volver a casa con dinero”.

Debajo de estas líneas podemos ver un billete de quinientos reales de vellón emitido por el banco de Zaragoza en el año de 1857, muy parecido a los que le daban a “Frascuero” al terminar la corrida como pago a sus servicios.



Hablando del pago de los servicios de los toreros, es preciso aclarar, a los aficionados más jóvenes, que la moda de entregar orejas y rabo a los triunfadores de las corridas, es posterior a la época de “Frascuero” ya que en aquellos tiempos se entregaba al torero la oreja del toro muerto, en plazas de pueblos y en las de segundo orden, para justificar el fallecimiento del animal y que, de este modo, el matador pudiese cobrar, en dineros, el precio de los kilos de carne que con él se habían ajustado como compensación a su

trabajo. Por eso, según muchos puristas, es un agravio a la tradición, otorgar más de una oreja y, ¡cómo no! Dos y aún el rabo.

Debajo podemos ver algunas monedas de la época como las que percibían los toreros cuyos emolumentos no eran suficientes como para entregarles un billete.



Siguiendo al hilo del tren de vida que llevaba la familia de “Frascuero”, con motivo de la mudanza a Chinchón, después de la retirada definitiva de Salvador, la mujer que ayudó a Manuela a sacar la ropa de los armarios, comentaba asustada con sus amigas que de entre los montones de ropa que había en los enormes armarios, caían fajos de billetes y algunas joyas que la dueña de la casa había colocado hacía años en aquellos estantes y que, al ver todo lo que caía, decía :

¡Vaya, ya se me había olvida’o que había dejado por aquí estas baratijas! ¡Ni las había echa’o en falta!

Por los años postreros del siglo XVIII, venturosos y conflictivos a un tiempo, empezaron a buscar su sitio en la fiesta brava las mujeres. Nunca han faltado señoritas con los arrestos necesarios para ponerse delante de un toro y, dadas las ventajas económicas

y sociales que se podían recibir en caso de triunfar en un oficio tan difícil, no es de extrañar que alguna de entre ellas mostrase un arrojo digno de encomio.

A pesar del empeño puesto por las féminas en torear de igual a igual con los hombres, nunca lograron nada positivo. Los toreros pensaban que era un descrédito compartir cartel con una mujer y por ello, algunas grandes figuras de la tauromaquia, los más influyentes matadores, hicieron lo posible para que estas señoritas toreras no pudiesen lidiar salvo en plazas de segundo orden.

Cuando las mujeres lograron formar cuadrillas para componer carteles y torear corridas, comenzaron a celebrarse espectáculos taurinos a semejanza de los que hacían los hombres; pero no podían torear vestidas de luces por lo que, según nos cuenta el cronista José Solana en su libro “Señoritas toreras”, las mujeres se presentaban a torear vestidas de lagarteranas, de gallego o de baturro que eran los atavíos que la legislación les permitía.

En los tiempos que Frascuelo ocupaba la cima del toreo, se empieza a permitir que las mujeres salgan a torear vestidas de luces. Así lo hace en el año de 1886 una mujer llamada Dolores Sánchez, conocida como “La Fragosa” que tuvo una gran fama en aquellos años; pero no era la única porque junto a ella destacan Carmen Lucena “La Garbancera”, Ignacia Fernández “La Guerrita” y Eugenia Bartes “La Belgicana”, además de una cuadrilla de toreras catalanas que los celos y la influencia de Manuel García Guerra “Guerrita” logró apartar de los ruedos y de la fiesta. Nicolasa Escamilla “La Pajuerela” fue una mujer torera a la que Goya inmortalizó, a finales del XVIII, en uno de sus aguafuertes. En el siglo XIX, en el que el toreo femenino cobró cierta fuerza, destacaron, además de las ya citadas, la Martina García, Juana Castro, Francisca Gisbert, Manuela Capilla, Josefa Ortega y Francisca Coloma.



Dolores Sánchez “La Fragosa”

Aunque fuese posterior a “Frascuelo”, uno de los casos más llamativos en el campo de las mujeres toreras que merece la pena ser resaltado, fue el de Juanita Cruz. Nació en Madrid el 12 de febrero de 1917 y mató su primer becerro el día 24 de junio de 1932 debutando en Cabra, provincia de Córdoba el día 16 de febrero de 1933. El 5 de mayo de 1935, se presentó con picadores en Granada y al año siguiente en la Plaza de toros de Las Ventas con reses de la ganadería de la viuda de Manuel García-Aleas Carrasco, en un cartel que compartía con Félix Almagro, Miguel Cirujeda y “El Niño de la Estrella”.

Durante la Guerra Civil española tomó partido por el bando republicano por lo que tuvo que exiliarse puesto que las leyes impuestas por el nuevo régimen prohibían torear a las mujeres. Con

todo, reapareció en la plaza de México en 1938 y siguió toreando en Centro y Sudamérica hasta el año 1947 en el que se cortó la coleta en la Plaza Santa María de Santafé de Bogotá.



Toreó durante el ejercicio de su profesión unas seiscientas corridas de toros y llegó a compartir cartel con el famoso Manuel Rodríguez “Manolete”. Una de sus características era la de presentarse en el ruedo vestida de luces, pero con una falda en lugar de la tradicional taleguilla que llevan los toreros por lo que alguno de sus compañeros se sintieron ofendidos llegando a exigir que, si Juanita Cruz no se ponía la taleguilla, al menos debía salir a la plaza vestida de corto. Falleció en Madrid el 18 de mayo de 1981.

Con todo, el asunto más curioso en el tema de las mujeres toreras se produjo pocos años después de la retirada de “Frascuero”, pero como es tan notable y tuvo tanta repercusión en la prensa nacional y extranjera, no me resisto a citarlo en estas líneas.

Una de las mujeres toreras que más éxito había alcanzado en todos los tiempos, había sido María Salomé, llamada “La Reverte” que obtuvo entre los aficionados a la tauromaquia una gran

popularidad. Lo malo es que a principios del siglo XX, concretamente en 1908, el ministro Juan de la Cierva prohibió el toreo femenino por medio de una ley cuyo preámbulo rezaba de la siguiente manera:

“La opinión pública ha protestado en varias ocasiones contra la práctica que se va introduciendo en las plazas de toros de que algunas mujeres tomen parte en la lidia de reses bravas, y si bien se alega que la ley no lo prohíbe expresamente, el hecho en sí constituye un espectáculo impropio y tan opuesto a la cultura y a todo sentimiento delicado que en ningún caso deben las autoridades gubernativas permitir su celebración como acto que ofende a la moral y a las buenas costumbres”.

Cuando entró en vigor se vino a saber que la tal María Salomé, era en realidad el travestí Agustín Rodríguez quien, a pesar de intentar posteriormente una carrera como novillero, nunca obtuvo un éxito digno de mención. En contra de esta opinión, defendida por muchos, existen versiones diferentes sobre este hecho y he llegado a encontrar artículos en los que ciertas autoras, sostienen que María Salomé, al no poder torear dijo que era un hombre para seguir ejerciendo su profesión.



“La Reverte”

Según soplan los vientos, algunas personas deciden modificar los datos históricos para arrimar el ascua a la sardina que les da de comer. Por

supuesto es mucho más heroico para las tendencias actuales presentar la figura de una mujer luchadora, emprendedora y combatiente activa contra el machismo imperante en el mundo taurino, que la de un novillero incapaz de torear en igualdad de condiciones con los toreros de la época que, para conseguir ganar algo de fama y dinero, no dudó en disfrazarse de mujer y aparecer en las plazas de toros vestido de aquella guisa. Si en la página anterior aparecía una foto de “Salomé”, veamos ahora la foto de Agustín Rodríguez y... juzguen ustedes.

Pero no sólo las señoritas toreas formaban parte del mundo taurino porque, además de las mojíngas de las que ya hemos dado cuenta, también se presentaron algunos espectáculos con niños toreros.

La más famosa de entre ellas fue la conocida como “Los niños de Córdoba” en la que, bajo la dirección Rafael Sánchez Poleo y Francisco Rodríguez, más conocido como “Carriqui” en sus tiempos de banderillero, formaban varios muchachos entre los que destacaban Rafael Rodríguez “Mojino”, Rafael Bejarano “Torerito” y Rafael Guerra “Llaverito”, quien sería conocido más tarde en el mundo de los toros como “Guerrita”; la cuadrilla de jóvenes, alcanzó bastantes triunfos en Madrid así como en plazas de segunda categoría.



El mundo taurino no debía estar muy boyante, en lo que al valor de los toreros y su honestidad se refiere ya que Salvador Sánchez “Frascuero”, escribió un decálogo que, además de poner de ma-

nifiesto su carácter, también desvela los vicios de la tauromaquia de entonces.

La agilidad mental, la repentización y la majeza de la que hizo gala siempre Salvador Sánchez, se ven reflejadas en esta especie de decálogo que dejó como herencia a sus colegas de profesión.

LOS DIEZ MANDAMIENTOS DE FRASCUELO

Primero: Amar a Paquiro sobre todas las coletas.

Segundo: No jurar que vas a meterte en el morrillo de los toros para luego no arrimarte nada.

Tercero: Santificar la fiesta española, entendiéndose que santificarla no es tirar el pego.

Cuarto: Honrar a la afición que da cuanto se le pide y más de lo que puede.

Quinto: No matar como Rafael el Gallo.

Sexto: No amolar tanto a los toros ni a los espectadores.

Séptimo: No hurtar las ingles a las arrancadas de los astados, ni hurtar tantos billetes como se viene haciendo.

Octavo: No decir en los telegramas que tú estuviste colosal y tu compañero desastroso.

Noveno: No desear la cupletista o súper-tanguista de tu prójimo.

Décimo: No codiciar el contrato del colega; ni el colchón del zapatero, del hojalatero y del tapicero, cuando el colchón va a la casa de empeños para luego no ver más que huir a los toreros de arriba, de abajo, de la derecha y de la izquierda.

En el año de la muerte de “Frascuero”, comienza la guerra contra Estados Unidos por la posesión de Cuba. Los españoles estaban tan ciegos que por las calles se oía esta copla:

Al pelear con los yanquis, señores,
tendrá que ver
cómo de dos ladrillazos
les haremos correr.
Tienen muchos barcos,
nosotros, razón;
ellos, armamentos;
nosotros, honor.

El único que parecía estar consciente del peligro que corrían los militares españoles en Cuba debido a la superioridad de los USA, es el Almirante Cervera que escribe al Ministro de Marina diciendo:

“De los recursos exteriores que necesita una escuadra carecemos con frecuencia de los más necesarios. No tenemos cartas de los mares de América y aunque supongo que estarán encargadas, hoy no podríamos operar. La Marina de los Estados Unidos es dos o tres veces más fuertes que la nuestra.”

Aún tuvo España dos oportunidades de evitar la guerra con los USA ya que el presidente norteamericano McKinley, ofreció comprar la isla de Cuba y, a pesar de que este ofrecimiento fue rechazado, seis países intentaron mediar para que no estallase el conflicto armado; pero la mediación de Alemania, el Imperio Austro-Húngaro, Rusia, Italia, Francia e Inglaterra, se estrelló contra la estupidez. España declaró la guerra el día 23 de Abril de 1898.

La proclama del general Agustín nos da una ligera idea de la cetración de aquellos militares:

“El pueblo norteamericano, formado por todas las excrecencias sociales, agotó nuestra paciencia y ha provocado la guerra con sus pérfidas maquinaciones, con sus actos de deslealtad, con sus atentados al derecho de gentes y las convenciones internacionales. La lucha será breve y decisiva. El Dios de las victorias nos la concederá tan brillante y completa como demandan la razón y la justicia de nuestra causa. [...] Preténdese inspirar a los marinos norteamericanos el coraje de que son incapaces, encomendándoles, como realizable empresa, la de sustituir con el protestantismo la religión Católica. [...] No satisfarán los agresores sus impúdicas pasiones a costa de vuestras esposas e hijas.”

El almirante Cervera telegrafía al general Blanco en los siguientes términos:

“La horrible y estéril hecatombe que significa la salida de aquí a viva fuerza, porque de otro modo es imposible, nunca sería yo quien la decretara, porque me creería responsable ante Dios y la Historia de esas vidas sacrificadas en aras del amor propio, pero no en la verdadera defensa de la Patria.”

España es vencida y tras el grito de Costa que dijo “doble llave al sepulcro de “el Cid” para que no vuelva a cabalgar”, José Franco escribe:

“En Santander, La Coruña, Cádiz y otros puertos atracaron muchos barcos conduciendo soldados, no realmente vencidos, sino aniquilados por la malaria; víctimas del desenfreno mortífero del clima y quien sabe si de los afanes codiciosos de una desbarajustada administración.”

Había muerto una época en España, una forma de ver las cosas y un modelo de política; quizás no fuera casualidad que esta muerte coincidiera con la de Frascuelo.

PERSONAJES CONTEMPORÁNEOS DE "FRASCUELO"

Baldomera Larra



Hija póstuma del periodista y escritor Mariano José de Larra, y de Josefa Wetoret y estaba casada con Carlos de Montemayor, médico de la Casa Real, quien cuando llegó Alfonso XII a Madrid, no quiso seguir en el cargo, y decidió irse a Cuba. Baldomera quedó en la Capital sin recursos y, según los periódicos de entonces, pidió prestada a una vecina una onza de oro, prometiéndole que en el plazo de un mes le devolvería dos. Como cumplió su promesa, la vecina beneficiada, se lo contó a otras amistades y, en lo que era la calle Greda, hoy desaparecida,

Fundó la que bautizó pomposamente con el nombre de “Caja de imposiciones”, ayudada en su trabajo por Saturnino Iruega, que hacía las funciones de apoderado y cuatro empleados: Casanova, Enciso, Rojas y Nicanor, que ejercía las labores de recadero; pronto empezaron a llegar clientes atraídos por los buenos beneficios y Baldomera, sin saber que había inventado el timo de la pirámide, pagaba los intereses de unos con lo que ingresaba de los otros y, muy pronto, empezó a otorgar los primeros préstamos. El negocio funcionaba tan bien que hubo de mudarse a unas oficinas más amplias y alquiló un piso en la calle de La Paja, aunque ella tenía su domicilio en un lujoso edificio en la calle del Turco.

A finales de 1876, se descubrió que no había dinero para reembolsar ni las inversiones ni los intereses y comenzaron las protestas. El escándalo que se montó en la calle La Paja, hizo que las autoridades interviniesen, y en dichas oficinas se personó el

Juez de Instrucción del Distrito de la Latina quien ordenó el inmediato registro al cabo del cual sólo se habían encontrado 179 reales. Se tomó declaración a los empleados, que fueron puestos en libertad sin cargos.

El apoderado, Saturnino Iruega declaró que durante los meses que había funcionado “Caja de Imposiciones” había entregado en propia mano a Baldomera Larra, la suma de 22.000.000 de reales, el equivalente a 72.000 euros que representaba una pequeña fortuna en aquellos tiempos. El Gobernador expidió la orden de busca y captura contra Baldomera. Durante casi dos años no se supo nada de su paradero hasta que, de pronto, se presentó en Madrid ante el Juzgado, donde se llevó a cabo su detención y, seguidamente, su encarcelamiento acusada de estafa. Los Jueces determinaron que Baldomera Larra Wetoret era culpable de “Alzamiento de Bienes”, al igual que Saturnino Iruega y ambos fueron condenados a seis meses de prisión. Este último recurrió ante el Tribunal Supremo que dictó una polémica sentencia revocando la que en su día había fallado la Audiencia, y fueron absueltos los dos.

Fuente: José Manuel Reverte Coma, Profesor en el Museo de Antropología Médico-Forense Paleopatología y Criminalística. CRIMINALES ESPAÑOLES.

El perro "Paco"



Una de las historias más tiernas de la época en la que Salvador fue torero famoso, es la del perro Paco que, durante algún tiempo fue testigo de excepción de la vida madrileña. Su historia no tiene desperdicio. En la esquina entre la calle de Alcalá y la de Peligros, a unos cientos de metros del teatro Apolo, que estaba junto a la iglesia de San José,

se encontraba el Café de Fornos que ya hemos nombrado con anterioridad. Se llamaba así por la familia propietaria, la familia Fornos que, en 1879, acababa de mudarse a esa ubicación desde un callejón en lo que hoy es la calle Arlabán, y de montarlo con todo lujo de detalles con reloj de dos esferas, vajilla de plata y cuadros de Sala, Vallejo, Gomar, Araújo y Zuloaga. Tenía restaurante, con entrada independiente desde Alcalá, y unos reservados en el entresuelo que estaban numerados, en los que se podía conspirar tranquilamente, ya que no cerraban en toda la noche.

Aunque Barbieri Archidona en la revista "El ruedo" sostiene que el perro Paco había sido propiedad de Frascuelo, la historia cuenta que Don Gonzalo de Saavedra y Cueto, marqués de Bogaraya, grande de España, hombre muy querido en la corte y persona de futuro político, pues algunos años más tarde sería alcalde de Madrid, se dirigía en compañía de sus amigos en dirección al Café de Fornos donde habían decidido cenar cuando se encontraron con un perro vagabundo de color negro que, según se supo después, dormía en las cocheras del tranvía, que ponía en comunicación la calle de Alcalá con la glorieta de Cuatro Caminos, que

estaban en la calle de Fuencarral. En ese momento nació el mito del perro Paco.

Bogaraya y los suyos, en plena juerga etílica, decidieron en ese momento, en son de broma, dar de comer al perro y entre el jolgorio general lo llevaron al Fornos, le arrimaron una silla y lo subieron encima. Una vez allí, tratándolo como a un comensal más de la cuadrilla, pidieron para él un plato de carne asada, que el perro engulló lentamente con ribetes de educación. Terminada la cena, pero no las ganas de juerga, el señor marqués pidió una botella de champaña y, derramando gotas sobre la cabeza del estoico perro, lo bautizó: Paco.

En el Madrid que no era entonces más grande que algunos barrios menores de los de hoy, la historia se conoció pronto. Tanto que, para cualquier parroquiano del Fornos que se preciase, casi para cualquier madrileño, invitar a Paco se acabó convirtiendo en una especie de obligación. Cada noche, el perro se dejaba caer por el Café de Fornos. Lo más curioso de este caso es que los camareros, por orden de los dueños, le dejaban pasar como a un parroquiano más y siempre había alguno que encargaba al camarero el consabido plato de carne. Al perro se le servía en una mesa, como a cualquiera y, tal y como había aprendido, se sentaba en la silla, y comía. Y, cuando terminaba, simplemente esperaba a que su mecenas de esa noche se retirase a su casa. Según cuenta Natalio Rivas, que entonces era un joven político y que aseveraba haber visto todo lo referido personalmente, nada más hacer el invitador gesto de marcharse, Paco le acompañaba.

Caminaba despacito, junto a su dueño de esos minutos, hasta la mismísima puerta de su casa. Nunca aceptó las muchísimas invitaciones de entrar en la casa y dormir caliente esa noche. De hecho, quienes lo intentaron refirieron que, al segundo o tercer intento de tirar del perro hacia dentro, Paco comenzaba a gruñir y

a ponerse nervioso. Porque Paco era un bohemio; por alguna extraña razón necesitaba volver cada noche a las cocheras del tranvía y rascar el portalón con la pata hasta que el guarda le abriese.

Lo realmente increíble de Paco es que de la costumbre de ser admitido como un parroquiano más en el Café de Fornos pasó a ser admitido en los espectáculos públicos. Paco iba, en efecto, al teatro Apolo. Le dejaban entrar. Si había butaca libre, en ella se sentaba. Si estaba el teatro lleno, siempre había dos espectadores que se apretaban un poquito para dejarle sitio. Y allí se quedaba, viendo la representación, hasta que terminaba, aullando si a la gente no le gustaba el espectáculo. Una vez acabada la función, se dirigía al Café de Fornos para que alguien le invitase a cenar.

Lo que más le gustaba a Paco eran los toros. Los días de lidia, los madrileños subían a la corrida por calle Alcalá arriba y Paco subía como uno más. Ocupaba una localidad como cualquiera y asistía al espectáculo de principio a fin. Al terminar las faenas, muerto el toro, le gustaba saltar a la arena y hacer unas cabriolas, para regresar a su asiento con los clarines que anunciaban el siguiente toro. A la gente eso le gustaba. Salvo a los puristas.

El crítico taurino “Sobaquillo”, Mariano de Cavia, escribió crónicas protestando por esos espectáculos, que consideraba incompatibles con la lidia. La tarde del 21 junio de 1882, el tabernero José Rodríguez de Miguel metido a novillero con el apodo de “Pepe el de los Galápagos” lidiaba, malamente, a uno de los toros que le había tocado en suerte. En el momento de la suerte suprema, nadie sabe por qué Paco, por primera vez en su vida saltó a la arena mientras el toro estaba aún con vida. Comenzó a hacer cabriolas, como reprochándole al lidiador su escasa pericia. Éste, temiendo tropezarse con el can, y para sacárselo de encima, intentó golpearle con la parte plana del estoque pero, al revolverse el perro con rapidez, recibió una estocada que lo dejó malherido en la arena.

A duras penas sobrevivió “Pepe el de los Galápagos” a las iras del pueblo de Madrid, que quería lincharlo. Finalmente, el empresario teatral Felipe Ducazcal, hombre muy querido en Madrid, consiguió apaciguar a las masas, y llevarse a Paco para que lo cuidasen. Pero a pesar de los cuidados recibidos, nunca se recuperó y murió poco después. Tras una etapa en la que permaneció disecado en una taberna de Madrid, fue enterrado en el Retiro.

Nunca llegó a reunirse dinero para hacerle una estatua que se había proyectado, no sabemos bien ni cómo era, ni dónde está enterrado. Pero Paco es, desde luego, un caso extraño, conmovedor porque todo el pueblo de Madrid, se aplicó a quererlo, a alimentarlo y a respetarlo. Lo que empezó como una broma terminó siendo un fenómeno de masas, pues incluso hubo avispados comerciantes que lanzaron productos «Perro Paco» y los sucesores de Rivadeneyra publicaron un libro titulado “Memorias autobiográficas de Don Paco” que eran una especie de reflexiones sobre la vida social y política atribuidas al perro.

Varias Fuentes.

Fotografía: <http://www.madridpedia.com>

Mariano de Cavia “Sobaquillo”



Hijo del notario Francisco de Cavia y de Doña María Anselma Lac, nació en Zaragoza el día 25 de septiembre de 1855. Estudió en el colegio de los jesuitas de Carrión de los Condes, pero volvió a Zaragoza en 1870, para luego cursar la carrera Derecho, que nunca terminó. Trabajó en la Revista de Aragón, en el Diario de Avisos de Zaragoza, en el Diario de Zaragoza y también en El Cocinero, y en 1881 fundó “El Chin-Chin”, un semanario humorístico de vida muy breve.

Llegó a Madrid en 1881 y trabajó en El Liberal hasta 1895 que empezó a trabajar en el Heraldo de Madrid, desde donde pasó a El Imparcial, en el que estuvo trabajando hasta 1917. El 24 de enero de 1916 el rey Alfonso XIII le entregó la Gran Cruz de la Orden Civil de Alfonso XII, poco después el Ayuntamiento de Zaragoza le nombró hijo meritísimo de la ciudad y con fecha 24 de febrero de 1916, la Real Academia Española le recibió para ocupar el sillón de la letra A, pero no llegó a ingresar debido a su estado de salud. Posteriormente, en 1917, pasó a formar parte de la redacción de El Sol donde permaneció hasta su muerte ocurrida en Madrid el 14 de julio de 1920. El cadáver fue trasladado a Zaragoza debido al deseo del Ayuntamiento de la ciudad de que fuese enterrado en el cementerio de Torrero de la capital aragonesa. Fue conocido por sus crónicas publicadas en los diarios madrileños de la época como El Liberal, El Imparcial o El Sol, algunas de las cuales fueron recogidas en libros. También escri-

bió numerosas crónicas taurinas, bajo el nombre de “Sobaquillo”, que, a menudo, revolucionaron el ambiente de la tauromaquia.

Como anécdota diremos que fue el precursor de Orson Wells, en lo que respecta a crear alarma social. Escribió un artículo, inventado de A, a la Z, sobre un supuesto incendio en el Museo del Prado; en el texto, describía un pavoroso fuego y la destrucción completa de la pinacoteca; al final del artículo Cavia aclaraba que toda la crónica era ficticia... aunque podía convertirse en realidad cualquier día. El artículo fue publicado en la portada de *El Liberal* en el año de 1891. Cavia había urdido esta trama para denunciar las pésimas condiciones de seguridad que tenía el museo; pero muchos lectores de Madrid no llegaron a leer la noticia completa, y dándola por buena, corrieron al Paseo del Prado a comprobar el desastre. La controversia causada por la noticia empujó a las autoridades a adoptar algunas medidas en el museo.

Varias fuentes y Colaboradores de Wikipedia. Mariano de Cavia [en línea]. Wikipedia, La enciclopedia libre, 2009

Rafael Molina “Lagartijo”



Nació en Córdoba, el 27 de noviembre de 1841 y falleció en la misma ciudad el 1 de agosto de 1900, hijo del banderillero Manuel Molina “Niño de Dios”, desde pequeño conoció el mundo de los toros, habiendo crónicas que indican que ya a la edad de 9 años, lidió dos becerros en su ciudad natal. Comenzó como banderillero, donde le pusieron el mote de “Lagartijo”, por su estatura y su carácter vivaz. Desde muy temprano y hasta el día de su alternativa, fue parte de la cuadrilla de mata-

dores renombrados de la época. En la Plaza de Toros de los Tejares y siendo miembro de la cuadrilla de José Rodríguez “Pepete”, cuya muerte presenció en el ruedo. En el año 1862, forma parte de la cuadrilla de los Hermanos Carmona. Hasta el año 1865 se dedica a matar toros como sobresaliente, teniendo como matador a Antonio Carmona “El Gordito”. Tomó la alternativa el 29 de septiembre de 1865 en Úbeda siendo el padrino de este evento “El Gordito” con toros de la Viuda de Ontiveros y confirmando poco después el 15 de octubre de 1865 en Madrid con la presencia de Cayetano Sanz y toros de Gala Ortiz. En 1868 tiene los primeros duelos con Frascuelo, enfrentándose en valentía, que les llevaba desde tumbarse delante de un toro, hasta ser reprimidos por la presidencia por su temeraria actitud. A partir del año 1875, su toreo se vuelve más artístico, llegando a la cima del

toreo, por sus conocimientos de la lidia y su perfección en la suerte final. Esto le llevó a ser conocido en Córdoba como el Gran Califa, título honorífico que en la actualidad comparte con otros cuatro matadores cordobeses bajo el nombre de Califas del Toreo. En este periodo se le adjudican feroces batallas con gran talento artístico, como la vez en que se enfrentó a un Miura enorme llamado Murciélagu, una batalla feroz que terminó en vótores para ambos, y el toro siendo entregado como semental a la dinastía. Durante los siguientes años es el gran torero de la época, aunque comenzando su declive en la mitad de los 80, llegando a anunciar su retirada del mundo de los toros el año 1892, y ofreciendo cinco corridas de despedida en Zaragoza, Bilbao, Barcelona, Valencia y Madrid. Esta última corrida tuvo lugar el día del Corpus, el día 1 de junio de 1893 matando 6 toros de la ganadería de Veragua con un muy mal resultado, al punto de tener que salir del evento escoltado por la Guardia Civil. Tras la retirada de Frascuelo en 1890, mantuvo gran rivalidad con otro cordobés: Rafael Guerra Guerrita.

“Lagartijo.” Wikipedia, La enciclopedia libre.

Benito Pérez Galdós



Nació en Las Palmas de Gran Canaria, el 10 de mayo de 1843 y murió en Madrid, el 4 de enero de 1920. Fue el décimo hijo del coronel Sebastián Pérez, y de Dolores Galdós, una dama de fuerte carácter e hija de un antiguo secretario de la Inquisición. En 1852 ingresó en el Colegio de San Agustín, que aplicaba una pedagogía activa y bastante avanzada para la época, durante los años en que empezaban a divulgarse por España las polémicas teorías darvinistas. Obtuvo el título de bachiller en Artes en 1862, en el Instituto de La Laguna, y empezó a colaborar en la prensa local con poesías satíricas, ensayos y algunos cuentos. Llegó a Madrid en septiembre de 1862, se matriculó en la universidad. Allí, durante una conferencia de Leopoldo Alas «Clarín», traba amistad con el famoso crítico y novelista asturiano. En 1865 asistió a los hechos

de la Noche de San Daniel, que le impresionan vivamente. Era un asiduo de los teatros y le impresionó especialmente “Venganza catalana” de Antonio García Gutiérrez. Ese mismo año empezó a escribir como redactor meritorio en los periódicos La Nación y El Debate, así como en la Revista del Movimiento Intelectual de Europa. Al año siguiente y en calidad de periodista, asiste al pronunciamiento de los sargentos del Cuartel de San Gil.

Entre sus dotes estaba el poseer una memoria visual portentosa y una retentiva increíble que le permitía recordar capítulos enteros del Quijote y detalles minúsculos de paisajes vistos solamente una vez veinticinco años antes. De ello nacía también su gran facilidad para el dibujo. Todas estas cualidades desarrollaron en él una de las facultades más importantes en un novelista, el poder de observación. En 1867 hizo su primer viaje al extranjero, como corresponsal en París, para dar cuenta de la Exposición Universal. Volvió con las obras de Balzac y de Dickens y tradujo de éste, a partir de una traducción francesa, su obra más cervantina, Los papeles póstumos del Club Pickwick. Toda esta actividad supone su inasistencia a las clases de Derecho y le borran definitivamente de la matrícula en 1868. En ese mismo año, se produce la llamada revolución de 1868, en que cae la reina Isabel II. Cuando regresaba de su segundo viaje a París, y cuando volvía de Francia a Canarias en barco, vía Barcelona, y en la escala que el navío hizo en Alicante, se baja del vapor en la capital alicantina y marcha a Madrid a tiempo de ver la entrada del general Serrano y la de Prim. El año siguiente se encarga de hacer crónicas periodísticas sobre la elaboración de la nueva Constitución. Galdós asistía con regularidad al viejo Ateneo de la Calle de la Montera y trabó amistad con personajes de ideología nada afín a la suya, pues era hombre poco inclinado a fanatismos ideológicos. Así, se hizo un gran amigo de José María de Pereda, de Antonio Cánovas del Castillo, de Francisco Silvela y de Marcelino Menéndez Pelayo. También frecuentaba las tertulias del Café inglés, de la Iberia y

del viejo Café de Levante. Hizo viajes por Francia, Inglaterra e Italia varias veces, pero por su amistad con Pereda se aficionó a Santander, donde tomó la costumbre de veranear en El Sardinero junto a éste y Menéndez Pelayo. Allí se construyó su célebre casa de San Quintín. También gustaba de visitar Toledo, ciudad por la que sentía una gran predilección y a la que hizo escenario de algunas de sus novelas, como Ángel Guerra o Tristana. En 1884 viajó a Portugal en compañía de su amigo Pereda.

Influencias de la amistad le regalaron el acta de diputado por Puerto Rico (1885) y asistió a las cortes en la legislatura del año siguiente sin apenas despegar los labios: el Congreso fue para él un nuevo observatorio desde el que analizar «la sociedad española como materia novelable», que sería el título de su futuro discurso de ingreso en la Real Academia. De 1886 a 1890 se comprometió poco activamente en política, ya que era diputado por el partido de Sagasta. Un laudo arbitral de 1897 independizó a Galdós de su primer editor, Miguel Honorio de la Cámara, y se dividió todo en dos partes, de lo que resultó que Galdós, en veinte años de gestión conjunta, había recibido unas 80.000 pesetas más de lo que le correspondía. Después se averiguó que De la Cámara no había sido del todo legal respecto al número y fecha de las ediciones de sus obras, de suerte que a Galdós le quedó en suma un déficit de 100.000 pesetas en ese trato. Sin embargo, quedó en su propiedad el cincuenta por ciento del fondo de sus libros que quedaba en espera de venta, 60.000 ejemplares en total. Para librarse de ellos abrió el escritor una casa editorial con el nombre de “Obras de Pérez Galdós” en la calle Hortaleza. Ansioso de recuperar el terreno perdido, comenzó a anunciar sus ediciones de Doña Perfecta y El abuelo. Continuó esta actividad editorial hasta 1904, año en que, cansado, firmó un contrato de edición con la Editorial Hernando. Durante sus últimos años se consagró fundamentalmente al teatro, para el que entregó 22 piezas, sin contar multitud de obras de juventud que (a excepción de la llamada

Un joven de provecho) hoy se han perdido ni Antón Caballero, que no llegó a terminar. Algunas de ellas eran adaptaciones de sus novelas, cuya evolución le iba reclamando además la forma dialogada. En esta época empieza a aparecer el espiritualismo europeo en su obra, cuando Galdós empieza además a sentir un gran interés por la obra de León Tolstoy. También en la última parte de su vida padeció las consecuencias de sus descuidos económicos y su tendencia a endeudarse de forma continua

En 1919 se realizó una escultura suya, reconociendo su éxito en vida. A pesar de su ceguera, pidió ser alzado para palpar la obra y lloró emocionado al comprobar la fidelidad de la escultura. Cargado de laureles, el indiscutido gran novelista español del siglo XIX murió en su casa de la calle Hilarión Eslava de Madrid el 4 de enero de 1920. El día de su entierro, unos 20.000 madrileños acompañaron su ataúd hacia el cementerio de la Almudena (zona antigua, cuartel 2B, manzana 3, letra A).

“Benito Pérez Galdós.” Wikipedia, La enciclopedia libre.

Julián Gayarre



Nació el 9 de enero de 1844 en Roncal (Navarra), en el seno de una familia humilde. Después de abandonar la escuela, una vez terminados los estudios elementales, con tan solo trece años, comenzó a ganarse la vida como pastor. Dos años después su padre decide enviarlo a Pamplona, para trabajar como dependiente de un pequeño establecimiento. Aquí es donde se produce su primer contacto con la música, dejando el

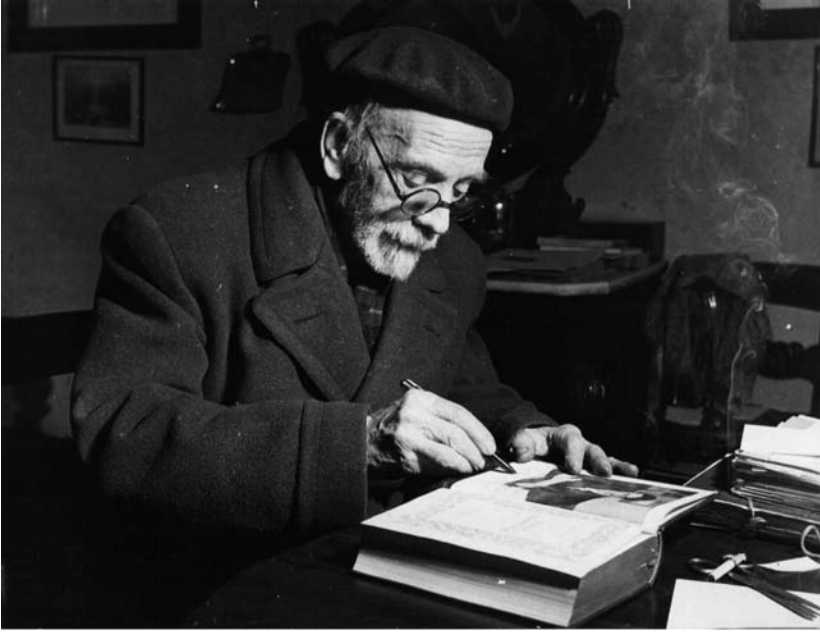
negocio abandonado para seguir a una banda de música que pasó desfilando por delante de la tienda. Esto le costó el despido y la vuelta a Roncal.

Posteriormente, trabajó en una forja en Lumbier, que dejó a los 18 años, cuando decidió regresar a Pamplona para instalarse como herrero. Se cuenta que Gayarre tenía por costumbre cantar mientras trabajaba, por lo que un compañero le ofreció apuntarse al recién creado Orfeón Pamplonés que dirigía Joaquín Maya, quien lo admitió como primer tenor, al escuchar la voz del joven Gayarre. Así entró en contacto con el mundo del solfeo de la mano del método de Hilarión Eslava, maestro navarro de Burlada, quien le ayudó a marchar al Conservatorio de Madrid como becario, donde ganó el segundo premio de canto en 1868. Con 25 años y tras ser rechazado por el maestro Gaztambide, regresó fracasado a Pamplona. Sus protectores y amigos de Pamplona le consiguieron una beca de la Diputación Foral de Navarra que le llevó a estudiar a Milán (Italia), donde alcanzó un éxito clamoroso en apenas tres meses.

A partir de ese momento su carrera fue imparable. Triunfó en Bolonia, Roma, en la Ópera de San Petersburgo (donde cantó por primera vez su ópera predilecta, *La favorita*), Moscú, Viena... Su consagración definitiva llegó el 2 de enero de 1876, en La Scala de Milán con *La favorita*, obra que le colocó como primer tenor del mundo. Sus actuaciones en Londres, Buenos Aires, Austria, Alemania, el Teatro Real de Madrid, Sevilla, Liceo de Barcelona, Nápoles, la Ópera de París... le valieron el sobrenombre de «senza rivali, le Roi du chant». En diciembre de 1889, en Madrid, accedió a cantar *Los pescadores de perlas*, a pesar de encontrarse enfermo. Salió a escena y al atacar una nota aguda se le quebró la voz y sufrió un desvanecimiento. Gayarre cae en una profunda depresión y se le produce un cáncer de laringe, que le lleva a la muerte a las 4 y 25 de la madrugada del 2 de enero de 1890 a los 46 años de edad, en Madrid.

“Julián Gayarre.” Wikipedia, La enciclopedia libre.

Pío Baroja y Nessi



Nació en San Sebastián, el 28 de diciembre de 1872 y murió en Madrid el 30 de octubre de 1956. Pío Baroja perteneció a familias siempre muy distinguidas y conocidas en San Sebastián relacionadas con el periodismo y los negocios de imprenta. Fue el tercero de tres hermanos: Darío, que murió joven aún en 1894; Ricardo, que sería en el futuro también escritor y un importante pintor, conocido sobre todo por sus espléndidos aguafuertes. El padre de los Baroja, Serafín, era, al par que hombre inquieto, periodista de ideas liberales, ingeniero de minas, lo que llevó a la familia a constantes cambios de residencia por toda España. El continuo ir y venir de su familia inculcó al futuro novelista la afición a los viajes y le permitió conocer bien el país. A los siete años marchó con su familia a Madrid, donde el padre obtuvo una

plaza en el Instituto Geográfico y Estadístico; pero volvieron a Pamplona y de nuevo a Madrid. Se libró del servicio militar, que le repugnaba. En 1891 terminó la carrera de medicina en Valencia y se doctoró en 1894 en Madrid con una tesis sobre El dolor, estudio psicofísico. Como estudiante no destacó, más por falta de interés que de talento, y ya por entonces se le apreció un carácter gruñón, arisco y descontentadizo; no simpatizó con profesor alguno y se mostró hipercrítico con todo; ninguna profesión le atraía, sólo escribir no le disgustaba. Leyó bastante filosofía alemana (Immanuel Kant y Arthur Schopenhauer), decantándose por el pesimismo de este último. Tímido y retraído al mismo tiempo, nunca se casó. Tras defender su tesis, marchó en ese mismo año de 1894 a Cestona, en Guipúzcoa, con plaza de médico. Pero el oficio le asqueaba y riñó con el médico viejo, con el alcalde, con el párroco y con el sector católico del pueblo, que le acusaba de trabajar los domingos en su jardín y de no ir a misa, pues, en efecto, era ateo; tras pasar un año allí volvió, pues, a San Sebastián, dispuesto a ser cualquier cosa menos médico, y encontró su oportunidad en Madrid, donde su hermano Ricardo dirigía una panadería “Viena Capellanes” porque una tía les había legado el negocio; Ricardo le había escrito que estaba harto y quería dejarlo y Pío decidió encargarse él mismo de regentar la tahona. Sobre eso le gastaron bastantes bromas: —Es un escritor de mucha miga, Baroja —dijo de él Rubén Darío a un periodista. A lo cual respondió el escritor: «También Darío es escritor de mucha pluma: se nota que es indio». Instalado en Madrid, empezó a colaborar en periódicos y revistas, simpatizando con las doctrinas sociales anarquistas, pero sin militar abiertamente en ninguna. Al igual que su conterráneo Miguel de Unamuno, abominó del nacionalismo vasco, contra el que escribió su sátira *Momentum catastrophicum*. Tuvo especial amistad con el anarquista José Martínez Ruiz, más conocido como Azorín, e hizo, impulsado por él, algún intento de entrar en política, presentándose de

concejal en Madrid y de diputado por Fraga, pero fracasó. Al acercarse Azorín al partido de Antonio Maura, rompió su antigua amistad. De igual manera tuvo amistad con Maeztu. Con él junto con Azorín formaron durante un breve período el grupo de los Tres. Viajó después por toda Europa (residió varias veces en París, estuvo algún tiempo en Londres, y pasó por Italia, Bélgica, Suiza (donde tuvo un gran amigo, el filonazi nietzscheano Paul Schmitz), Alemania, Noruega, Holanda y Dinamarca) y acumuló una impresionante biblioteca especializada en ocultismo, brujería e historia del siglo XIX, que instaló en un viejo caserío que se compró en Vera de Bidasoa y restauró con gran gusto, convirtiéndolo en el famoso caserío de Itzea, donde pasaba los veranos con su familia. Terminó por identificarse con las doctrinas liberales y por abominar del comunismo, sin abandonar en ningún momento sus ideas anticlericales, su misoginia y sus un tanto arcaicas concepciones antropológicas lombrosianas. En 1935 fue admitido en la Real Academia de la Lengua; fue acaso el único honor oficial que se le dispensó. Cuando estalló la Guerra Civil veraneaba en su casa de Vera de Navarra, al pie de la frontera con Francia. Le detuvo la columna carlista que desde Pamplona se dirigía a Guipúzcoa. Tras pasar un día en prisión, fue puesto en libertad por intervención del militar Carlos Martínez de Campos, duque de la Torre (años más tarde preceptor del príncipe de España, Juan Carlos). Se trasladó inmediatamente a Francia en un automóvil, estableciéndose en París, en el Colegio de España de la Ciudad Universitaria, gracias a la hospitalidad que le ofreció el director de dicho colegio, el Sr. Establier (hospitalidad que le fue agriamente reprochada al director por el entonces embajador de la República en Francia, Araquistain, quien personalmente y a través de su esposa, hizo repetidas gestiones ante el director Establier para que expulsase a Baroja de su alojamiento, gestiones que no dieron el menor resultado). En el periodo 1936-39 regresó a España (Zona Nacional) varias veces, y en una ocasión (1937)

estuvo en Suiza albergado por su amigo filonazi Paul Schmitz; en una de ellas fue a Salamanca (enero de 1938) para jurar como miembro del recién creado Instituto de España y para gestionar la publicación de artículos periodísticos muy críticos con la República en general y con los políticos republicanos (como el muy famoso “Una explicación” publicado en el Diario de Navarra, 1-IX-1936). Terminada la Guerra Civil, residió todavía una corta época en Francia y se estableció más tarde definitivamente entre Madrid y Vera de Bidasoa. Siguió escribiendo y publicando novelas, sus Memorias (que alcanzaron gran éxito) y una edición de sus Obras Completas. Sufrió algunos problemas con la censura, que no le permitió publicar su novela sobre la Guerra Civil, Miserias de la guerra, ni su continuación, A la desbandada. La primera fue publicada por sus sucesores en 2006, seguida por Libertad frente a sumisión en 2007. Sostuvo en su domicilio de Madrid una tertulia de sesgo escéptico en la cual participaban diversas personalidades, entre ellas novelistas como Camilo José Cela, Juan Benet y otros. Afectado poco a poco por la arterioesclerosis, murió en 1956 y fue enterrado en el cementerio civil como ateo, con gran escándalo de la España oficial, a pesar de las presiones que recibió su sobrino, el antropólogo Julio Caro Baroja, para que renunciase a la voluntad de su tío. El entonces ministro de Educación Nacional, Jesús Rubio García-Mina, asistió en su calidad de tal al entierro. Su ataúd fue llevado en hombros entre otros por dos de sus admiradores, Ernest Hemingway y Camilo José Cela, el uno era premio Nóbel de literatura y el otro llegaría a serlo años más tarde. También el escritor norteamericano John Dos Passos declaró su admiración y su deuda con el escritor.

“Pío Baroja.” Wikipedia, La enciclopedia libre.

Alcalá Galiano, Antonio; “Memorias”.

BIBLIOGRAFÍA

- **Altabella, José;** *Lhardy. Panorama histórico de un restaurante romántico.*
- **Asín, Nuria;** *Estudios sobre la Iglesia Santa María de Sádaba.*
- **Bagüés, Ventura;** *La tauromaquia en el siglo XIX.*
- **Baroja, Pío;** *Memorias.*
- **Benavente, Jacinto;** *Memorias. Recuerdos y olvidos.*
- **Bernardo de Quirós, Constantino;** *La mala vida en Madrid.*
- **Blasco Ibáñez, Vicente;** *Historia de la revolución española.*
- **Blasco, Eusebio;** *Mis contemporáneos.*
- **Boquera Serra, Juan;** *Ronda romántica por el viejo Madrid.*
- **Brenan, Gerard;** *El laberinto español.*
- **Cabrera, Hilda;** *Revolución liberal y restauración borbónica.*
- **Carmena y Millán, Luis;** *Estocadas y pinchazos.*
- **Comín Colomer, Eduardo;** *Episodios del reinado de Alfonso XII. Historia de la Primera República.*
- **Cossío, José María;** *Los Toros.*
- **De Amicis, Edmundo;** *España. Viaje durante el reinado de D. Amadeo I.*
- **De Vega, Luis Antonio;** *Frascuero.*
- **Ford, Richard;** *Las cosas de España.*
- **Franco Rodríguez, José;** *Cuando el rey era niño.*
- **Grau Porrás, Manuel;** *Primer centenario de la muerte de “Frascuero”.*
- **Gutiérrez Solana, José;** *Señoritas toreras.*
- **Hernández Girbal, Florentino;** *Salvador Sánchez “Frascuero”; El matador clásico.*
- **Iglesias Hermida, Prudencio;** *La España trágica.*

- **Lacadena y Brualla, Ramón;** *La tauromaquia zaragozana durante el siglo XIX.*
- **Luján, Néstor;** *De toros y toreros.*
- **Mesonero Romanos, Ramón;** *Memorias de un setentón.*
- **Peña y Goñi, Antonio;** *Cajón de Sastre.*
- **Peña y Goñi, Antonio;** *Lagartijo y Frascuelo y su tiempo.*
- **Pérez Galdós, Benito;** *Cánovas.*
- **Regnault, Henry;** *Voyage à l'Espagne.*
- **Rivas Santiago, Natalio;** *Los toreros del romanticismo.*
- **Rodríguez Ruiz, Enrique;** *Los salones de Madrid.*
- **Routier, Gaston;** *L'Espagne en 1897. Souvenirs et croquis madrilénes.*
- **Sánchez de Neira, José;** *Gran diccionario Taurómico.*
- **Santa Coloma, José;** *Apuntes biográficos de los diestros que más se han distinguido en el arte de torear.*
- **Velázquez y Sánchez, José;** *Anales del toreo.*

ANEXO

CRÓNICA DE LAS PRIMERAS JORNADAS
GASTRONÓMICO-TAURINAS EN HONOR A
SALVADOR SÁNCHEZ "FRASCUELO"

SÁDABA, FEBRERO DE 2008

EL ENTORNO

LA HOSPEDERÍA DE SÁDABA



Situada en la calle Mayor de Sádaba, ocupa un caserón típico de las Cinco Villas construido en el siglo XIV, con piedra labrada de la zona, que es conocido desde siempre como la Casa Cortés. Al lado de la fachada puede observarse un pasadizo con arcos de medio punto, también elaborado en piedra, que comunica con la terraza de la Hospedería, en la que sirve como cortavientos un paño de la antigua muralla romana.

Respetando el entorno histórico que lo rodea el caserón fue restaurado, hace algunos años, para dotarlo de todas las comodidades e instalaciones que requiere un establecimiento hotelero moderno, sin que perdiera ni un ápice de su primitiva personalidad; entre sus vetustas piedras parece haberse detenido el tiempo en el que, el silencio, la paz y la tranquilidad, regían la vida de los habitantes de la Villa de Sádaba. Después de la restauración, la

Hospedería de Sádaba dispone de un moderno bar-cafetería, con barra de tapas surtidas, una sala de reuniones, una vinoteca y un restaurante que no envidia en absoluto a otros situados en grandes ciudades.

Su oferta gastronómica, y la calidad de su bodega que es, sin duda, una de las que más variedad y calidad acaudala en la zona, se ha convertido ya en una referencia regional. El bouquet de los mejores caldos españoles, extranjeros y los perfumados vinos de la zona se complementan para acompañar dignamente los aromas que salen de la cocina dirigida por las manos expertas de José Ángel Soto, que han sabido maridar los avances técnicos con la rotundidad de los platos clásicos.



La honestidad de la cocina, que el Chef basa en productos frescos de primera calidad y una profesionalidad sólo superada por la vocación de satisfacer a sus clientes, hacen del restaurante de la Hospedería un lugar en el que se puede disfrutar la textura de la piedra, la hermosura del entorno, el silencio ambiental, el aroma de los caldos más finos y el sabor de los platos más succulentos.

En pleno corazón del Casco Antiguo de la Villa de Sádaba, las fachadas en piedra labrada por manos expertas y los balcones de hierro forjado con delicados trabajos, sirven de entorno inigualable para quienes gusten de las mayores comodidades en un en-

torno medieval que destila aromas de otros tiempos en los que, el reloj y las prisas no eran algo cotidiano. Si a esto sumamos que Sádaba tiene un hermoso castillo, monumentos romanos y se encuentra a muy poca distancia de Uncastillo y Sos del Rey Católico, dos poblaciones típicamente medievales, la Hospedería se encuentra en un enclave ideal para quien quiera pasar unos días de paz en un entorno rural y monumental, sin renunciar a las comodidades modernas.

El trato personal, casi familiar, pero guardando el debido respeto, es otra de las ventajas que pueden encontrarse en este lugar en el que el recién llegado es más un amigo invitado a pasar unos días que el cliente de un establecimiento hotelero al uso. En resumen: Un lugar para disfrutar con los cinco sentidos.



LA CELEBRACIÓN

Pero... ¿Por qué “Frascuelo”?

Es la pregunta que se hacen quienes han oído que se celebran unas jornadas gastronómico-taurinas en honor al gran matador de toros del siglo XIX, quien, junto a Rafael Molina “Lagartijo”, pasó a formar una de las más grandes rivalidades, por no decir la más grande, de la historia taurina. El caso es que muy pocas personas saben que el gran matador nacido en Churriana de la Vega, Granada, vivió algunos años en Sádaba.

Desde hace algún tiempo se tenía previsto organizar unas jornadas gastronómico-taurinas puesto que, además de la afición propiamente dicha, en la zona, se viven con gran intensidad los festejos taurinos populares en los que nunca faltan recortadores ni valientes que, echando mano del tablero o del roscadero, se acercan a los cornúpetas para ejercitar suertes ya olvidadas en muchos lugares del mapa. El proyecto caminaba lentamente hasta que un amigo comentó que, siendo adolescente, Frascuelo había vivido con su familia en Sádaba y aportó pruebas documentales.



Placa inaugurada durante las Jornadas en honor a “Frascuelo”

Animados por esta idea un equipo se puso manos a la obra y consiguieron, no sin esfuerzo, partidas de nacimiento y de defunción y además de contactar con personas que se mostraron muy interesadas en el evento.

Al final, como por arte de magia, Sádaba retrocedió al siglo XIX para recordar al matador granadino Salvador Sánchez Frascuelo en las Primeras Jornadas Gastronómico-Taurinas celebradas del 25 de febrero al 2 de marzo con la presencia de eruditos del toreo y divulgadores. Carruajes tirados por caballos a la usanza del siglo XIX, una exhibición de recortadores, roscaderos y la presentación de una vaca autóctona de la zona, con encaste de la raza Navarra Betizu clausuraron esta cita.

Los actos comenzaron el día viernes, 29 de Febrero, con la llegada de los representantes de Churriana de la Vega, encabezados por el alcalde don Vicente Valero que fueron recibidos por José Antonio Martínez Cortés, alcalde de Castiliscar, José Ángel Soto, presidente de la Asociación Taurina y José Manuel Mójica, uno de los organizadores del acto.

Seguidamente se procedió a la inauguración de la exposición fotográfica de Joseba Carnicer, colaborador de la revista Bous al Carrer, que pese a su juventud, demostró por qué una revista tan prestigiosa lo tiene entre sus colaboradores.

Al final de la tarde, el escritor e investigador cincovillés José Manuel Mójica Legarre, pronunció una conferencia sobre Frascuelo y su época que fue seguida con muchísima atención por un numeroso grupo de personas y, justo después, el mismo escritor moderó una charla coloquio sobre el futuro de las ganaderías, acompañando a José Ángel Martón, un ganadero que surte de reses bravas a muchas plazas del sudoeste francés.

Después de la cena, se prendió una juerga flamenca en la que intervinieron muchos de los asistentes y que terminó haciendo bai-



José Manuel Mójica y José Ángel Martón

lar a todo el mundo. El cantaoor churrianero Manuel Rodríguez hizo los honores acompañado a la guitarra por el profesor de música de Churriana de la Vega Juan Carlos Díaz Cano.

El sábado día 1 de Marzo, comenzó con la inauguración de la placa cerámica en honor al torero granadino y Santos Navarro, alcalde de Sádaba, acompañado de su homólogo de Churriana de la Vega, hizo los honores institucionales. Después de que el párroco de Sádaba bendijese la placa, don Vicente Valero entregó unos regalos a los organizadores del acto y, seguidamente, la Rondalla “Cristo Marinero” de Sádaba, bailó y cantó para la nutrida concurrencia. Al terminar el aperitivo y la comida, tras un pequeño descanso, Patxi Garbayo y José Carnicer, expertos correedores de encierros en España y el sur de Francia, acompañados de José Lorente, subdirector de la revista valenciana Bous al Carrer, publicación dedicada a los festejos populares con reses bravas, fueron protagonistas de una charla coloquio que se prolongó hasta la hora de la cena. Los asistentes a la charla salieron verdadera-

mente complacidos de las ideas que allí se expusieron y, según sus propias palabras, les pareció corta aunque en realidad duró más de dos horas.



Los alcaldes de Sádaba y Churriana de la Vega



Actuación de la rondalla "Cristo Marinero de Sádaba"



Conferencia de Patxi Garbayo, José Carnicer y José Lorente



Aspecto del salón de conferencias

El último día domingo 2 de Marzo de las jornadas el público vio el marcaje de cuatro novillos y el tentado de tres becerros con ramas de olivo, a caballo y con la pica de tientas, algo normalmente reservado para las labores de campo. Las reses bravas fueron cedidas para la ocasión por la Ganadería de los Hermanos Mainz Navarro, de Sádaba.



Dos imágenes del Festival Taurino

Después de una suntuosa comida, se dieron por concluidas las “Primeras Jornadas Gastronómico- Taurinas en honor a Salvador Sánchez Frascuelo” que se desarrollaron sin incidentes, en medio de una alegría general que, para quienes las organizaron, era una de las satisfacciones mayores que la Villa de Sádaba les podía ofrecer como contrapartida a los esfuerzos que realizaron.



Despedida de la delegación de Churriana de la Vega.
En la fotografía podemos ver, de izquierda a derecha, a Juan Carlos Díaz,
Gerardo Ruiz, Vicente Valero, Francisco Morente, Francisco Salaberri,
José Ángel Soto y José Manuel Mójica.

Pero todos estos actos no hubieran estado completos sin la visita a una de las personas que mostró más entusiasmo cuando supo del proyecto para llevar a cabo las Primeras Jornadas en honor a Frascuelo. Nos referimos a Don Manuel Grau Porras, biznieta de Salvador Sánchez Povedano a quien, José Ángel Soto, fue a visitar en su domicilio de Yecla, Murcia.

Manuel Grau, en agradecimiento, regaló a José Ángel Soto, un cuadro con la última fotografía que Salvador Sánchez Povedano “Frascuero”, se hiciera en vida y que hoy tiene un sitio de honor en la cafetería de la Hospedería de Sádaba.



Fotografía de la entrega del cuadro en Yecla.
De izquierda a derecha José Ángel Soto, Manuel Grau Porras y Félix Senao.

LA GANADERÍA

HERMANOS MAINZ NAVARRO



No descubriré nada nuevo si afirmo que los ganaderos están orgullosos del encaste de su ganado y que, en la medida de sus posibilidades, tratan de mejorarlo cuanto está en su mano; pero esta ganadería en particular, busca profundizar en el cuidado de un encaste que permita conservar sangre de la raza autóctona de la zona en las venas de un ganado orgulloso, bien plantado, con seria cornamenta y una morfología que la hace distinta a las que hoy patean nuestras calles y plazas.

La deferencia que tuvo para con los organizadores de las Primeras Jornadas Gastronómico-Taurinas en honor a Frascuelo, es de agradecer. No todo el mundo cede su ganado de manera desinteresada para la organización de un evento y, por si fuera poco, organiza un almuerzo popular para quien quisiera comer migas y codero a la brasa; pero esta cortesía es más de agradecer cuando el ganado que pasta en la finca es de una raza autóctona, con unas características muy definidas y unos encastes cuidados que han sabido mezclar sabiamente la raza de la Ribera, con la de la

“Casta Navarra” y la de las legendarias “Betizu” que todavía pastan en libertad por algunos montes de Navarra.

Las calles de nuestra comarca se llenan, llegando el verano, de sonidos festeros que, tras la alegre explosión de los cohetes, maridan las notas musicales de las charangas con el inquietante ruido de las pezuñas de las reses bravas sobre el pavimento y los gritos de jóvenes gargantas llamando a las vaquillas para darles una rodada o un buen recorte. Las fiestas empiezan con un chupinazo que hace brotar el júbilo de los pechos y los más arriesgados, los más viciados a la adrenalina, se frotan las manos soñando con un recorte que ponga a la plaza en pie, aplaudiendo el valor y la ejecución; pero todo esto no sería posible sin la colaboración del ganado bravo.

En estos tiempos en los que algunos Concejales de Festejos, o Comisiones encargadas de organizar las fiestas, muestran a la hora de contratar el ganado bravo que ha de ser corrido por quienes aman los festejos populares, su preferencia por vacas grandes



que llenan por sí solas las calles, algunos ganaderos siguen empeñados en mantener, aún a costa de serios quebrantos económicos, una raza que guarda en sus genes la nobleza y la gran acometividad de los primeros rebaños salvajes que pastaban en estas tierras.

No es extraño, pues, que en este libro intentemos romper una lanza a favor de la raza de la Ribera del Ebro, que reinaba desde Tortosa hasta los confines de Tauste, hoy casi extinguida. Decimos casi porque en Sádaba, los Hermanos Mainz Navarro se han empeñado en mantener una estampa apenas visible en nuestros campos: la de la vaca autóctona o “roya”; algunos dirán, sobre todo los aficionados a las vacas-elefante que dan cuatro carreras y luego esperan a recobrar el aliento a la sombra de cualquier casa haciendo de los encierros una tortura eterna para animales, corredores y espectadores, que son pequeñas y lo son: pero ágiles y listas lo que las hace muy apropiadas para recortadores de buena cintura y ligeros de pies.



Esta ganadería, que ha encastado sus vacas con las Betizu navarras hijas de la ganadería karrikiri, desecha las más grandes de sus becerras, aún a costa de sacrificar beneficios económicos, para mantener una línea lo más pura posible que perpetúe la tradición de las vacas de la Ribera del Ebro.

Tampoco debemos olvidar que este ganado es descendiente directo de aquel que pastaba desde Carcastillo y Ujué hasta Lumbier, cerca de cuyos cuernos Francisco y Salvador Sánchez Povedano, “Paco Frascuelo” y “Frascuelo”, velaron sus primeras armas como aficionados a los toros y dieron sus primeros pases a la insegura luz de la luna en los cercados, o bajo el implacable sol en los festejos patronales de los pueblos de la zona.

Durante las pasadas Jornadas Gastronómico Taurinas en honor a Salvador Sánchez Frascuelo que se celebraron en Sádaba, tuvimos el placer de conversar largo y tendido con Pedro Mainz Fanlo, el iniciador de esta ganadería, sobre el encaste de sus vacas; puedo afirmar sin temor a equivocarme que la afición demostrada por sus hijos, actuales dueños de la ganadería, les viene por línea directa ya que a este hombre que cambió la gerencia bancaria por el cuidado de las reses bravas, le cambia la mirada cuando habla de esa vacada que mima con cariño de padre.

No prima en nuestro ánimo la intención de mantener la opinión de que ésta es mejor que otras ganaderías que también luchan por conservar un encaste autóctono, las que hemos nombrado al principio del libro; pero fieles a la inquebrantable convicción de mantener lo que es nuestro, lo que procede de las Cinco Villas, por encima de cualquier otro origen, hemos creído que no está de más el poner una pica en Flandes a favor de una ganadería que aún guarda en sus venas gotas de aquella sangre brava que hizo correr por igual a iberos y romanos. Vacas que, con perdón de algunos historiadores demasiado puntillosos por mor de las nacionalida-

des, podíamos llamar vacas suessetanas, puesto que aquí se criaban en libertad desde hace siglos y cuya estampa aún podemos ver gracias a la dedicación de estos jóvenes ganaderos dirigidos por su padre.

Fuente: Ejea Digital.

LOS COLABORADORES



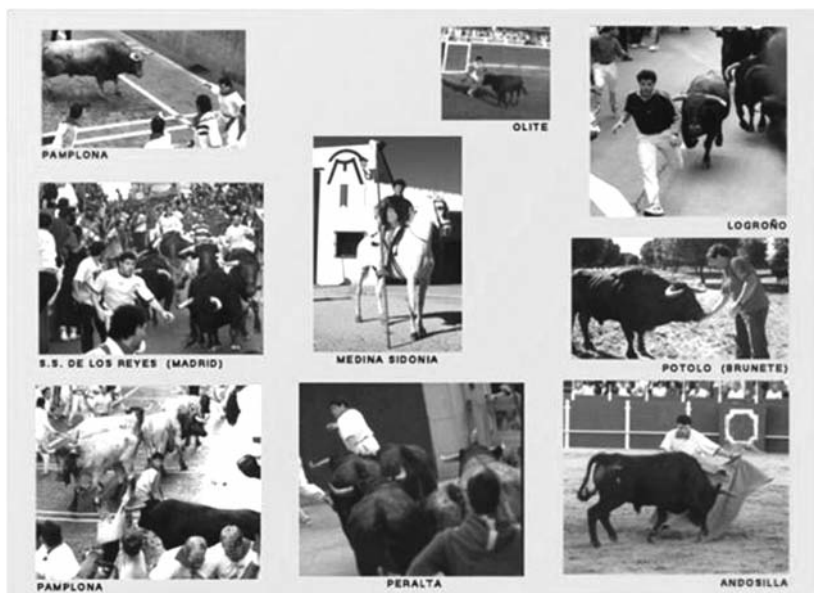
La revista Bous al Carrer.com / Fiestastaurinas.com comienza su andadura en junio de 1991 y sin interrupciones va pasando por varios editores hasta llegar a nuestros días. Su actual equipo de profesionales, la ha convertido en la mejor revista del mundo en su género, equiparando su tirada a las más importantes revistas del toreo de lidia. La publicación es un referente en el mundo del festejo taurino popular, siendo la principal fuente informativa de aficionados y medios de comunicación tales como televisiones, radios, periódicos, y webs. Habitualmente colabora con ayuntamientos, asociaciones y diferentes colectivos, aportando documentación, material gráfico, y compartiendo todos los conocimientos que han adquirido durante estas dos décadas. Todo siempre con el objetivo de promocionar un festejo popular digno y sobre todo seguro. Actualmente tiene una tirada a todo color que varía entre 10.000 y 14.000 ejemplares (mensuales de noviembre a mayo y quincenal de junio a octubre) para totalizar 17 números anuales con cobertura nacional y amplias zonas de Portugal y el sur de Francia. Tiene 1.500 suscriptores fijos, tanto nacionales como franceses y portugueses y su precio es asequible a cualquier bolsillo, lo que facilita una masiva venta para todo el mundo.

Sus lectores abarcan todas las edades y ambos sexos, ya que desde muy pequeños sienten la atracción al toro y les encanta ver las fotografías y las secciones infantiles. Los jóvenes y adultos, de todo tipo de culturas y niveles disfrutan leyendo los reportajes, noticias y contemplando las magníficas fotografías que ilustran todo ello. Además en la sección del calendario, se informa de donde poder ir a ver toros en el mes en curso, con la mas detallada información grafica y fotográfica. Su información, estudiada con un lenguaje fácil y entendible, es tratada por periodistas, fotógrafos y maquetadores profesionales que la hacen apta y amena para cualquier lector.

En la revista Bous al Carrer cuidan mucho la imagen de la fiesta taurina, evitando en todo momento las portadas de cogidas y cualquier foto de percances que resulten desagradables y puedan perjudicar cualquier marca publicitaria que se anuncie en ella. Además, regularmente, la revista hace promociones y regalos con cada ejemplar de adhesivos, pines, DVD's, logos o folletos publicitarios. La difusión y permanencia de la revista en los lugares públicos: bares, bibliotecas, peñas etc... la hacen accesible a un gran número de personas de una manera continuada e imperecedera. También ofrecemos a los lectores la posibilidad de encuadernación, lo que la convierte en una revista de colección continuamente revisada año tras año por los aficionados, para recordar fechas, toros y hechos. Así mismo, actualmente poseen la página taurina de festejos populares más visitada del mundo. www.bousalcarrer.com, más de millón y medio de visitas anuales.

Su director es Alberto de Jesús y el subdirector, que colaboró en las Primeras jornadas es José Lorente.

Patxi Garbayo



Nacido en Pamplona, hace 41 años, está casado y es padre de dos hijos. Su afición a los toros nació por causa de que su abuela materna corriera los encierros de vacas bravas en Estella y su padre naciera en la Ribera Navarra, concretamente en Olite, que es tierra de recortadores; también influyó mucho que su hermano, tras hacerle partícipe de su afición, le enseñara a correr ante los toros y le dirigiera con sus consejos.

Cuando era más joven corría en Olite y recortaba en algún concurso, luego pasó a correr los encierros de San Fermín en Pamplona y otros pueblos de Navarra y más tarde, ya con los amigos por el resto de la península y sur de Francia. Como todos los corredores de casta, ha tenido algún susto y ha sido protagonista de más de una situación apurada; pero también sufrió un percance muy grave en el encierro de Ciudad Rodrigo que se celebra en las mismas fechas que los carnavales de Febrero, en el que recibió tres cornadas: una en cada pierna y la mas grave en el tórax.

Ha sido pastor en los encierros de Pamplona, doblador en Tafalla y en Saint Sever, Francia; también colabora con la peña Joven Afición, en la organización del concurso de recortes y como director de Lidia. Por si fuera poco ha participado en tentaderos y festivales, así como en calidad de asesor Taurino y tesorero en la Federación Taurina de Navarra.

La primera vez que nos vimos, hablamos sobre el futuro de los festejos populares y cómo sentían los corredores de encierros la mística del toreo; me sorprendió tanto lo que me contó que me hizo ver las cosas de diferente manera.

Si antes consideraba que el corredor de encierros, el recortador o los dobladores eran una especie de “aficionados”, Patxi me cambió las ideas. Ahora, cuando pienso en los encierros, me imagino a los corredores serios, a los que se juegan la vida entre las astas de los toros, levantándose después de una noche de sueño intranquilo, excitado, para vestirse de blanco, colocarse la faja, el pañuelo y calzarse las zapatillas deportivas, con el mismo respeto, con el mismo silencio recogido, concentrado, con el que los matadores ajustan sus vestidos de luces.

Tanto me impresionó esta forma de ver las cosas, que debo dar las gracias a Patxi por enseñarme una parte del mundo taurino que nunca había descubierto. A partir de entonces, después de nues-

tras conversaciones y después de oír sus palabras y reflexiones en la conferencia que dio en compañía de José Ramón Carnicer y José Lorente, si antes no quería hacer distinciones entre matadores, picadores, banderilleros y subalternos, tampoco puedo hacerlas entre estos y los recortadores, dobladores y pastores: Patxi Garbayo es, sencillamente, otro torero.



ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
EL DÍA 19 DE MARZO DE 2009,
EN LOS TALLERES DE GRÁFICAS VELA.
ZARAGOZA

